

Ramón Díaz Eterovic

El segundo deseo



de

Lectulandia

«Gran parte de mi vida he buscado respuestas para interrogantes ajenas y ahora deseo descubrir el único misterio que me compromete hasta los huesos», dice Heredia al comienzo de la pesquisa más personal de las desarrolladas hasta ahora en su saga de historias que le ha permitido ser conocido internacionalmente, y protagonizar la serie de televisión Heredia & Asociados.

En «El Segundo Deseo», Heredia es contratado para encontrar a un anciano del que se desconoce su paradero, y junto con eso, recibe una carta que lo remite al deseo de su madre que, desde el pasado, lo impulsa a seguir las huellas del hombre que podría ser el padre que nunca conoció. Heredia inicia una investigación paralela que lo lleva a viajar a un pueblo del sur y a recorrer los barrios de Santiago hasta resolver dos misterios que lo enfrentan a la realidad del abandono que padecen muchos ancianos, y a los apremios de su memoria.

Heredia se impone la tarea de resolver los misterios con un espíritu justiciero que le permite hacer suyas las palabras de El Quijote cuando éste dice que va por los caminos «desfaciendo entuertos y haciendo reinar una justicia para los seres del común que de otro modo éstos jamás alcanzarían». Solo que a diferencia del personaje cervantino, Heredia no viste una armadura enmohecida ni cabalga en un jamelgo, sino que suele usar un traje arrugado y conducir un maltrecho automóvil. Heredia está de vuelta y una verdad acerca de sus orígenes lo espera.

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

El segundo deseo

Detective Heredia - 12

ePub r1.0

Titivillus 16.02.2017

Título original: *El segundo deseo*
Ramón Díaz Eterovic, 2006
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Boris Maruna,
por su amistad desde
nuestras raíces croatas.*

*A Juan Mihovilovic Hernández,
con el recuerdo del barrio
común de la infancia.*

*A Juan Guzmán Paredes,
guardián de la memoria
de Nueva York 11.*

*A Balzac,
por su complicidad cotidiana.*

*A Sonia,
con el amor de siempre
y por compartir esta historia.*

*El detective es quien mira,
quien escucha, quien se mueve
por ese embrollo de objetos
y sucesos en busca del
pensamiento, la idea
que una todo y le dé sentido.*

PAUL AUSTER
Ciudad de cristal

*Soñé con detectives helados,
detectives latinoamericanos
que intentaban mantener
los ojos abiertos
en medio del sueño.*

ROBERTO BOLAÑO
Los perros románticos

1

A lo lejos se oían gritos, aullidos de perros y sirenas que alteraban el silencio impuesto por la noche. La ampolleta en el cielo raso emitía una luz azulina que a duras penas iluminaba la poza formada en el suelo, entre mi cama y la de mi vecino, un anciano cadavérico que había dejado de sollozar media hora antes. Sentí pánico y un sudor pegajoso recorrió mi frente. Pensé en huir pero no conseguí moverme. Mis manos y mis piernas estaban atadas a los largueros de la cama y una sonda en el brazo izquierdo me unía al goteo metódico del suero que fluía de la bolsa plástica que colgaba desde el techo. Podía imaginar mi rostro, demacrado, hundido, mis mejillas cubiertas por una barba blanca y espesa; mis labios resecos y los dientes manchados de nicotina. No necesitaba una bola de cristal para saber que me estaba muriendo. Solo, definitivamente viejo y cansado. Y lo peor era que no podía recordar. ¿Quién me había traído a esa sala? ¿Cuántos días llevaba postrado? ¿Qué edad tenía el cuerpo que me contenía de mala gana? ¿Dónde estaban mis amigos? ¿Mis antiguas amadas? Nada, no podía recordar nada y mi vida, o lo que intuía que había sido mi vida era un extenso muro blanco. Lo único real parecían la sala y los ancianos moribundos que me acompañaban.

Me alertó el ruido que provocaba una enfermera al arrastrar una cama de un extremo a otro de la sala. Conocía el significado de ese ruido. El vacío dejado por alguien que había conseguido escapar hacia lo desconocido. Intenté mover mis brazos y solo pude ratificar el rigor de las amarras. ¿No existe otra forma de morir?, pregunté en voz alta y el eco de mi voz se expandió inútilmente por la habitación. De pronto se abrió la puerta de la sala y oí los pasos de alguien acercándose hasta mi lecho. Pasos desconocidos y sigilosos. Bajo la luz de la ampolleta vi el rostro de un extraño, su sonrisa, el fugaz relámpago de sus ojos, cierta decisión en la mirada que me hizo presagiar un final desgraciado.

—Si no lo veo, no lo creo. Te ha tratado mal la vida —dijo el extraño.

—¿Quién eres?

—He esperado este momento durante mucho tiempo. Solos y sin que nadie nos estorbe —agregó—. Confieso que esperaba otra clase de encuentro. No imaginé que estuvieras tan acabado.

—¿Quién eres?

—¿No me reconoces? Hemos estado juntos en otras ocasiones. He sentido tu aliento y palpitado tu rabia. Somos viejos conocidos.

—Suelta las amarras y permite que me defienda.

El extraño sonrió y por un instante sentí que una capa de hielo cubría mi piel.

—Es tarde para recurrir a tus trucos.

—Al menos dime tu nombre.

—¿No lo recuerdas? —preguntó el extraño, al tiempo que esgrimía la pistola que acababa de sacar de su chaqueta—. ¿Prefieres un disparo al corazón o en la cabeza?

Vi el arma dirigida contra mi pecho. Junté mis pocas fuerzas y con la ciega rebeldía de antaño grité a todo pulmón. Sentí el estampido y abrí los ojos. Estaba en mi dormitorio y por la ventana entraba el sol de la mañana. Nada me ataba a la cama. Me puse de pie y corrí hacia el baño. Frente al espejo descubrí al mismo sujeto ojeroso de la noche anterior.

—¿Otra pesadilla? —preguntó Simenon a mis espaldas.

—Estaba viejo y alguien me iba a matar.

—De un tiempo a esta parte piensas demasiado en la parca.

—Temo que me falten las fuerzas y cualquiera se pueda reír en mi cara. Estoy en la edad precisa para comenzar a dialogar con la muerte.

—Te hace falta pensar en algo útil. ¿Cuántos días que no llega un cliente a la oficina?

—Perdí la cuenta.

—Se han desvalorizado las acciones de Heredia y Asociados.

—El olfato y las tincadas han caído en descrédito. Todo se moderniza, todo tiende a la caricia gélida de un código, de un botón insensible —dije mientras caminaba hacia la cocina con la intención de preparar café.

—«*Y llegan la vejez y las edades igual aunque el dinero falte o sobre*» —agregó Simenon, recordando un verso de Armando Uribe.

—¿Desde cuándo un gato cita a los poetas?

—Se me han pegado tus malos hábitos.

—Coleccionar citas y bares es mi entretenimiento.

—No lo olvido, pero te ayudo a enfrentar las pesadillas.

—Nada que no se cure con un poco de café y un paseo por el barrio.

—También puedes probar con una dosis de cicuta.

—No quiero saber más de viejos y muertos.

2

¿Soñamos nuestros temores por la vida que nos toca o por la muerte que paciente nos espera? Busqué escapar de la pregunta apenas sentí que las paredes del departamento atenazaban mi ánimo. Reuní los billetes que naufragaban en el cajón del escritorio y cerré la puerta de la oficina. El sol lavó mi cara y la huella del espanto desapareció apenas di unos pasos en dirección al quiosco de mi amigo Anselmo. Lejana parecía la voz del matón que me había apuntado con su arma en medio de la pesadilla. La calle Aillavilú lucía sus colores habituales, aunque en el horizonte se recortaba el esqueleto metálico del nuevo edificio que construían en el barrio. Una torre de concreto y vidrio que resaltaría como lunar en medio de las construcciones añosas que sobrevivían de espalda a la progresiva remodelación de la ciudad.

Me acerqué al quiosco y metí la cabeza por una de sus ventanillas. Anselmo tenía entre sus manos un programa hípico y tuve la impresión de que sus pensamientos galopaban en alguna pista de carreras. De su calva brotaban unas gotas de sudor y su perilla alba lucía cuidadosamente recortada.

—¿Algún dato para probar fortuna? —pregunté.

—Treinta.

—¿No serán demasiados, Anselmo?

—Treinta años hace que nos conocemos, don. La mitad de mi vida y una buena parte de la suya. ¿Qué me dice? Vamos derecho a convertirnos en dos piezas de museo.

—¿A qué se debe tanta desastrosa nostalgia? —pregunté al tiempo que encendía un cigarrillo.

—Tengo un cuerpo de sesenta y tantos años, pero mis impulsos siguen siendo veinteañeros. Anoche agarré onda con una penca joven y a la hora de los quiubos se trancó la máquina. Primera vez que me ocurre, don. No pude pegar pestaña durante toda la noche y hoy desde que abrí el quiosco he estado pensando en comprar un sitio en el patio de los callados o recluirme en una casa para veteranos.

—Una mala noche la tiene cualquiera.

—Se ve que nunca ha estado en los mismos aprietos.

—Quien anda con guaguas corre el riesgo de terminar mojado.

—Usted no es el más indicado para festinar mis desgracias. ¿Olvidó a su Griseta?

—Mejor hablemos de caballos —dije sin ánimo de abrir el álbum de los recuerdos.

—*Buey Viejo* en la séptima carrera de hoy. El muchacho que lo cuida en el corral lo cree fijo. Está sanito, tiene buenos aprontes y su dueño necesita dinero con urgencia.

—¿Y a ti qué te parece?

—Tiene cuatro patas, igual que todos los caballos.

—Veo que andas de capa caída.

—Mi optimismo se esfumó con lo de anoche.

—Busca un psicólogo o bebe la pócima del doctor Jack Daniels.

—Usted no me comprende, don. Soy un viejo alazán que aun aspira a ganar en distancias largas.

—Calma y tiza. Esta noche o la siguiente volverás a ver brillar las estrellas.

* * *

Dejé a mi amigo con sus preocupaciones sexuales y seguí el recorrido por el barrio hasta llegar a la puerta giratoria del *City*. En una de las mesas del bar había una mujer vestida de negro y las restantes lucían desocupadas, a la espera de los clientes que acudían a almorzar pasado el mediodía. Pedí una cerveza y sin ninguna preocupación por delante me dejé llevar por el recuerdo de la tarde en que me había despedido de una muchacha pelirroja llamada Griseta. Desde entonces el aspecto del bar continuaba igual. Solo habían envejecido sus mozos y los clientes que entraban huyendo del ajetreo de los vehículos que pasaban raudos y bulliciosos por la calle Compañía. Después del segundo sorbo de cerveza, pasé de los recuerdos a la necesidad de encontrar un caso que hiciera tintinear algunas monedas en mis bolsillos. Las cobranzas que me encargaba un amigo abogado escaseaban y en la práctica sobrevivía gracias a las apuestas hípcas que hacíamos a diario con Anselmo. Nada diferente a la vida que llevaba desde el día que había instalado la oficina de investigaciones legales en el viejo edificio de la calle Aillavilú. Nada de lo que debía asombrarme, a pesar de que había envejecido y mis casi cincuenta años pesaban sobre mis hombros con la ternura de un costal de piedras. Bebí otro sorbo de cerveza y encendí el segundo cigarrillo de la mañana.

—A usted le atormenta un misterio —oí decir de pronto a la mujer vestida de negro. En sus manos tenía un mazo de cartas y su mirada parecía concentrada en mi rostro.

—No tengo tiempo ni paciencia para escuchar premoniciones.

—Sus vibraciones llegaron a mi mesa y consulté las cartas pensando en usted —agregó la mujer.

—Tal vez otro día. Hoy no puedo pagar sus servicios.

—El dinero no me preocupa.

—Ni siquiera estoy en condiciones de invitarle una bebida —dije al tiempo que recordaba a Madame Zara, la adivina que había vivido en el departamento vecino a mi oficina hasta convertirse en la segunda o tercera esposa de Anselmo.

—A usted le atormenta un misterio —repitió la mujer.

—Tengo un trabajo que me obliga a resolver misterios ajenos.

—No estoy pensando en misterios ajenos.

—No sé de qué habla —dije, atrapado en el anzuelo de la curiosidad.

—Usted piensa en su padre.

—Dejé de pensar en él cuando supe que abandonó a mi madre. Después debí aceptar los códigos del orfanato donde viví hasta los quince años.

—Al menos reconozca que alguna vez pensó en él.

—El único misterio que me atormenta es saber si tendré un nuevo cliente —dije, y luego de apachurrar el cigarrillo en el cenicero que estaba sobre la mesa, agregué: Quisiera seguir bebiendo mi cerveza en paz.

La mujer sonrió y al rato la vi llamar al mozo, pagar su cuenta y salir del bar sin mirar hacia atrás.

—¿Conoce a esa mujer? —pregunté al mozo.

—Ve las cartas del Tarot en la Plaza de Armas.

—¿Estará en su sano juicio?

—No molesta y paga lo que consume. Debe estar en sus cabales.

3

¿Por qué no me interesaba saber quién había sido mi padre? ¿Por qué no deseaba conocer otras cosas de mi madre, más allá de lo que me habían contado en el orfanato? Mercedes, su nombre. Veinticinco años, su edad al morir. Una Biblia ajada, su única herencia. Las preguntas me acompañaron de regreso a mi oficina y no me dejaron en paz hasta que por la tarde, mientras escuchaba la cuarta sinfonía de Mahler, vi entrar a un hombre bajo, de pelo cano y hombros cargados, que dijo llamarse Julio Servilo.

—¿Usted es el detective Heredia? —preguntó al tiempo que observaba el desorden existente en la habitación.

—No preste atención al caos. El mayordomo está haciendo uso de su año sabático.

—Me dijeron que usted es bueno buscando gente.

—A veces acierto, a veces doy palos de ciego. ¿Cuál es su problema?

—Quiero ubicar a mi padre —respondió.

Sus palabras revivieron el recuerdo de la adivina y por un momento pensé que la llegada del hombre canoso era el segundo acto de una extraña confabulación en mi contra.

—¿Por qué? —pregunté y al ver la mueca dibujada en el rostro de Servilo comprendí que mi pregunta despertaba sus ganas de ponerse de pie y salir de la oficina.

—¿Necesito alguna causa especial para querer encontrar a mi padre? —retrucó Servilo.

—Me expresé mal. Quiero saber por qué desconoce el paradero de su padre.

—¿Tiene tiempo?

—Todo el que necesite.

—Vivo en Alemania desde hace treinta años. Como tantos otros, fui partidario de la Unidad Popular y después del golpe militar debí exilarme. Antes estuve detenido en el Estadio Nacional y en el campo de prisioneros de Chacabuco, Salí del país el año 1975 y regresé el mes pasado.

—¿Cómo se llama su padre? —pregunté, interrumpiendo a mi posible cliente.

—Gabriel Servilo Meza —respondió y enseguida, como si debiera concluir un parlamento largamente memorizado, agregó—: Mi padre era un derechista que se opuso al gobierno de Allende y aplaudió la intervención de los militares. Nuestras posiciones políticas fueron más fuertes que el afecto que nos debíamos. Dejé la casa familiar a comienzos del año 1971. Mi padre llegó a decir que yo había dejado de ser su hijo y me prohibió visitar su hogar. Ni siquiera mis prisiones lo hicieron cambiar de opinión. Tenía amistades entre los militares, pudo gestionar mi libertad pero no movió un dedo.

—¿Nunca se comunicó con él desde Alemania?

—Le escribí un par de veces y nunca respondió. Decidí olvidarme de él cuando murió mi madre a fines del año 1989.

—¿Usted tiene hermanos?

—Soy hijo único.

—Su padre debe tener más familiares.

—Su única hermana falleció en un accidente automovilístico. No dejó descendientes. Mis abuelos paternos murieron en los años sesenta.

—¿Y la familia de su madre?

—Un par de tíos, primos. Por ellos me enteré que mis padres se habían separado un año antes de la muerte de mi madre y que la empresa del viejo quebró durante la crisis económica vivida en el país a comienzos de los años ochenta. Tenía una fábrica de ollas, sartenes y platos de aluminio. Eso fue lo último que supe de mi padre hasta que recibí su saludo para la Navidad del año 2002. Lo envié a la universidad en Dresden donde trabajé durante diez años. Una secretaria con la que siempre tuve buenas relaciones recibió la tarjeta y me la hizo llegar a Berlín, al centro de estudios donde actualmente trabajo. Esa tarjeta me hizo pensar en la relación con mi padre. Le escribí a la dirección que traía la tarjeta y no recibí respuesta. Traté de contactarlo por otros medios pero fracasé en todos los intentos. Hace unos meses decidí viajar a Chile y ubicarlo.

—De lo que me cuenta, deduzco que desea reconciliarse con su padre.

—Él tiene ochenta y dos años, y yo cincuenta y ocho. Somos dos hombres viejos que podemos conversar y superar nuestras diferencias. Al fin de cuentas, nada de lo que nos dividió en el pasado tiene importancia hoy en día. Quiero que me ayude a encontrarlo.

—¿Cuál es la dirección escrita en la tarjeta?

—Corresponde a un departamento en la calle Seminario, cerca de la Parroquia Italiana.

—Ese dato puede servir para empezar el trabajo —dije, intentando colocar una dosis de optimismo a mis palabras.

—Dudo que le sirva. Fui a conocer el departamento. Mi padre dejó de arrendarlo hace ocho meses. Según el mayordomo, lo hizo para irse a un asilo de ancianos. Al parecer estaba cansado de vivir solo.

—¿Averiguó el nombre del asilo?

—El mayordomo lo ignoraba, al igual que dos o tres vecinos con los que logré conversar. Desde que estoy en Chile me ha llamado la atención que la gente vive desconfiando de los demás. No sé si es por miedo o por falta de solidaridad.

—Me gustaría ver la tarjeta.

Servilo abrió el bolso que portaba y dejó sobre mi escritorio la tarjeta postal en la que se reproducía una vista nocturna del cerro San Cristóbal. Leí el saludo y memoricé la dirección anotada en el remitente.

—¿El saludo está escrito con la letra de su padre?

—No recuerdo cómo era su letra, pero supongo que él la escribió —dijo Servilo y enseguida, con voz temblorosa, preguntó—: ¿Quiere ayudarme?

—Puedo hacer algunas preguntas, aunque no le garantizo que tenga éxito.

—¿Debo pagar algún adelanto por sus servicios?

—Lo necesario para moverme por la ciudad y no desfallecer en el esfuerzo.

Servilo abandonó la oficina luego de darme cien mil pesos y la dirección del hotel donde estaba alojado, en los alrededores del Parque Forestal. Resumí en un papel la conversación con mi nuevo cliente. Parecía un caso simple y pensé que en una semana estaría en condiciones de dar a conocer a Servilo el paradero de su padre.

—El sol vuelve a brillar —dije a Simenon que estaba sobre el escritorio y había seguido atentamente la conversación.

—¿Qué te puso tan optimista?

—La posibilidad de comprar un buen trozo de queso, una botella de vino y medio kilo de escalopas.

—No está mal, peor es cazar lauchas —comentó Simenon con aparente indiferencia.

Abrí la guía telefónica y anoté los nombres y números de los hogares para ancianos que ofrecían sus servicios. Eran más de los que había esperado encontrar. Mi optimismo comenzó a resquebrajarse y algo en mi interior me hizo presentir que el trabajo tendría sus complicaciones. Las siguientes dos horas las ocupé en llamar a hogares con nombres tan diversos como *Belén*, *Estrellita*, *San José* y *El Sueño de las Abuelitas*. Las llamadas no me condujeron a ninguna parte. Mi cabeza se atiborró de información sobre enfermeras, para-médicos, ambulancias de urgencia, males incurables y equipos de emergencias. Los hogares ofrecían un servicio tan variado como la carta de un hotel de cinco estrellas y en ninguno de ellos existía un residente que respondiera al nombre o las señas de Gabriel Servilo Meza. Tuve la intención de llamar a su hijo para decirle que se buscara otro investigador con más paciencia, pero la visión de Simenon rasguñando los billetes me hizo cambiar de idea. Dejé a un lado la guía telefónica y decidí explorar otro camino. Marqué el número telefónico de Doris Fabra amiga de la Policía de Investigaciones con la que nos unía la muerte de un funcionario público y un par de noches de amor que habían dejado algunas huellas en nuestros sentimientos.

—¿De qué se trata el asunto que investigas en esta oportunidad? —preguntó al reconocer mi voz—. Intuyo que no me llamas para invitarme a cenar.

—No reclames. Estabas ocupada las dos últimas veces que te invité. Trabajo, trabajo, trabajo. ¿Sigue siendo esa tu palabra favorita?

—Me gusta lo que hago.

—Te va a matar tu afán de ser la matea del curso.

—Nadie ha pedido tu opinión, Heredia.

—Alguna vez dijiste que te gustaba conversar conmigo.

—Lo más probable es que estuviera ebria. Di un mal paso contigo y para mí eso es suficiente.

—¿Ninguna esperanza hacia el futuro?

—Momentos, solo momentos de amistad —respondió Doris.

Por un segundo imaginé que besaba sus labios rojos y sentí que la soledad comenzaba a deslizarse a mi alrededor.

—Vamos al grano —continuó Doris Fabra—. ¿Qué necesitas?

—Ubicar a un vejete —contesté mientras se esfumaba el recuerdo de sus labios—. Tiene 82 años, se llama Gabriel Servilo Meza y debería vivir en un hogar de ancianos.

—Imagino que llamaste ya a los hogares.

—Cuarenta y siete llamadas. Todas sin éxito.

—¿Quieres que averigüe si está en el Servicio Médico Legal?

—Y también que preguntes por él en hospitales y en el Servicio de Registro Civil. Para ti es fácil obtener una respuesta en esos lugares. Yo tendría que golpear muchas puertas, hacer infinitas antesalas y poner caras simpáticas a una sarta de burócratas adormilados.

—Dame un par de horas para preguntar —dijo Doris y luego de una pausa, agregó en tono festivo—: Me quedarás debiendo una buena cena y algo más.

—Por el éxito de mi trabajo soy capaz de cualquier sacrificio.

—Eres insoportable —gritó Doris antes de dar por terminada la conversación.

Sentí retumbar mis oídos y por un momento tuve la impresión de que el fono en mis manos se había convertido en una rata embalsamada.

—Tienes la mala costumbre de hablar de más —oí decir a Simenon.

—Ella sabe que es una broma. Se le pasará el enojo y averiguará lo que le pedí.

—Con los años te has puesto cómodo. Te quedas sentado tras el escritorio, haces un par de llamadas y esperas que los demás trabajen por ti. En otra época habrías salido a golpear las puertas de todos los hogares de ancianos.

—Intentaré darte en el gusto, gato metiche —dije al tiempo que tomaba la tarjeta que Servilo había dejado sobre el escritorio.

* * *

Dejé atrás la estación Baquedano del Metro y sin apuro caminé por el Parque Bustamante en dirección al que había sido el departamento de Gabriel Servilo. En el parque, alrededor de una fuente, conversaban tres ancianos. Se veían animados y era evidente que uno de ellos estaba contando algo divertido a sus acompañantes. ¿Se parecería alguno de ellos al hombre que buscaba? ¿Adónde podía ir un anciano sin dejar huellas? Preguntas que aligeraron mis pasos hasta llegar frente a un edificio de tres pisos, antiguo, pero con una prestancia que desconocían las nuevas construcciones edificadas a su alrededor. Toqué el timbre del conserje y al rato llegó a mi lado un hombre moreno, bajo, de aspecto cansado.

—¿Qué desea? —preguntó con cierta amabilidad rutinaria.

—Busco al señor Gabriel Servilo Meza —dije.

—Ya no vive en este edificio —respondió desganado, como si le molestara hablar

del aludido o hubiera dado muchas veces la misma respuesta.

—Vengo de su oficina de abogados y esta es la dirección que tenemos registrada en la agenda de clientes.

—Tiene que actualizar la información de su agenda. Pronto se cumplirá un año desde que el señor Servilo dejó el departamento que arrendaba. Vivía solo y al parecer decidió irse a un hogar de ancianos. Hizo bien. No tenía quién lo cuidara y a veces pasaba varios días sin comer. Me correspondió limpiar el departamento antes que lo pusieran de nuevo en arriendo. Estaba convertido en un chiquero. Las paredes sucias, el baño manchado, los roperos llenos de basura.

—¿Sabe a qué lugar se cambió?

—El hombre era reservado. No conversaba con los vecinos y conmigo apenas intercambiaba tres o cuatro palabras de saludo o para pedirme que le fuera a comprar sus remedios.

—¿Podría ver el departamento?

—Imposible. Tiene nuevos inquilinos y le puedo asegurar que después de la limpieza no quedó el más mínimo rastro del señor Servilo.

—¿Recuerda si alguien venía a visitarlo?

—Nadie. En todos los años que llevo de conserje jamás he visto a alguien tan abandonado. Días atrás vino un caballero que dijo ser su hijo. Le conté lo mismo que a usted —dijo el conserje, y luego de mirar hacia el interior del edificio, añadió—: Los hijos suelen acordarse tarde, mal y nunca de sus padres.

—¿El hijo dejó sus datos personales? —pregunté para evaluar hasta dónde el conserje se interesaba en las cosas que ocurrían en el edificio.

—Me dio su nombre, pero ya no lo recuerdo —contestó el conserje y luego, al tiempo que miraba su reloj, agregó—: Es todo lo que sé sobre el señor Servilo.

—¿Salía Servilo a alguna parte?

—Si andaba de buen ánimo iba al parque, y dos veces por semana, al almacén de la esquina. Una vez al mes le llegaba el cheque de su pensión y lo iba a cambiar al banco que está a dos cuadras de aquí. El día que dejó el departamento puso sus cosas en dos maletas, llamó un taxi y se fue sin mirar atrás. ¿Para qué lo busca?

—Para que cobre la herencia que le dejó un pariente lejano.

—Ojalá lo encuentre. Al viejo le hace falta dinero —agregó el conserje.

—Lástima que usted no sepa a dónde se cambió —dije.

El conserje movió sus hombros en un gesto de resignación. Luego volvió a mirar hacia el interior del edificio y a consultar su reloj.

—Vaya al almacén de la esquina. El señor Servilo solía conversar con la dueña y puede que ella conozca la información que usted requiere.

* * *

El almacén no pasaba de ser un cuchitril atiborrado de mercaderías, atendido por

una mujer desgreñada a la que le dije mi nombre y enseguida le conté la historia de los abogados interesados en encontrar a Servilo.

—Pobre don Gabriel. Era solo, solito, como un perro guacho al que nadie presta atención —dijo la mujer—. Ojalá que usted le ayude a mejorar su suerte.

—Me dijeron que hacía sus compras en este almacén.

—Pan, té en bolsitas, leche y a veces un poquito de fruta. Parecía un pajarito de lo flaco que estaba. No entiendo cómo un cristiano puede terminar tan alejado de la mano de Dios.

—Supe que se fue a vivir a un hogar de ancianos.

—Conversamos de eso muchas veces, hasta que se animó a seguir mi consejo. Me apenaba su soledad. Cuando venía a comprar solía hablar de su pasado y de su familia. Sus recuerdos no eran muy coherentes. A veces hablaba de un hijo al que deseaba visitar en Europa y en otras ocasiones negaba su existencia. Dejar el departamento e irse a un hogar donde debe estar bien atendido es lo mejor que pudo hacer. Le recomendé el hogar que administra una amiga.

—Entonces, ¿sabe dónde y cómo se encuentra?

—Hace meses que no converso con mi amiga y no he vuelto a saber del señor Servilo desde que cambió de barrio. La verdad es que el almacén no me deja tiempo para cultivar las amistades. Para que el negocio rinda fruto hay que tenerlo abierto durante el mayor tiempo posible. Soy viuda, y desde que murió mi esposo vivo metida tras el mostrador.

—¿Puede darme la dirección del hogar? —insistí.

—No recuerdo la numeración exacta, pero queda en la calle Salvador Sanfuentes, cerca de la Estación Central. Es fácil dar con el hogar. Se llama *Altares* y tiene el nombre pintado en la fachada. También puedo darle el teléfono de mi amiga, la propietaria del asilo. Berta Falcón es su nombre. Dígale que Julia Pérez le envía muchos cariños.

¿Qué motivación había tenido el anciano para dejar el departamento? ¿Solo la falta de dinero o la necesidad de compañía? ¿Huía de sí mismo o de otras personas? A pesar de los años que llevaba ejerciendo mi oficio de fisgón no dejaba de sorprenderme el trasfondo de las vidas que debía escudriñar. La experiencia me indicaba que nada relacionado con las personas se reducía a una fórmula repetible. Cada hombre era una isla con sus misterios bajo la piel y Gabriel Servilo no podía ser la excepción.

Ubicar el hogar *Altares* fue más fácil de lo esperado. Salí del Metro en la Estación Central y luego de caminar por veredas atestadas de vendedores callejeros, llegué a un pasaje en el que se agrupaban, una al lado de las otras, un sinfín de tiendas dedicadas a la venta de útiles escolares y artículos de perfumería. Al final del pasaje encontré la calle Salvador Sanfuentes. Ocupé unos minutos en observar las vitrinas atiborradas de porcelanas chinas, artesanías de la India, ropa de vistosos colores, objetos de plástico, equipos de música y utensilios de cocina. Me detuve frente a un mago callejero que iniciaba su espectáculo con un ágil juego de naipes. No era malo, pero su aspecto abandonado no conseguía atraer espectadores. Puse unas monedas en el sombrero que tenía a sus pies y seguí mi búsqueda hasta llegar frente al puesto de una mujer que vendía quesos y miel de ulmo.

—Siga caminando hasta la próxima cuadra —respondió cuando le pregunté por el hogar de ancianos—. Lo conozco muy bien. Una vez a la semana voy a entregarle mis productos.

Tal como me había indicado Julia Pérez, el hogar *Altares* tenía un llamativo letrero en la fachada. Salió a recibirme una mujer que llevaba puesto un delantal blanco. Le pregunté por la señora Berta Falcón y me indicó la oficina ubicada al final de un pasillo alfombrado. El interior del asilo lucía limpio y al pasar frente a una pérgola divisé a dos ancianos que jugaban dominó.

Berta Falcón era alta y delgada. Vestía un traje de dos piezas azul y contenía su rubia cabellera con un apretado moño. Debía estar próxima a los sesenta años y en su rostro pude adivinar las huellas de un prolongado maquillaje. Al verme, se quitó las gafas que pendían de su nariz pronunciada y me indicó una silla frente a su escritorio. Noté que en su mano derecha llevaba un curioso anillo reloj con forma de corazón.

—Soy la directora del hogar —dijo, cerrando la carpeta que seguramente había estado revisando antes de mi interrupción—. ¿Quiere alojar a algún familiar en nuestra casa?

—Vengo por recomendación de doña Julia Pérez.

La mención de su amiga hizo sonreír a la directora.

—Julita, esa ingrata —agregó—. Promete visitas y nunca aparece.

—Su almacén la mantiene ocupada.

—Tampoco es mucho lo que yo salgo de esta casa. Lo bueno es que ella siempre

se acuerda de mí y me recomienda entre sus clientes.

—Tengo la impresión de que el negocio de los ancianos es próspero —comenté.

—Prefiero que lo llame servicio a los adultos mayores —dijo la directora esbozando una leve mueca de disgusto—. Cada día son más las familias que deciden alojar a sus abuelos en un lugar donde los cuiden bien. En nuestra casa tenemos cuarenta alojados. Recibimos a hombres y mujeres. Contamos con la atención permanente de dos enfermeras, cuatro auxiliares y un médico que controla a los ancianos semanalmente. Cuidamos sus dietas y procuramos que se mantengan sanos y activos.

—Dan ganas de quedarse una temporada.

—Un hombre joven y apuesto como usted no debería pensar en eso —dijo la mujer, al tiempo que me recorría con su mirada.

—Gracias. Ha conseguido reactivar mi alicaído ego.

—Aún no me dice a quién desea traer a nuestra casa.

—No he dicho que desee internar a nadie —agregué y enseguida ocupé algunos minutos en contar mi historia de los abogados que velaban por los intereses de Gabriel Servilo.

—El señor Servilo vivió dos meses en esta casa y después decidió irse a otra parte —dijo la directora del hogar—. Mientras estuvo en el hogar nunca nos ocasionó problemas. Su relación con los demás ancianos, era buena, aunque reducida a lo esencial. Saludo por la mañana y un par de palabras a la hora del almuerzo o cuando veía las noticias en la televisión. Don Gabriel prefería estar solo o quedarse en su pieza, leyendo el diario o los libros de nuestra pequeña biblioteca.

—¿Dio algún motivo para abandonar el hogar?

—Dijo que pensaba vivir con una ahijada.

—No parece muy convencida de que eso fuera verdad.

—El día que se fue lo vino a buscar una muchacha. Me dio la impresión de que no se conocían. Tuvo un trato frío con el señor Servilo y más tarde una de mis enfermeras me dijo que la supuesta ahijada trabajaba en otro hogar, de menor categoría que el nuestro. Eso me hizo pensar que se fue por problemas de dinero.

—¿Cómo pagaba su alojamiento?

—Cobraba su pensión personalmente y del monto que recibía pagaba el hospedaje y le quedaban algunos pesos para sus gastos. Es el procedimiento que seguimos con los ancianos que pueden ir a cobrar sus jubilaciones a las oficinas de pago. A los demás, les pedimos un poder o cobramos directamente a sus familiares cuando éstos vienen de visita. Y desde luego, se da el caso de familiares que no vienen y depositan la mensualidad en nuestra cuenta corriente.

—¿Cómo se llama el hogar donde trabaja la supuesta ahijada?

—No recuerdo el nombre. Sofía, la enfermera que le mencioné, dijo que estaba en la calle Independencia.

—¿Puedo conversar con Sofía?

—No en estos momentos. Hoy le toca trabajar en el turno de la noche.

—¿Podría hacerme un gran favor?

—Por alguien tan apuesto como usted podría hacer muchas cosas.

—Pregunte a Sofía el nombre y la ubicación del hogar de ancianos al que se cambió Servilo, y luego tenga la amabilidad de llamar a mi oficina —dije al tiempo que anotaba mi teléfono en un papel que tomé del escritorio.

—¿Eso es todo? Al menos dígame su nombre.

—Heredia. Lo acabo de anotar en el papel.

—Bonito nombre. Al próximo gato que reciba en mi casa le pondré su nombre. Así me acordaré de usted. ¿Qué le parece?

—No me atrevería a contradecir sus buenos sentimientos.

—¿Siempre es tan amable?

—Usted me ha inspirado —dije, y al verla sonreír, agregué—: Recuerde que estaré esperando su llamada.

6

—Heredia, nombre de gato. Lo último que me faltaba escuchar —dijo Simenon mientras se aprontaba a comer su milanesa convenientemente trozada—. Si las señoras maduras intentan seducirte es porque te ven desvalido. Yo en tu lugar comenzaría a preocuparme.

—¿Me has oído pedir consejo?

—Pasaron los días en que las muchachas se fijaban en ti.

—Calla y come de una maldita vez. No todos los días tienes una milanesa frente a tus bigotes.

Simenon olfateó la carne en el mismo instante que Anselmo entró a la oficina con un llamativo sobre celeste en sus manos. Vestía pantalones de cotelé y una polera negra con el rostro de Marilyn Monroe grabado a la altura del pecho. Noté que sobre sus labios comenzaba a crecer un grueso bigote blanco y que su calva lucía más brillante que en otras ocasiones.

—El cartero ya no llama dos veces ni tiene ánimo para subir a dejar la correspondencia —dijo Anselmo mientras arrojaba el sobre encima del escritorio—. Primera carta que le llega en varias semanas, don.

—Al menos no tiene aspecto de ser una cuenta —comenté.

—¿Cómo le fue con el asunto del viejito perdido?

—Conocí el hogar de ancianos donde vivió durante unos meses y conseguí ganarme el aprecio de una respetable señora.

—¿Qué quiere decir con eso de respetable?

—Una señora de esas a las que uno le cede el asiento en el bus.

—¿Una anciana?

—No exageremos. Una señora con algunos años en el cuerpo, nada más. De esas a las que tú sueles piropear en la calle, Anselmo.

—A falta de pan...

—Bueno es que te quedes callado.

* * *

Para abrir el sobre aguardé a que Anselmo regresara a su quiosco donde lo esperaban los diarios, cigarrillos y golosinas que vendía empleando estrategias tan estrambóticas como disfrazarse de Chaplin o recitar a sus clientas empalagosos versos de Bécquer o Amado Nervo. Dentro del sobre encontré una hoja de cuaderno en la que, con letra despatarrada y algo borrosa, la remitente había redactado un mensaje tan críptico como inesperado: *«Le escribo obedeciendo la voluntad de mi madre, Laura Gadea. Ella me pidió contactarlo para que le hiciera entrega de un paquete que tengo en mi poder. Mi dirección la encontrará al pie de esta carta. Silvia*

Fujón Gadea».

—¿De qué se trata? —oí preguntar a Simenon desde un rincón de la oficina. Sus orejas estaban erizadas y parecía dispuesto a brincar de un momento a otro sobre la extraña misiva.

—Los nombres de Silvia Fujón y su madre no me dicen nada. Tal vez se trata de una encomienda. Pero ¿quién podría querer enviarme una encomienda? Tendré que ir a la dirección indicada en la carta.

Mis intenciones no llegaron muy lejos, porque apenas terminé de ponerme la chaqueta oí el timbre del teléfono y enseguida la voz de Doris Fabra.

—Tengo noticias acerca del anciano —dijo sin desperdiciar su tiempo en saludos ni preámbulos.

—¿Una buena y otra mala, como en los chistes?

—Dos buenas y una probablemente mala —agregó Doris—. En el Servicio de Registro Civil no está inscrita la muerte de Gabriel Servilo. Tampoco aparece como paciente de alguna clínica o hospital de Santiago. Puse a uno de mis hombres a llamar por teléfono, y ni rastros de él. No está ni ha estado internado en el último año en ningún centro médico, hospital ni clínica de reposo.

—Podemos descartar su muerte o enfermedad.

—Yo no diría eso con tanta prisa, Heredia. ¿Tienes alguna foto o la descripción física del señor Servilo?

—No, solo un nombre. ¿A qué se debe la pregunta?

—En el Servicio Médico Legal se encuentran los cadáveres de dos ancianos. Fueron rescatados de la vía pública y aún no han sido identificados. Uno lleva tres meses en el depósito y el otro, una semana.

—Llamaré a su hijo para que efectúe el reconocimiento.

—Para mayor facilidad en el trámite dile que recurra al doctor Linares. Y adviértele que no será un paseo agradable.

—Mirar el rostro de la muerte nos recuerda que somos un montón de huesos transitorios.

—Deja que el hijo pase el mal rato.

* * *

Llamé a Julio Servilo a su hotel y después de contarle los pormenores de mi visita al hogar *Altares*, le hablé de los cadáveres que era necesario reconocer. Quedó en reunirse conmigo en media hora, pero apremiado por la impaciencia llegó a la oficina antes del tiempo acordado. Me hizo repetirle la información entregada por Doris Fabra y luego, extraviado en quizás qué recuerdos, se quedó en silencio, de pie junto al ventanal que daba hacia el río Mapocho y el barrio La Chimba.

—¿Cree que uno de esos cadáveres sea el de mi padre? —preguntó al cabo de un rato.

—No soy adivino, señor Servilo. Los cadáveres son una pista más a seguir. Si uno de ellos es su padre, usted habrá terminado su búsqueda y yo mi trabajo.

—Después de tantos años de separación, el viaje, las ganas de verlo. No sería justo encontrarlo muerto.

—¿Para qué se atormenta antes de tiempo?

—Me gustaría regresar a la edad en la que mi padre me parecía grande y poderoso. Cuando cumplí seis años, compró un auto y me llevaba a pasear al Cajón del Maipo. Caminábamos por la orilla del río y mientras estábamos tomados de las manos la corriente me resultaba plácida y serena. Todo parecía tan seguro, feliz, tan perfectamente ordenado. Después crecí y comencé a verlo con otros ojos. Vinieron las rabias y los intercambios de palabras hirientes. Su imagen se quebró. Ninguno de los dos quiso escuchar al otro y nuestra relación se fue al carajo. Me costó algunos dolores y varios años de soledad entender que lo más importante son los afectos cercanos. El padre, los hijos, la familia.

—Carezco de experiencia al respecto pero al parecer las desavenencias son algo normal entre padres e hijos.

—No por tan largo tiempo ni con tanto encono.

—Usted debió salir fuera del país, de otro modo las cosas pudieron ser diferentes.

—Tengo miedo de comprobar que inicié tarde la búsqueda. ¿Puede efectuar por mí el reconocimiento de los cadáveres? Mi padre tiene ciertas particularidades en su cuerpo. Una cicatriz a la altura del pecho, producto de una cirugía, y dos lunares grandes arriba del ombligo.

—Puedo ofrecerle un trago y luego acompañarlo al Servicio Médico Legal. Nada más. El reconocimiento de los cadáveres es algo que le corresponde hacer a usted.

—Gracias, pero no bebo alcohol.

—Entonces, solo nos queda ponernos en camino.

* * *

La transitoria casa de los muertos estaba helada y un olor pesado, a lavandina y desinfectante, nos atrapó apenas entramos en sus silenciosos pasillos pintados de gris. Siguiendo las instrucciones de Doris Fabra preguntamos por el doctor Linares y éste nos dejó en las manos de un funcionario de apellido Garcés que parecía interesado en que nuestra visita sirviera para desocupar una de las gavetas donde se guardaban los cadáveres sin identificación.

—Accidentes, homicidios, asaltos. La ciudad crece y también lo hace el número de muertos —dijo el funcionario al llegar a una sala en la que se encontraban varias personas esperando la entrega de los restos mortales de sus familiares—. Seguimos con el mismo espacio y con el mismo personal. No damos abasto con la cantidad de autopsias que debemos realizar. Los familiares reclaman, escriben cartas a los diarios y perdemos tiempo atendiendo a los periodistas que andan a la caza de noticias

sensacionalistas. Un día vamos a reventar y terminaremos con los cadáveres en la vereda. Entonces, cuando el hedor cubra varias calles a la redonda, alguien escuchará nuestras demandas.

Miré de reojo a Servilo. Su rostro estaba pálido y le temblaba el párpado izquierdo. Garcés nos condujo por un pasillo sombrío y luego nos hizo entrar a la sala donde estaban los cadáveres que esperaban ser identificados. El frío del recinto atravesó la tela de mi chaqueta y se pegó a mis huesos. Lamenté no haber comprado una petaca de pisco y con los dientes apretados me apronté a soportar lo que venía. Garcés abrió una de las gavetas y quedó a la vista un bulto cubierto por una lona verde.

—Hombre no identificado de aproximadamente ochenta años, encontrado en la vía pública. Presenta una herida corto punzante a la altura del corazón. Murió de anemia aguda al no ser atendido oportunamente —dijo Garcés y enseguida destapó a la víctima.

Miré a Julio Servilo y éste hizo un gesto negativo. Garcés cubrió el rostro del muerto, cerró la gaveta y abrió otra, ubicada al lado izquierdo de la primera.

—Hombre no identificado de aproximadamente ochenta años, encontrado en la vía pública. Murió a causa de un enfisema pulmonar. Presentaba un cuadro de desnutrición severa y de invalidez en sus extremidades inferiores —agregó el funcionario, al tiempo que descubría el rostro desfigurado del anciano.

—¿Puedo verle el tórax? —preguntó Servilo con un hilo de voz.

Garcés descubrió el cadáver hasta la cintura. La piel del muerto tenía un tono verdoso y bajo ella se podía reconocer cada una de sus costillas.

—Tampoco es mi padre —dijo Servilo, conteniendo una mueca de asco.

—No tenemos más ancianos sin identificación —acotó Garcés.

—Gracias por su ayuda —le dije, al tiempo que indicaba la puerta de salida a Servilo, quien parecía a punto de vomitar.

—Es extraño, pero no sé si siento alivio o decepción —dijo Servilo mientras caminábamos por avenida La Paz, de regreso a mi oficina—. Si uno de esos cadáveres hubiera sido el de mi padre, todo habría concluido y estaría haciendo los trámites para su sepultura. En cambio ahora persiste la incertidumbre.

—Y también se mantiene la esperanza de encontrarlo con vida. ¿No es eso lo que desea?

—Desde luego, ese es mi principal deseo. Tal vez no me expresé correctamente —dijo Servilo, y luego de encender un cigarrillo, preguntó—: ¿Ahora qué sigue?

—Intentaré averiguar adónde se fue su padre después de abandonar el hogar *Altares* —respondí.

—¿Puedo visitar ese hogar?

—¿Desconfía de mi trabajo?

—No, pero quiero conocer dónde vivió mi padre y conversar con quienes lo conocieron. Es probable que los ancianos que viven en ese asilo sepan más de él que yo. Quisiera saber qué recordaba de nuestra vida en común o si alguna vez habló de mí.

—Vaya al hogar y dígale a su directora que va de parte mía. Seguro que será bien acogido —dije y sin ganas de seguir conversando con Servilo, añadí—: Tomemos un taxi. Estamos a diez cuadras de mi oficina y no tengo intención de pasar el resto del día caminando.

—Lo dejo en su oficina y yo sigo hasta mi hotel —respondió Servilo—. Necesito descansar y cambiarme de ropa. Nuestro breve paso por el infierno me descompuso.

—Hay otros infiernos peores en la ciudad —dije al tiempo que observaba a un taxi que se acercaba—. Infiernos con gente que respira y a veces hasta tiene el atrevimiento de soñar.

* * *

De regreso en mi oficina revisé el contestador telefónico para saber si había noticias de Berta Falcón. No encontré ninguna llamada de la directora del hogar de ancianos, solo la de una promotora que llevaba dos semanas intentando venderme un celular que permitía tomar fotografías y enviar mensajes de textos. Su artefacto me interesaba tanto como viajar a Mongolia en bicicleta, pero la mujer era empeñosa e insistía en golpear a la puerta equivocada. Sin una idea para seguir adelante con la investigación, guardé la carta de Silvia Fujón en uno de los bolsillos de mi chaqueta y decidí borrar las huellas de la reciente visita al depósito de cadáveres en el bar *Touring*. Necesitaba una copa que entibiara mi sangre y algunos minutos fuera de la oficina para pensar en el misterio escondido tras las breves líneas de la carta.

Cambié de idea al observar mi aspecto en el borroso espejo del ascensor. Mis cabellos necesitaban la atención de un peluquero y mis mejillas una rasurada vigorosa. Apenas estuve en la calle caminé hacia la peluquería *La Peñita*, ubicada frente al quiosco de Anselmo. La peluquería era tan antigua como el hilo negro y solía recurrir a sus servicios desde mi llegada al barrio.

—¿El corte de la casa? —preguntó el peluquero cuando estuve acomodado en uno de los dos sillones con apoya brazos de mármol existente en el lugar.

Era un hombre risueño y calvo que había heredado el negocio de su padre y mantenía una fiel clientela entre los jubilados y vecinos del barrio.

—¿Cuál sería ese corte?

—Cabellos al ras y los clientes sin chistar por el resultado.

—Prefiero una leve emparejada. Que casi no se note que estuve en la peluquería —dije al tiempo que extendía la carta de Silvia Fujón con la intención de leerla mientras era atendido por el peluquero.

—¿Buenas o malas noticias? —preguntó el calvo.

—Es lo que me propongo averiguar si sobrevivo a la trasquilada.

Silvia Fujón vivía en una barriada de casas construidas con retazos de maderas, planchas de zinc oxidadas y trozos de plásticos que protegían a sus moradores de la lluvia. Una población de perrosflacos y muchachos que se reunían en las esquinas, alrededor de una botella de cerveza o cigarrillos que iban de mano en mano hasta muy entrada la noche. El azar y algunas preguntas a un par de desconfiados vecinos me hizo dar con la casa de la mujer. Era un rancho al que se entraba cruzando un cerco de madera a punto de irse al suelo. En el patio interior de la casa, pendiendo de un cordel se veían camisas de niños, pañales y sábanas que imponían su blancura sobre el horizonte de techos cochambrosos.

—Busco a Silvia Fujón —dije a la mujer joven y desgredada que salió a recibirme después de golpear a la puerta de la casa.

—¿Para qué sería? —preguntó con recelo.

—Me hizo llegar una carta.

—¿El señor Heredia? —preguntó esbozando una sonrisa que dejó a la vista sus encías casi sin dientes—. Pase a la casa y perdone el desorden. Con cinco niños que atender no tengo mucho tiempo para preocuparme del aseo.

Entré a una sala oscura en la que se veía una mesa de comedor y algunas sillas descoloridas. La mujer abrió un trinche y de su interior sacó un paquete envuelto en papel de diario.

—Esto es lo que mi madre me pidió entregarle —dijo, pasándome el paquete—. No me habló de su contenido.

—¿Su madre está muerta?

—Hace seis meses.

—Dejó pasar mucho tiempo antes de cumplir el encargo.

—Cuando murió, sus pocas pertenencias fueron a dar a unas cajas. Recién hace

un mes recordé el encargo y busqué el paquete.

—¿Su madre le habló de mí?

—No tengo la menor idea de quién es usted. Cumpló las instrucciones de mi difunta madre.

—¿Cómo dio con mi dirección?

—Estaba escrita en el paquete y si no me comuniqué antes con usted fue porque no tenía tiempo ni plata para enviarle la carta. Menos para ir a verlo personalmente.

—Su madre debió conocer mi dirección...

—En el paquete debe estar la respuesta a su inquietud. Ábralo.

El paquete contenía dos pañuelos con las letras BD bordadas en una de sus puntas, un sobre pequeño y tres fotos en blanco y negro. En la primera foto aparecía una mujer joven y de aspecto frágil escribiendo en una pizarra de escuela. Su mirada estaba concentrada en los trazos de la palabra que escribía. Vestía un sencillo traje negro y una blusa blanca. En la segunda, aparecía un hombre joven, alto, moreno y de ojos profundos. Estaba junto a una vitrina que tenía escrita la leyenda: *Ferretería Asturias*. El hombre vestía un delantal de cuero y una camisa blanca remangada que permitía apreciar sus brazos musculosos. La tercera foto estaba tomada frente a una locomotora y aparecían retratados el hombre y la mujer de las fotos anteriores. El hombre llevaba sombrero y vestía entero de gris. La mujer aparecía con el mismo traje de la foto junto a la pizarra y sus ojos irradiaban una incuestionable sensación de tristeza. Revisé el reverso de las fotos y en todas ellas aparecía escrito el número 1959.

—¿Conoce a la pareja que aparece en las fotos? —pregunté a Silvia Fujón.

—Primera vez que veo a esas personas.

En el interior del paquete encontré una carta dirigida a mi nombre. Sentí temblar mis manos y comencé a descifrar el mensaje escrito en el papel. *«Fui amiga de su madre. Antes de morir, ella me dijo que tenía dos deseos: que usted no quedara solo y encontrar al único hombre que había amado en su vida. Después de la muerte de Mercedes, y durante un tiempo, intenté cumplir ambos deseos, pero no tuve suerte y la existencia me dio preocupaciones que no son del caso mencionar. El hombre nunca apareció y usted fue a dar al hogar de menores del Padre Brown. Los pañuelos que usted ahora tiene en sus manos los bordó su madre cuando supo que iba a morir. Tres años atrás recordé que tenía el paquete y me propuse entregárselo. No sabía cómo ni dónde ubicarlo, hasta que pensé en el Padre Brown. Lo ubiqué y le pedí ayuda. El cura me dio a entender que había seguido sus pasos después de que usted dejó el orfanato. Sabía de sus estudios universitarios y que trabajaba de policía o algo parecido. Me mostró un recorte de diario donde lo mencionaban. No quise dejarle el paquete, porque me había hecho el propósito de cumplir personalmente la promesa expresada a su madre. A la semana de mi visita, el Padre Brown me hizo llegar su dirección con un cura joven que le servía como secretario. Después me enfermé y debí posponer la entrega. Tampoco estaba segura de la conveniencia de*

revolver el pasado. Tal vez usted haya olvidado su vida cuando niño. Tal vez no quiera saber nada de sus padres. Ahora, cuando sé que moriré en unas semanas más, quiero saldar una parte de mi deuda con Mercedes. Le he pedido a mi hija mayor que le haga llegar las fotos y los pañuelos. Perdone el olvido en qué incurrí. Confío en que usted podrá cumplir el segundo deseo de su madre».

—Los que aparecen en las fotos son mis padres —dije en voz baja.

—¿Acaso no los conocía? —preguntó la mujer.

—De mi madre conservo una borrosa foto de la época en que ella era colegiala. A mi padre nunca lo vi. Mi madre falleció cuando yo tenía cinco años de edad y lo único que conozco de ella es su nombre y el lugar en el Cementerio General donde está sepultada. De mi padre lo ignoro todo.

—¿Y qué pito toca mi madre en esa historia?

—Fue amiga de mi madre.

—No sé qué decirle, señor Heredia.

—Cumplió el encargo de su madre y esa era toda su responsabilidad en el asunto —dije, al tiempo que observaba una vez más la imagen de la pareja junto al tren.

Sentía el mismo desconsuelo de la primera vez que estuve frente a la sepultura de mi madre. Ganas de correr hasta borrar mis sentimientos. Huir, desaparecer, ser otra persona. Renegar de cada uno de los días vividos hasta ese momento en que asediado por el pasado me preguntaba qué hacer con aquellas fotos. Dudas, miedo a tomar la decisión equivocada, deseo de romper las fotos y olvidarme para siempre de quienes aparecían retratados en ellas.

Una o dos veces al año iba al cementerio. Compraba flores y mientras las ponía sobre la sepultura de mi madre le contaba cosas de mi trabajo. A veces le preguntaba por los cinco años que vivimos juntos e imaginaba sus respuestas hasta reconstituir ese breve pasado. Sabía que todo aquello era mentira y sin embargo, al salir del cementerio me sentía más tranquilo y con la sensación de ir acompañado de una sombra protectora.

Sin embargo, aquellas fotos habían cambiado todo. Por primera vez tenía un antecedente concreto que explorar y deseaba respuestas concluyentes para las preguntas que comenzaban a rondarme como hienas hambrientas. ¿Qué significaba la pizarra donde ella había escrito: el mar es azul? ¿Hacía dónde partía el tren que estaba a sus espaldas? ¿A qué se dedicaba el hombre del delantal de cuero? ¿Qué significaban las iniciales BD bordadas en los pañuelos? Recordé a la adivina del bar y reconocí que ella tenía razón. En mi interior se anidaba un dolor que hasta entonces no había sido capaz de enfrentar.

Me hice la promesa de no volver a visitar a mi madre hasta el día que cumpliera el segundo de sus deseos. Luego pensé en la manera cómo enfrentaría la investigación si el enigma de las fotos fuera la inquietud de uno de mis clientes. No me resultó fácil, pero al llegar a la puerta de mi oficina tenía en mente algunas preguntas susceptibles de responder por mis propios medios. ¿Cómo se llamaba el hombre del delantal? ¿Existía la *Ferretería Asturias*? ¿En qué escuela se había fotografiado mi madre? ¿Qué hacía en ese lugar? ¿Qué motivaba la tristeza dibujada en sus ojos? ¿Vivía aún el hombre del sombrero? Entré a la oficina y anoté las preguntas en mi libreta. Después puse un disco compacto de Adriana Varela en el equipo de música. Por la ventana entraba un debilucho rayo de sol. Simenon se acomodó sobre mis piernas y lo abracé. Cerré los ojos hasta sentir que el primer tango acariciaba mi piel.

* * *

Desperté recostado sobre el escritorio. Era otro día y la luz de la mañana entraba vigorosa por la ventana de la oficina. Un sonido molesto anidó en mis oídos y me costó varios segundos asumir que se trataba del teléfono instalado sobre el Pequeño

Larousse que solía tener a mi alcance. Tomé el fono de mala gana y escuché una voz que no conseguí reconocer.

—¿Heredia? —oí preguntar dos veces.

—¿Quién habla?

—Berta Falcón. ¿Ya se olvidó de mí?

—Disculpe, no reconocí su voz —dije—. ¿Qué pasa? ¿Encontró un gato al que bautizar con mi nombre?

—Todo a su tiempo, Heredia. Conversé con Sofía, la enfermera que trabaja conmigo, y me dijo que el hogar de ancianos al que se mudó el señor Servilo se llama *Dulce María*. Queda en la calle Portugal, a tres cuadras de la avenida Matta.

—Gracias, Berta. Quedo en deuda con usted —respondí sin ánimo de prolongar la conversación.

—Ayer vino a verme el hijo de don Gabriel y me contó su historia. Espero que mi información sea de utilidad y pueda reunir al señor Servilo con su hijo. Me parece que ellos dos se necesitan y no es bueno que sigan separados.

Guardé las fotos en el bolsillo interior de mi chaqueta y sin dar pie a la tristeza, salí de la oficina. Respirar el aire de la calle y observar el trajín de las personas me dio las energías que necesitaba para reanudar mi trabajo. Anselmo estaba en su quiosco ordenando los diarios de la mañana y en su rostro tenía pintada una seductora sonrisa de payaso que armonizaba con la peluca amarilla que cubría su calva.

—¿Desde cuándo trabajas en el circo? —le pregunté.

—Vivimos en un circo permanente, don. Políticos, cantantes, deportistas, modelos y fugaces estrellitas de televisión. Todos aportan su grano de estupidez a la farándula que nos propinan a diario por la tele y la prensa. La gente seria no consigue levantar cabeza. No sé a dónde vamos a ir a parar.

—¡Al carajo! ¿A qué otra parte?

—No se ponga denso, don. Mientras quede entusiasmo y viagra hay esperanzas.

—¿Viagra, esperanza? ¿Cuál es la idea, Anselmo?

—Usted tenía razón, don. Anoche tuve otro encuentro con aquella muchacha del fracaso nocturno y todo anduvo de mil maravillas gracias a la ayuda de la pastillita azul. El tigre de la calle Aillavilú volvió a rugir.

—Me alegro. Al menos a uno de los dos le va bien.

—¿Problemas?

—¿Tienes tiempo para escuchar una historia?

—¿De qué se trata?

—Acompáñame a desayunar y te la cuento mientras bebo la dosis de café que necesito para recuperar el uso de mis cinco sentidos.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Anselmo una vez que le conté los pormenores de mi visita a la casa de Silvia Fujón.

—Meter mis narices en cuanto lugar haga falta.

—¿Quiere que le dé una mano?

—Por el momento puedo investigar solo.

—¿Y el asunto del vejete desaparecido?

—Sigo buscándolo.

—Buscar a su posible padre es más importante. Mande por el desvío al tal Servilo.

—No acostumbro a dejar en la estacada a mis clientes. Puedo trabajar en los dos frentes. Además, no tengo claro cómo abordar el tema de las fotos.

—Menos mal que mis padres están bajo tierra, tranquilos y silenciosos. La pelada se los llevó en el mismo año, con tres meses de diferencia —dijo Anselmo, y luego, mientras miraba el trasero de una mujer que pasaba frente a la ventana del café, agregó—: Debería averiguar si todavía vive el cura Brown. En una de esa tenemos suerte y preguntando llegamos al Vaticano.

—A propósito de suerte, ¿tienes algún dato para las carreras de esta tarde?

—Ninguno, don. Puras tincadas.

—¡Lástima! Necesito una rápida y apasionada cita con la fortuna.

* * *

De avenida Matta hacia el sur, la calle Portugal está llena de caserones de dos pisos que sobreviven a los planes inmobiliarios que reemplazan la historia de la ciudad por torres de departamentos que parecen imitar a unas pilas de frágiles cajas de fósforos. Sus veredas están al amparo de añosos árboles y si uno se olvida del ruido de los autos puede imaginar que está en otra época más apacible. El hogar de ancianos *Dulce María* ocupaba una de esas casonas, entre el taller de un zapatero remendón y una imprenta que dejaba ver desde la calle una reluciente linotipia y altos de papeles de todos los colores. La puerta del hogar estaba abierta. Entré sin anunciarme y avancé por un pasillo que me condujo hasta la oficina donde dormitaba un gordinflón rubio. En el ambiente flotaba un pesado olor a comida rancia y no había que ser muy observador para darse cuenta que nadie se preocupaba mayormente por la presentación y limpieza del lugar. Los muros lucían grandes manchas de humedad y del cielo raso se descolgaba una cascada de silenciosas telarañas.

Tosí un par de veces hasta conseguir que el gordinflón se despabilara. Me quedé mirando con extrañeza y enseguida hizo un esfuerzo por acomodar su generoso trasero en la silla de plástico en la que estaba sentado.

—¿Cómo entró? —preguntó de malhumor, al tiempo que limpiaba sus labios con el dorso de su mano izquierda.

—La puerta estaba abierta. No hice más que caminar como Pedro por su casa.

—Viejos de mierda. Salen a pasear y dejan todo abierto. Después se quejan de que les roban sus cosas.

—¿No hay nadie que vigile?

—Eso es parte de mi trabajo, pero no puedo estar con los ojos abiertos las veinticuatro horas del día —contestó, y luego de bostezar, preguntó—: ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Viene de visita o quiere traernos a su abuelo?

—Busco a mi tío Gabriel.

—Gabriel qué más.

—Servilo. Vengo a hacerle una visita.

—Llegó tarde. Su tío dejó el hogar hace seis meses.

—¿Está seguro?

—Llevo siete años en este lugar y conozco a los viejos de memoria. Su tío era bastante jodido. Se daba aires de grandeza y vivía reclamando. Jamás entendió que no estaba alojado en el Sheraton, y nunca le perdonaré a la Cecilia que trajera a ese señor y luego se mandara a cambiar, dejándonos con el cacho.

—¿Cecilia es la muchacha que lo sacó del hogar *Altares*?

—El dueño de esta casa le pagaba por traer nuevos asilados y ella se dedicaba a frecuentar lugares a los que suelen ir a dar los ancianos. Plazas, oficinas de pago de pensiones, clubes de tangos y otros hogares. No le iba mal, sabía engrupir a los vejetes, pero encontró una pega mejor y se mandó a cambiar.

—¿Tiene alguna idea de dónde pudo ir mi tío?

—Ninguna. Un día entró en esta oficina portando sus maletas y en compañía de un amigo que parecía ser su consejero o algo así. Eso fue todo —dijo el gordo, y al tiempo que miraba hacia la puerta por la que asomaba su cabeza una anciana, gritó—: ¡Regresa a tu pieza, Estelita! Te he dicho que no debes andar intruseando por las habitaciones.

—Parece que la señora es algo curiosa —comenté, mientras observaba los ojos azules de la mujer.

—Vive pendiente de lo que hacen los demás internos.

La anciana sonrió mostrando una hilera de dientes pequeños y luego desapareció con el sigilo de un fantasma.

—¿Es posible que alguno de los residentes conozca el nuevo destino de mi tío?

—Lo veo difícil. Su tío se destacaba por su mal genio y no se juntaba con los demás viejos.

—¿Puedo conversar con alguno de ellos?

—Las visitas de extraños alteran sus rutinas y ellos necesitan tranquilidad.

—Cualquiera diría que usted oculta algo.

—¿A qué se refiere?

—Un inspector de sanidad podría poner en aprieto al dueño de este sucucho.

—¿Me está amenazando? ¿Quién es usted?

—Ya le dije que busco a mi tío Gabriel.

—Él no vive en esta casa y por lo tanto usted no tiene ningún motivo para estar aquí —dijo el gordo indicando la puerta de la oficina.

—De acuerdo, por ahora no haré más preguntas.

—Adiós y hasta nunca más.

—Cuida tus modales, gordito. En mi próxima visita puedo venir acompañado por un inspector municipal ansioso de extender una multa a cabrones que lucran con los viejos —dije, pero solo conseguí que el gordo mostrara una sonrisa irónica.

Dejé al cuidador apoltronado en su silla de plástico y volví a recorrer el pasillo que conducía hacia la salida. No había nadie a la vista. Cuando estaba por llegar a la puerta que daba a la calle oí que me llamaban. Era la anciana que asomara su cabeza por la puerta mientras conversaba con el gordinflón.

—Oí que preguntaba por Gabriel —dijo en voz baja—. Él se fue de la casa. No le gustaba la comida ni los fantasmas.

—¿Qué fantasmas?

—Los que entran a las piezas por las noches y revisan los roperos.

—¿Fantasmas gordos y prepotentes? —pregunté, al tiempo que pensaba en el

rubio regordete con el que acababa de conversar.

—Los fantasmas robaron a Gabriel su pensión. Reclamó y lo dejaron dos días sin comer, confinado en su habitación. Después de eso decidió abandonar la casa.

—¿Sabe a dónde se fue?

—Al hogar de Palermo, su amigo del bar.

—¿Quién es Palermo?

—Gabriel se escapaba por las noches para escucharlo cantar.

—¿Qué bar?

—Una noche lo seguí. Gabriel jugaba a las cartas con Palermo.

—¿De qué bar me está hablando?

—El de la esquina. ¿No lo conoce?

—No, pero puedo ir a dar una vuelta.

—Tenga cuidado con los fantasmas.

—Gracias, le traeré un regalo la próxima vez que venga a este lugar.

—Galletas de chocolate.

—De acuerdo, muchas galletas de chocolate, abuela.

—No soy abuela de nadie, joven. Soy la encargada de vigilar a los fantasmas.

Al igual que los vampiros, Arsenio Palermo se dejaba ver al amparo de las sombras. La información me la proporcionó uno de los mozos del bar donde el cantante trabajaba cada noche, a cambio de comida y por las propinas que le daban los clientes después de oír cantar los boleros y tangos que interpretaba. Lo único que se sabía de su vida familiar era que su esposa estaba enferma, internada en algún hospital público, y que los escuálidos pesos que ganaba en sus recorridos por los bares y picadas del sector iban a dar a la farmacia donde compraba las medicinas que ella necesitaba consumir a diario.

Costaba aceptar que Gabriel Servilo anduviera recorriendo hogares de ancianos, que arrastrara su maleta de un lugar a otro, como queriendo borrar cualquier indicio que sirviera para dar con él. ¿Y si intuía que su hijo regresaría al país a buscarlo? ¿Si estaba arrepentido de haber enviado la tarjeta de Navidad y al igual como lo había hecho durante tantos años, deseaba una vez más tomar distancia del hijo rebelde? Conjeturas, simples conjeturas para no enfrentar la realidad de una investigación que me tenía dando tumbos por la ciudad.

Le dije al mozo que volvería más tarde y salí del bar con la sensación de estar persiguiendo a uno de los fantasmas que inquietaban a Estelita. Abordé un taxi y una vez en mi oficina llamé a Julio Servilo.

—Quisiera saber por qué su padre ha pasado por tantos hogares —le dije una vez que lo puse al tanto de mi inútil visita al hogar *Dulce María*.

—Es un viejo cascarrabias incapaz de adaptarse en ningún lugar.

—Tal vez huye de alguien o está con poco dinero.

—Me cuesta aceptar que mi padre ande escaso de fondos.

—¿Su padre estaba informado de que usted regresaba a Chile?

—Me asombra su mala memoria, Heredia. Cuando conversamos en su oficina le dije que mi padre nunca respondió la carta que le envié después de recibir su saludo navideño.

—Eso no significa que no hubiera recibido la carta.

—Cierto. ¿En qué está pensando?

—Don Gabriel se arrepiente de haber enviado la tarjeta. Usted le escribe diciéndole que viajará a Chile y él decide evitar el reencuentro. No es descabellado. Varias personas opinan que su padre es algo llevado de sus ideas.

—Su imaginación es desbordante, Heredia.

—Parte de mi trabajo consiste en imaginar situaciones, motivos, sentimientos. Es como escribir una novela, solo que todo queda en mis pensamientos y no necesito perder mi tiempo frente a una computadora ni preocuparme por el correcto uso de las comas o el exceso de adjetivos.

—Considero que el saludo navideño de mi padre fue un intento de restañar nuestras viejas heridas. Por lo demás, si él no hubiera querido verme, le habría

bastado con decírmelo.

—¿Y si fue un arrebató? Las personas mayores suelen pasar de una idea a otra con facilidad.

—Usted busca excusas para justificar el poco éxito de su trabajo.

—Nada me obliga a seguir investigando —dije, molesto por las últimas palabras de Servilo.

—Pensé que ubicar a mi padre le sería más fácil.

—Al menos sabemos que su padre no está muerto y hemos podido reconstruir algunos de sus pasos durante los últimos meses.

—¿Supongo que seguirá trabajando? —preguntó Servilo con un tono de voz que dejó a entreveer su desencanto por los nulos resultados de la investigación.

—Aún le debo algunos días de trabajo por su adelanto.

* * *

El ambiente del restaurante era acogedor y en su interior encontré a una veintena de clientes que comían y bebían en mesas que estaban presididas por el olor a carne de las parrilladas y el vino servido en gruesos jarrones de vidrio. Ocupé la mesa más próxima a la entrada y pedí una caña de tinto para acompañar el plato de costillar con papas cocidas que me sirvió un mozo que vestía una raída chaqueta roja.

Palermo apareció pasadas las diez de la noche. Deduje que era él apenas entró al bar portando una guitarra enfundada. Era de mediana estatura, delgado y su cabellera azabache lucía rigurosamente peinada a la gomina. Su andar tenía la cadencia resignada de los tipos que no esperan mucho de la vida. Saludó a un par de mozos y se acercó al mesón donde estaba el dueño del restaurante. Los dos hombres conversaron un momento y luego Palermo alistó la guitarra y pulsó algunas notas. Cuando terminó de afinar el instrumento cantó un bolero que arrancó tibios aplausos entre los comensales. Tenía la voz gastada, pero imprimía sentimiento a los versos, dando la impresión de haber sido el atormentado protagonista de cada uno de los amores imposibles que evocaban las canciones. Interpretó una decena de boleros y tangos, y enseguida lo vi recorrer las mesas solicitando una propina por el espectáculo.

Al llegar a mi mesa le indiqué el billete de cinco mil pesos que había dejado sobre el mantel. Palermo sonrió con suspicacia.

—¿Dónde está la trampa? —preguntó—. Toda esa plata no es tan solo por mis canciones.

—El dinero es por sus canciones y para que me conceda algunos minutos —respondí—. Ando buscando a nuestro común amigo Gabriel Servilo.

—Póngame una copa —dijo Palermo sin pensarlo dos veces y al tiempo que se sentaba y hacia una seña al mozo—. ¿Qué pasa con don Gabriel?

—Visité el hogar de ancianos *Dulce María* y me dijeron que usted lo acompañó el

día que cambió de residencia.

—Fui a verlo porque me dijo que deseaba despedirse. Conversamos un rato, le ayudé a terminar de empacar sus cosas y luego me pidió ayuda para trasladar la maleta hasta el taxi que lo esperaba frente al hogar.

—¿Sabe adónde fue?

—No tengo la menor idea. Se lo pregunté un par de veces, pero no soltó prenda. Dijo que estaba aburrido del trato en el hogar y que había encontrado otro asilo a través de la guía de teléfonos. Prometió visitarme, pero no ha aparecido desde entonces. He sentido su ausencia. Don Gabriel me consideraba su amigo. Venía por las noches, bebía una copa de vino y me escuchaba cantar. Después me sentaba a su mesa y él me hablaba de su vida. Era un hombre solitario y al parecer con un pasado esplendoroso del que apenas le quedaban los recuerdos.

—¿Hablabas de su hijo?

—Lo hizo en una ocasión, antes de la última Navidad. Andaba alicaído y se lamentaba de no tener a nadie con quien compartir las fiestas navideñas. Me contó que su hijo había muerto hace más de treinta años, pero no explicó en qué circunstancias.

—¿Muerto? ¿Una muerte real o afectiva?

—¿Qué quiere decir con eso de afectiva?

—Enojarse con alguien y darlo por muerto.

—No sé nada de esas sutilezas. Yo entendí que el hijo estaba muerto y punto.

—¿Cree que venga a verlo una de estas noches?

—Espero que lo haga. Ya le dije que extraño su compañía.

—Quiero pedirle dos favores. Si aparece don Gabriel quiero que le pregunte dónde está viviendo y que luego me llame a mi oficina. Antes de irme le daré el teléfono.

—Ese es un favor, ¿cuál es el otro?

—Que cante el tango *Garúa*.

—Es un tango difícil de interpretar.

—Y mi prueba de fuego para los cantantes que escucho.

—De acuerdo. Ambos favores por el mismo precio —dijo Palermo y guardando en su chaqueta el billete que estaba sobre la mesa, preguntó—: ¿Me invita otra copa para que pueda afinar la voz?

Esperar, siempre esperar, como un gato al acecho o el carancho que vigila a su víctima desde la rama más alta del árbol. Debía esperar y confiar en la fortuna. Salí del bar después de escuchar a Palermo cantar *Garúa* y enseguida ingresé en la noche dispuesto a demorar lo más posible el regreso al departamento. Los años no pasaban en vano y habían desgastado mi entusiasmo por las investigaciones. Demasiadas muertes, demasiadas golpizas, demasiadas triquiñuelas. Cada nueva pesquisa obligaba a repetir las mismas preguntas y a renovar mis sospechas en las respuestas que daban los interrogados. ¿Decían la verdad? ¿Ocultaban alguna carta bajo la manga? Mi interés decrecía diariamente. Dejaba cabos sueltos y confiaba que el azar los uniera como en un juego de magia al que no había que buscar explicación. Tal vez ni siquiera era desinterés, solo el gesto razonable de entender que la vida reservaba pocas sorpresas y que al fin de cuentas, si de crímenes o delitos se trataba, las motivaciones para cometerlos se podían contar con los dedos de las manos. El hombre no era original en su perversidad. Seguía matando o robando por ambición o celos. Volvía a construir muros, a crear ghettos, a fabricar armas e inventar nuevas guerras. El horror nunca parecía ser suficiente ni el odio bastante como para aquietar su instinto criminal. Así había sido siempre y lo seguiría siendo hasta que el último rayo de sol cayera sobre la tierra y se impusiera la paz del hielo. Pero mientras eso no ocurriera seguiría imperando la ley del gallinero. Los de arriba jodiendo a los de abajo, y éstos sumidos en la mierda hasta el cogote.

Mientras caminaba en dirección a la avenida Matta volví a pensar en la huida de Gabriel Servilo. Era un anciano orgulloso que luego de un momento de debilidad al enviar la tarjeta de Navidad, había decidido renegar de sus sentimientos. Sin embargo, tampoco podía desechar la idea de su muerte. Un hombre de su edad perfectamente debía resentir el esfuerzo de tanto ir y venir de un hogar a otro, y desde luego existía la posibilidad de que hubiera tropezado con alguien dispuesto a quitarle sus pocas pertenencias. Sumando y restando, todo se reducía a las mismas conjeturas del comienzo.

Al llegar a mi departamento, preparé una taza de té y con la voz de Goyeneche como compañía, me acosté en la cama y leí dos líneas del libro de Pessoa que acostumbraba a tener sobre el velador: «*Considero a la vida como una posada en la que tengo que quedarme hasta que llegue la diligencia del abismo*». Después apagué la luz, cerré los ojos y me dispuse a dormir hasta el otro día.

* * *

—Despierte, don. El gallo quedó ronco de tanto cantar y usted sigue enredado en las sábanas —oí decir a Anselmo.

Abrí los ojos y vi al quiosquero parado a los pies de la cama. Portaba una bandeja en la que reconocí una taza y algunos panecillos.

—¿De qué gallo me hablas? —pregunté, reparando en que mi amigo llevaba puesta una boina afrancesada sobre la cabeza.

—Es una imagen para dar cuenta del paso del tiempo de manera poética.

—¿Y qué sabes tú de imágenes poéticas?

—No mucho, pero estoy aprendiendo. ¿Se acuerda de la minita de la que le hablé?

—¿La mozuela aquella del fracaso y el éxtasis? —pregunté, impostando la voz como si fuera un alambicado académico de la lengua.

—Se llama Azucena y asiste una vez a la semana a un taller literario que imparten en el municipio. Ayer me pidió que la acompañara y terminé inscribiéndome en el taller.

—¿Taller literario? Al fin tengo un buen argumento para meterte al manicomio.

—No me mire a huevo. También poseo mi corazoncito.

—Veo que la tal Azucena te mantiene inspirado.

—Día y noche.

—Te ruego que no pienses en ganarte el Premio Nacional de Literatura, como le ocurre a cierta edad hasta al más pichiruche de los escribanos —dije, y sin querer dar más velas al asunto le pregunté a Anselmo la hora.

—Van a dar las doce.

—Estaba cansado. Debí poner el despertador.

—Traje su desayuno, don.

—Gracias. No sé qué haría sin un amigo como tú.

—No empiece a embolinarme la perdiz, don. Me nace cuidarlo y punto.

—Parece que ingresaste a un taller poético intensivo.

—Pienso que alguna vez usted me va a devolver la mano. Temo llegar a viejo y no tener a nadie que se preocupe por mí. A veces voy a las hospederías del Hogar de Cristo y me da pena ver a los viejos que llegan a dormir o a tomar un plato de sopa. Jodidos y requetejodidos. Y para qué vamos a hablar de los que duermen bajo los puentes del río Mapocho, en el pórtico del Banco Estado o en los alrededores del Mercado Central. Es una cosa que no tiene nombre, don.

—Tiene nombre. Muchos nombres, Anselmo.

—Lo sé, don. Sé que la miseria tiene tantos nombres como uno pueda imaginar.

—¿Nunca pensaste en tener un hijo?

—Muchas veces, pero usted sabe cómo ha sido mi suerte con las mujeres. Tres matrimonios tirados a la chuña y el resto puras flores de un día. Y ahora, con más de sesenta años en el cuerpo, es tarde para pensar en hijos.

—Sírreme café antes que me ponga a llorar.

—¿Y para qué hace preguntas?

—Curiosidad, pura curiosidad.

—¿Y a usted, le gustaría tener un retoño? Todavía está en edad de encontrar una mina en edad de parir. Podría tener a alguien que heredara el negocio.

—Las acciones de Heredia y Asociados. Mis propiedades y mi gran cartera de clientes. No embromes, Anselmo. ¿Me ves cara de querer preparar biberones? — pregunté al tiempo que probaba el primer sorbo de café.

—Su amigo, el Escriba, podría publicar una novela que se llama «*El hijo de Heredia*».

—Ni en broma, Anselmo. Eso está bien para Tarzán, pero no para Heredia.

—Despertó de mal genio, don. Mejor regreso a la administración de los medios de comunicación. Aún me queda una cachada de diarios por vender.

—Quiero que me ayudes en un asunto.

—¿De qué se trata?

—Es una cosa de padres e hijos.

—¿Estás seguro de que esta carcacha puede llegar a alguna parte? —pregunté mientras subía al jeep que Anselmo había comprado tiempo atrás en un remate de vehículos usados.

—No lo mire a huevo, el tipo que me lo vendió dijo que es un jeep con historia. Estuvo en la guerra de Las Malvinas y de alguna manera llegó a dar a Puerto Natales, donde un soldado inglés lo dejó como pago de su estadía en un prostíbulo del pueblo. La cabrona del quilombo lo ocupó durante un tiempo para sacar a pasear a sus asiladas y luego lo vendió a un gitano que se dedica al comercio de vehículos usados. El gitano trasladó el jeep a Santiago. Si sobrevivió a la guerra y a los culos de los soldados ingleses, podrá andar algunos kilómetros por las calles de Santiago.

Los asientos del vehículo eran incómodos y sobre nuestras cabezas teníamos un desteñido techo de lona. Anselmo presionó el acelerador y el jeep inició una marcha lenta y aparentemente plácida. Cuarenta minutos más tarde nos detuvimos frente a una casona de dos pisos, rodeada de plantas y árboles frutales. La habían pintado de azul y a simple vista parecía más pequeña que como a menudo la recordaba.

—Viví diez años en ese hogar —dije a Anselmo mientras juntaba fuerzas para descender del jeep y entrar a la casona. Los árboles que ves son manzanos y naranjos. En el patio interior había una palmera y un enorme parrón que todos los años daba una uva verde y dulzona. La primera cosecha era una fiesta. Comíamos uva hasta que nos dolía la guata. En ese mismo patio existía una cancha de baloncesto. Me conocía de memoria los cestos y era capaz de embocar la pelota desde la mitad de la cancha. Uno de mis profesores quería llevarme a probar a un equipo de los grandes.

—Nunca me había hablado de esta casa.

—Debe ser porque a menudo procuro olvidar su existencia.

—¿Sufrió mucho ahí adentro, don?

—Lo peor era la soledad y saber que más allá de sus muros no había nada para mí. Me gustaban los días en que nos sacaban de paseo. Desde entonces he tenido curiosidad por Santiago y sus rincones. Miraba todo con atención, intuyendo que un día debería sobrevivir en las entrañas de la ciudad.

—¿De verdad quiere que lo acompañe?

—Tal vez sea mejor que entre solo.

—Vaya y tómese el tiempo que quiera.

Bajé del jeep y caminé lentamente hasta la entrada. Un timbre eléctrico había reemplazado a la vieja campana que servía para anunciar la llegada de los visitantes. Pulsé el botón del timbre y esperé. Por un segundo pensé que si entraba no podría volver a salir. Refrené el impulso de correr hacia el jeep de Anselmo. Salió a recibirme una mujer que vestía falda de mezclilla y una polera roja. Le expliqué el motivo de mi visita y le hablé de los años que había vivido en ese lugar. Me hizo pasar y la seguí por un sendero embaldosado. Entramos a la casona y nos dirigimos

hasta donde según mis recuerdos debía estar el comedor. No me equivoqué. Todo parecía estar igual, aunque luego de un rato noté algunos cambios. Había un televisor en el comedor y sus bancas de madera habían sido reemplazadas por sillas plásticas.

—¿No hay niños? —pregunté a la mujer.

—Están en el gimnasio.

—¿Gimnasio?

—Hace cinco años se compró el terreno colindante al orfanato y construyeron un gimnasio para las actividades deportivas de los niños.

—Habrán botado el viejo parrón.

—Y también la palmera que había a un costado de la vieja cancha de tierra.

—No todo puede ser perfecto.

—¿Quiere sentarse? —preguntó la mujer indicando una de las sillas más próximas.

Su pregunta sonó como una orden y con el mismo temor de la infancia me acomodé en la silla. Apoyé los codos sobre la mesa y creí oír las voces de mis antiguos compañeros.

—Supongo que no queda ninguno de los profesores ni cuidadores que conocí.

—Me dijo que vivió aquí desde 1960 en adelante. Nuestros profesores más antiguos entraron a trabajar en los años ochenta. Yo lo hice el año pasado.

—¿Conoce al Padre Brown?

—Pese a que de vez en cuando viene a visitar a los niños, no he tenido la ocasión de conocerlo personalmente. Mis turnos de trabajo no han coincidido con sus apariciones, pero lo he visto en las fotos que conservamos como recuerdo de la historia del orfanato.

—Seguro que debo aparecer en alguna de esas fotos —dije y luego, al tiempo que miraba a través de los ventanales del comedor, agregué—: No deseo quitarle más tiempo. Deseaba ver el lugar y en lo posible, conversar con el Padre Brown. El Padre no está y me basta lo visto hasta ahora para darme cuenta que ya nada se asemeja a mis recuerdos.

—Es posible que su visita no sea en vano. Con nosotros trabaja alguien que puede decirle algo sobre el Padre Brown —agregó la mujer mientras se ponía de pie—. Sígame.

Salimos del comedor y caminamos por un corredor que nos condujo hasta la cocina del orfanato. Un intenso olor a pan recién horneado despertó mis recuerdos. Lunes, lentejas. Martes, guiso de acelga. Miércoles, charquicán. Jueves, porotos. Viernes, pescado. Sábado, mote. Domingo, cazuela de ave. Un pan al desayuno, otro a la hora de once. En la cena servían las sobras del almuerzo, recalentadas. No era un gran menú pero nadie pasaba hambre.

Dentro de la cocina estaba un hombre bajo, gordo y de cabellos negros. Por su rostro moreno corrían algunas gotas de sudor. Llevaba puesto un delantal blanco y su atención parecía concentrada en las papas que pelaba.

—¿Podemos quitarle unos minutos? —le preguntó la mujer.

—Usted dirá, señorita Verónica —respondió el cocinero, al tiempo que dejaba de pelar las papas.

Avancé hasta quedar frente al hombre. Éste me miró con atención y al cabo de unos segundos lanzó una carcajada y se acercó a mi lado hasta estrecharme en un abrazo.

—¿Heredia? —preguntó—. Estás igualito.

—Benigno Antinao —dije sin temor a equivocarme—. Sigues igual de mentiroso.

—Heredia. Había que llamarte Heredia a secas o de lo contrario las emprendías con tus trompadas.

Benigno era de Temuco. Sus padres habían muerto en un incendio. Le había costado adaptarse a la vida de interno. Lloraba por las noches y algunos muchachos lo molestaban por su origen mapuche. No habíamos sido grandes amigos, pero nos teníamos cariño. Solíamos ser de los primeros en quedar descartados cuando algún matrimonio aparecía en el orfanato con la intención de adoptar a un niño.

—Me quedé en el orfanato. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Soy detective privado.

—¿Policía? No puedo creerlo. Uno de los más rosqueros del grupo terminó de policía. Bien dicen que uno no sabe las vueltas que tiene la vida.

—Trabajo de manera independiente. Tengo una oficina y trabajo buscando gente o resolviendo pequeños robos. No es como en las películas, pero sirve para sobrevivir. Y otra cosa, nunca estuve en la lista de los más peleadores del orfanato. Tenía miedo de pelear, y si alguna vez lo hice, fue en defensa propia o para defender a alguien más jodido que yo.

—Heredia —repitió Antinao y volvió a estrecharme entre sus brazos—. ¿Qué te trae por la vieja casa?

—De pronto recordé los años que pasé en este lugar y me dieron ganas de ver al Padre Brown.

—El cura que nos enseñó a leer y a rezar. ¿Te acuerdas? Nos hacía formar un ruedo y cada niño debía extender sus manos con las palmas hacia arriba. Luego iba haciendo preguntas del catecismo y la Biblia. Al que no sabía la respuesta le daba un varillazo en las palmas. Además, organizaba paseos y nos conseguía ropa y entradas para llevarnos al cine. Para el Campeonato Mundial de Fútbol del año 1962 nos llevó a un sindicato donde había un televisor en blanco y negro. De los primeros que llegaron al país. Vimos el partido de Chile contra Unión Soviética.

—¿Qué ha sido del Padre Brown?

—Está retirado y vive en un hogar para curas ancianos. Debe andar cerca de los noventa años, pero goza de buena salud. Lo visito a lo menos una vez al mes. Pese a sus rabietas, uno terminaba queriendo al Padre Brown. Era severo y mañoso, pero nos cuidaba y deseaba lo mejor para nosotros.

—Necesito conversar con él.

—Se va a alegrar cuando te vea aparecer —agregó Antinao y enseguida me dio la dirección del hogar donde vivía el sacerdote. Después, y al tiempo que miraba las papas que debía pelar, agregó—: Ven a visitarme alguna de estas tardes. Después de las siete estoy desocupado y podemos hablar hasta por los codos. Ahora tengo que seguir preparando el almuerzo de los muchachos.

—Volveré. Te lo prometo.

—¿Saltó la liebre o tenemos que seguir buscando en otros hoyos? —preguntó Anselmo apenas me vio subir al jeep. En sus manos tenía un programa de carreras sobre el que había hecho numerosas rayas y anotaciones.

—Hay que seguir buscando. A tipos como nosotros nadie nos sirve en bandeja. Para ascender a la montaña debemos caminar, mientras que a otros los suben en helicóptero o palanquín —respondí y luego de darle la dirección del hogar de curas ancianos, agregué—: Somos como «*los detectives perdidos en la ciudad oscura*» de los que habla Roberto Bolaño en uno de sus poemas.

—Ya se puso a hablar en difícil, don.

—Ciudad oscura, ciudad triste, ciudad de cristal —dije al tiempo que encendía un cigarrillo—. Los escritores nunca se cansan de joder con su palabrería.

—¿A quién tenemos que ubicar? —preguntó Anselmo sin prestar atención a mis citas.

—John Brown, el cura que dirigía el orfanato en mi época de interno.

—Ese curita debe estar más seco que momia atacameña.

—Tiene su buena cantidad de años, pero al parecer sigue en el ruedo.

—Seguramente pasó gran parte de su vida panza arriba, contemplando las estrellas en compañía de algunas viejas beatas.

—Trabajaba de sol a sol. Cuando no estaba reparando los techos o alguna sala del hogar, estaba consiguiendo ayuda para los internos. Ropa, comida, libros, medicinas, algún paseo. Cualquier cosa que nos diera un instante de felicidad. Era el terror de los comerciantes y las viejas pechoñas. Brown me enseñó a leer y fue el primero que puso en mis manos un libro de poesía. Sor Juana Inés de la Cruz: «*No es saber, saber hacer discursos sutiles, vanos; que el saber consiste solo en elegir lo más sano*». También me enseñó a boxear después que una tarde me encontró con las narices rotas. Me había dado de trompadas con un interno que me aventajaba en años y centímetros. Era pleno invierno y el cura me llevó al patio del internado. Me obligó a lavarme la cara con agua helada y enseguida comenzó con sus lecciones. Su golpe favorito era el *uppercut*. De él aprendí que lo principal a la hora de pelear es mantener la calma y pegar primero.

—Parece que ese curita trabajaba para el bando de Satanás —comentó Anselmo, risueño.

—Te equivocas, era fiel a sus prédicas y a su cuento religioso —dije y enseguida, agregué—: Dale cuerda a tu cacharro. No quiero emplear todo el día en la búsqueda de Brown.

* * *

La residencia de los religiosos quedaba en una calle de árboles frondosos y casonas que parecían pequeños castillos feudales de los que en cualquier momento podían salir caballeros con lanzas y adargas. Anselmo estacionó frente a una construcción de ladrillos y antes de abrir la puerta del jeep, lo invité a acompañarme en la visita...

—Las sotanas y los santos me provocan urticaria, don —dijo, y al tiempo que miraba de reojo su programa de carrera, añadió—: Prefiero esperar en el jeep. Si entro a la casa se pueden caer sus muros.

—Tal vez el Padre Brown nos ofrezca una copa de vino añejo.

—No me hará caer en tentación, don. Prefiero los vinos profanos de *La Piojera*.

—Puedo demorarme, Anselmo. Mejor acelera tu cacharro y vuelve al quiosco. Tomaré un bus o un taxi para regresar a la oficina.

* * *

La casona estaba rodeada por un muro cubierto de hiedra. Busqué la entrada y di con un grueso portón de madera que tenía una aldaba con forma de mano en la parte superior. Sacudí la aldaba y al rato vi abrirse una mirilla por la que asomó el rostro una mujer de piel extremadamente blanca. Le expliqué el motivo de mi visita y cuando le dije que era un ex alumno del Padre Brown, dejó de lado sus aprensiones y abrió el portón. La mujer era alta y delgada. Llevaba un vestido gris y sobre éste un delantal blanco. Me regaló una sonrisa mustia y enseguida me indicó el camino que se adentraba por un amplio jardín cubierto de rosas, hortensias y rododendros.

—El Padre Brown está en el taller. Lleva quince días empeñado en reparar una vieja radio que encontró en la bodega del hogar —dijo la enfermera, indicando una construcción que a simple vista daba la impresión de haber sido edificada con posterioridad al resto de la casa.

—Veo que sigue igual de porfiado y cabeza dura.

—No tiene que decírmelo, señor. Nos hace sudar la gota gorda.

La mujer abrió la puerta del taller y entró con paso decidido. La seguí y quedé en la entrada de una sala en la que había cuatro mesas, dos caballetes, un banco de carpintero y numerosas herramientas colgadas en las paredes. Reconocí al Padre Brown reclinado sobre una de las mesas. Llevaba las mismas gafas gruesas y redondas de antaño y parecía no saber qué hacer con la cantidad de tubos, restos de alambre y tornillos que tenía a su alcance.

—Tiene visita, Padre John —dijo la enfermera en voz alta.

—No estoy, diga que no estoy —contestó el cura con el mismo acento agringado que recordaba desde mis días en el orfanato.

El porte de Brown no había disminuido con la edad, aunque sus hombros se notaban cargados y había bajado unos diez kilos desde la última vez que nos habíamos visto.

—Su visita está aquí —insistió la enfermera—. Temo que deberá atenderla.

—¿Quién es? —preguntó el cura sin alzar la vista de la radio que pretendía arreglar.

—No bajas la guardia. Cabeza erguida, mano izquierda adelante, derecha alerta —dije, recordando sus consejos en las clases de boxeo.

—¡Dios! —exclamó dejando de lado sus cachureos—. Solo uno de mis muchachos podría recordar esas instrucciones.

Me acerqué a su lado y me recibió con un abrazo que conservaba algo de su antiguo vigor.

—¿Cómo está Padre Brown? —pregunté.

—Heredia, hijo querido —agregó el cura, observándome de pie a cabeza—. Te habría reconocido a pesar de la miopía y mi tontera. ¿Qué has hecho con tu vida?

—Vivirla. A veces bien, a veces mal, pero siempre acordándome de sus consejos.

—No me sobes el lomo. Desde que dejaste el orfanato jamás fuiste a visitarme.

—Cierto, pero no porque no quisiera verlo, Padre. Quería olvidar los dolores que viví en el orfanato.

—Puede dejarnos solos, señora Teresa —dijo el Padre Brown a la enfermera—. Este muchacho y yo tenemos mucho de qué conversar.

—Les puedo traer unas tazas de té —agregó la mujer—. Y recuerde que en un rato más viene el kinesiólogo. No voy a permitir que deje pasar sus ejercicios.

—Té, ¿es lo único que se puede beber en esta casa?

—Usted conoce las indicaciones de su médico, Padre John —respondió la enfermera, acercándose a la salida del taller.

—¡Médicos! —exclamó el cura sin hacer el más mínimo esfuerzo por detener a la enfermera—. No coma esto, no beba lo otro. ¡Estoy viejo, caramba! ¿Qué tanto me cuidan?

—Deben tenerle cariño —dije, conciliador.

El Padre Brown se acercó a una repisa y luego de hurgar entre algunas latas y cajas sacó una botella de whisky a la que le quedaba un concho de licor.

—Alcanza para dos copitas —dijo, sonriendo—. Supongo que no le haces el quite a una gota de licor de vez en cuando.

—Siempre que exista una buena razón para celebrar.

—Se nota que te educamos bien en el orfanato —dijo Brown sirviendo el whisky en dos vasos que sacó de la repisa.

—¿Cómo está, Padre? —pregunté más tarde, luego de probar el licor.

—Viejo y achacoso, como corresponde. He vivido mi vida y mañana, cuando el Señor me llame, me iré feliz —dijo Brown y después de beber un sorbo de whisky, agregó—: Intuyo que nos has venido a hablar de mi salud. No me engañas, hijo. Nunca lo hiciste. ¿Qué te trajo a esta antesala del cementerio?

—Laura Gadea. ¿La recuerdas?

—Perfectamente. Mi memoria, al contrario de mis pasos, sigue ágil. Vino a verme

tiempo atrás. Quería entregarte un paquete que te había dejado tu madre. Deduzco que finalmente dio contigo.

—Laura Gadea murió. Me ubicó su hija, Silvia.

—Pobre mujer. Nunca tuvo una vida fácil. Y en cuanto a lo tuyo, parecía obsesionada con la entrega del paquete. Pude darle tu dirección, porque aunque te parezca extraño, nunca me olvidé de ti. En algún momento supe que habías entrado a estudiar leyes en la universidad. Me alegró, siempre creí que tenías cabeza para los libros. Después, alguien me dijo que abandonaste los estudios. Ahí te perdí la pista, hasta que años más tarde vi tu foto en un diario, junto a una noticia relacionada con la muerte de un periodista en el *Hotel Comet*. Te mencionaban en tu condición de investigador privado, o algo así. Perdona la expresión pero ¿cómo diablos llegaste a ese oficio? En ese tiempo tenía a mi cargo a un seminarista que me ayudaba en la administración del orfanato. Le mostré la foto en el diario y le pedí que buscara tu dirección en la guía de teléfonos. Pensé en ir a verte y nunca lo hice. Luego, cuando apareció Laura Gadea, mi secretario verificó la dirección y se la dio. Ahora, quisiera saber qué contenía ese misterioso paquete.

—Tres fotos en las que aparece mi madre y un hombre que debe de ser mi padre.

—Nunca se resignó a su abandono. Mercedes siempre pensó que a tu padre le había pasado alguna desgracia y que por eso no regresó de su último viaje.

—¿Sabe el nombre de mi padre?

—Buenaventura. Nunca conocí a tu padre e ignoro su apellido. Sé que conoció a tu madre a la salida del biógrafo y que trabajaba en una ferretería.

—Ferretería Asturias.

—Es probable que así se llamara, pero no lo recuerdo. Al servicio de esa ferretería o de alguna otra empresa, se hizo vendedor viajero.

—¿Usted conoció a mi madre?

—No. Todo esto que te cuento se lo oí decir a Laura Gadea. Recuerda que llegaste al orfanato después de la muerte de tu madre. Laura era una mujer de buen corazón, pero no podía alimentar una boca más en su casa. Hizo lo que consideró mejor en ese momento.

—Y se lo agradezco. De otro modo jamás lo hubiera conocido a usted.

—Gracias, hijo. Pero eso no es lo más importante. Te educaste y ahora tienes un oficio, aunque aún no entiendo de qué se trata ese asunto de las investigaciones. Espero que sea un trabajo decente.

—Usted recién mencionó un último viaje.

—Laura Gadea me contó que tu padre viajó al sur y nunca regresó. Pudo tener un accidente, aunque tiendo a pensar que una vez lejos de tu madre, decidió olvidarse de ella. Mercedes intentó dar con él. Fue a la policía, viajó al sur, y nada. La vida se le complicó cuando debió enfrentar sola tu nacimiento. Durante un par de años trabajó en una fábrica de camisas y luego enfermó.

—En una de las fotos ella aparece frente a un pizarrón —dije, al tiempo que

buscaba sostén en un nuevo sorbo de whisky.

—Conozco esa foto. Se la tomaron en la escuela nocturna donde estudió.

—¿Por qué me apellido Heredia y no como mi madre? ¿Acaso es el apellido del hombre que la abandonó?

—Culpa del Padre Landaeta, el cura que administró el orfanato hasta dos meses después de tu llegada. Tenía sus reglas, y algunas de ellas bastante absurdas, como no aceptar que los huérfanos tuvieran un solo apellido. Era maniático de los nombres y del origen de las familias. Decía ser descendiente de un tal Francisco Heredia y Landaeta, cuyos antepasados vascos provenían de España. A falta de apellido paterno y sin gran originalidad, te inscribió en el Servicio de Registro Civil con uno de los apellidos de sus antepasados. Tenías cinco años y tu madre no se había preocupado de ese trámite. Quizás esperaba el regreso de Buenaventura para que él te diera su apellido.

—¿Por qué nunca me habló de estas cosas en el orfanato?

—Tuve miedo de confundirte o esperé que la inquietud naciera de ti y como eso no sucedió, pensé que aceptabas tu destino. Al parecer, y como en tantas otras cosas, me equivoqué. Incluso cuando Laura Gadea me habló de las fotos, tuve la intención de ocultarle tu dirección. Después decidí dejar todo en manos de Dios.

—No sé qué decir. Vine a verlo con la intención de encontrar respuestas a mis inquietudes, y ahora siento que tengo más interrogantes que al comienzo de la visita.

—Tal vez tu misión es buscar las respuestas que necesitas. La pelea no ha terminado, hijo.

—No sé si quiero seguir peleando, Padre Brown.

—A ti te corresponde tomar la decisión.

* * *

—Volveré en otra oportunidad —dije más tarde, al tiempo que oía los pasos de la enfermera acercándose al taller.

—Hazlo cuando quieras, pero no dejes pasar mucho tiempo. A este cura viejo le pesan los pies y pronto arrojará la toalla.

—No lo hará antes de que tengamos la oportunidad de compartir otro whisky.

—Esa es una buena razón para aguantar un tiempo más —dijo el cura, y enseguida, abrazándome, agregó—: Te esperaré. No bajes la guardia...

—Cabeza erguida, mano izquierda adelante. Espero que no me tenga más sorpresas en mi próxima visita.

Salí del taller y en el camino hacia la calle me extravié por los recovecos del jardín y fui a dar al interior de la casona principal del hogar. Llegué frente a un pasillo alfombrado que comunicaba con dos despachos que más tarde me informé correspondían a las oficinas de administración del lugar. Me acerqué a una puerta que estaba abierta y al entrar a la oficina comprendí que una vez más el azar me reservaba una sorpresa. Con sus brazos apoyados en el escritorio, leyendo el contenido de una carpeta de tapas azules, estaba la mujer que había conocido años atrás, mientras investigaba un asunto vinculado al tráfico clandestino de armamentos.

Se llamaba Griseta, y así la nombré, en voz alta, sin saber a ciencia cierta si su presencia era real o fruto de un delirio inesperado.

Griseta levantó la cabeza y detuvo su mirada en mis ojos. Su cuerpo había engrosado levemente y sus cabellos continuaban siendo rojos, como leños encendidos en la oscuridad de la noche. Vestía pantalones negros y una blusa blanca, con aplicaciones de flores bordadas a la altura del pecho. Sorprendida, esbozó una sonrisa y se despojó de sus gafas sin marco. Sentí que el tiempo se congelaba y que comenzaba a funcionar el infatigable reloj de la nostalgia. Me sentí observado de pie a cabeza y tuve miedo del balance que podía hacer Griseta al término de su inspección. Había subido de peso, mis cabellos lucían canas y mi traje acusaba el descuido de un hombre solitario. Pensé que era la sombra del Heredia que ella había conocido y a duras penas resistí el impulso de girar sobre mis pasos y salir arrancando de la oficina.

—¿Qué haces aquí, Heredia? —preguntó, a la defensiva—. ¿Es una casualidad o me andas buscando?

—No olvides que el azar es lo que siempre nos ha unido.

—Tú y tus juegos de palabras —dijo Griseta, indicando la silla que estaba junto a su escritorio—. No puedo creer que estés a mi lado de pura casualidad.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. ¿Qué ha sido de tu vida?

—Me costó dejar de pensar en lo nuestro, pero al fin lo hice y no me arrepiento —continuó Griseta—. Terminé mis estudios, encontré un trabajo entretenido y comencé una vida que era imposible imaginar a tu lado.

—Seguramente tienes esposo y niños que cuidar.

—Tuve un esposo, pero el vínculo terminó a los dos años. No alcanzamos a tener hijos.

—¿Qué falló?

—No es un asunto que me interese conversar en este momento.

Griseta se puso de pie y pasó por mi lado. Sentí el perfume suave que acariciaba su piel y por un instante recordé las madrugadas que nos habían sorprendido abrazados, pendientes de nuestros cuerpos y de la luz que lentamente entraba en el

departamento de la calle Aillavilú. Al rato regresó con dos tazas de café. Dejó una a mi alcance y volvió a ocupar su lugar junto al escritorio.

—Trabajo en una investigación sobre adultos mayores. Intentamos evaluar el efecto psicológico que les producen las limitaciones propias de la edad, las carencias materiales y afectivas —dijo Griseta—. Estoy recorriendo distintos hogares y entrevistando a los ancianos que viven en ellos. Llevo seis meses en el estudio y aún me quedan otros tantos por delante.

—Definitivamente el azar nos persigue. Sigo las huellas de dos ancianos. Uno por cuenta de mi cliente de turno y el otro es el hombre que probablemente sea mi padre.

—¿Tu padre? Jamás me hablaste de él.

—Ahora conozco su nombre y algunas cosas respecto a su relación con mi madre. Es algo extraño, como si de pronto alguien hubiera puesto una pesada carga sobre mis hombros. Quería salir lo antes posible de este lugar. Me extravié en el jardín y vine a dar a esta oficina.

—¿Quieres contármelo todo?

—¿Quién hace la pregunta? ¿La psicóloga o la amiga?

—Antes también te escuchaba —dijo Griseta, sonriendo.

—Y solías ser cariñosa.

—La gente cambia.

—Es lo que me dice el espejo cada mañana.

—Tan mal no te ves. Aún debes seducir a una que otra muchacha incauta.

—Nunca más desde que una de ellas me dejó por buscar su camino.

—¿De verdad te importó que me alejara de tu lado?

—Te lo dije muchas veces y en todos los tonos.

—Es posible, pero ahora es más saludable no escudriñar en los dolores —dijo Griseta.

—No es fácil. El pasado suele pisarnos los talones.

—Olvídate de nuestro pasado —agregó Griseta—. Te invito a almorzar. Podemos hablar de tu padre y del otro anciano que andas buscando.

—Siempre y cuando me cuentes por qué fracasó tu matrimonio.

—¿Quieres estropearme el día?

Fuimos a un restaurante cercano al hogar de ancianos y mientras dábamos cuenta de un menú de congrio y ensaladas, la puse al tanto de la conversación con el Padre Brown y del trabajo para el cual me había contratado Julio Servilo. Mientras hablaba no podía apartar mi mirada de sus labios ni espantar el recuerdo de la tarde en que llegó a mi oficina buscando un lugar donde alojar por algunos días.

—Respecto a tu padre, mi consejo es que cierres la herida —dijo—. Los hijos huérfanos o abandonados no siempre tienen la oportunidad de conocer sus orígenes familiares y la experiencia indica que cargan con sentimientos de culpa y de rabia que a veces les impide asumir un proyecto vital a plenitud. Culpa y rabia por sentirse despreciados y no tener una historia familiar como referencia.

—No sé si quiero saber quién fue mi padre. No sé si quisiera verlo de estar vivo. Son tantas las historias que me inventé acerca de él, que posiblemente no podría diferenciar la realidad de la fantasía.

—¿Por qué te engañas? Siempre has querido saber de él. Piénsalo, espera algunos días, y tal vez entonces sientas que es necesario continuar la búsqueda. No por nada fuiste a conversar con el Padre Brown.

—Creí que bastaría conversar con él para cerrar el círculo. Me equivoqué y ahora, aunque quisiera, no sabría cómo continuar la pesquisa.

—No inventes excusas. Tienes experiencia en buscar personas desaparecidas.

—Primero debo encontrar a Gabriel Servilo.

—Escuché atentamente lo que me contaste de él y pienso que su desaparición puede tratarse de un típico caso de demencia senil. Un día cualquiera el anciano estaba en su hogar, y al siguiente se desconectó de la realidad y comenzó a vagar por la ciudad. Decenas de ancianos se pierden anualmente de ese modo. Otra posibilidad es que se haya convertido en un viejo amarrete y esté cambiando de hogares para ahorrar dinero. Algunas personas, a medida que envejecen, se vuelven avaras. Esconden sus joyas y dineros en los lugares más insólitos, piensan que sus familiares les roban, dejan de comprar ropa e incluso abandonan sus hábitos higiénicos.

—Nada de eso calza con la idea que tengo de su desaparición. He lanzado algunas redes y espero atrapar algunos peces.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Griseta, sin contener la sonrisa que iluminó su rostro.

—Quiere decir que no creo en santos, pero de todos modos espero un milagro. La verdad es que no sé dónde ubicar a Servilo.

—Siempre los mismos rezongos, el desgano, tu aparente desinterés.

—Al árbol viejo no se le puede enderezar el tronco torcido —dije, y sin esperar el siguiente comentario de Griseta, agregué—: Hablemos de tu fallido matrimonio.

—Mi ex esposo se llama Renato. Fuimos compañeros de universidad. Nos casamos poco antes de titularnos de psicólogos y dos años después estábamos separando aguas. Sin dramas ni culpas.

—¿Eso es todo? Olvidas contarme la razón.

—En otra ocasión. Es tarde y debo volver al trabajo.

—¿Eso quiere decir que nos veremos nuevamente?

¿Había sido idea de ella? Quizás presentía que la ausencia sería larga o simplemente le pareció oportuno dejar un recuerdo de aquel adiós que esperaba fuera el último en mucho tiempo. Tal vez por la noche habían conversado del futuro y por eso no tenían nada más que decirse mientras esperaban la salida del tren. Un buen trabajo, la posibilidad de recibir al hijo en mejores condiciones, una breve separación, un mes, dos a lo más. En la mirada de él hay decisión, en la de ella, tristeza. Al fondo de la foto, en el extremo derecho, aparece el rostro de un muchacho que mira hacia la cámara con asombro. El tren recién había entrado al andén y los pasajeros comenzaban a subir sus bultos y maletas. A él le aguardaba un viaje que lo obligaría a entrar en la ruta de la noche y amanecer abrazado al frío sureño. Se dieron el último beso mientras la locomotora hacía sonar su silbato. Él prometió escribir apenas llegara a su destino y enseguida tomó la maleta de lona que aparece tendida a sus pies en la foto. Desde la ventanilla observó a Mercedes y encendió un cigarrillo para evitar el gesto de tristeza que asomaba en sus labios. ¿Sintió pena o solo la indiferencia del actor que repite la escena ensayada hasta el cansancio?

¿Así había sido la separación de Mercedes y Buenaventura? ¿Y luego, qué? Las cartas que no llegaron. Un segundo viaje. El de ella, con su hijo en camino. Sus diálogos con gente desconocida, la resignación de regresar a Santiago con las manos vacías. Sola, sintiendo crecer la vida en su vientre y los primeros síntomas de la enfermedad que la consumiría en un tiempo más.

Preguntas que dejé arrastrar por la cubierta del escritorio mientras sentía que los recuerdos de las últimas horas se agolpaban, irrefrenables. Llené una copa de vino y la observé queriendo encontrar en ella una respuesta. ¿Tenía sentido reconstruir el pasado? ¿Qué haría si llegaba a encontrar al hombre del tren? Apuré un sorbo de vino en el momento que oía el ulular de una sirena. La noche alargaba sus sombras y seguía sujeto a la misma incertidumbre que me había acosado durante el almuerzo con Griseta.

—¿Consigues algo con imaginar esa historia? —oí preguntar a Simenon.

—Me gustaría saber cómo fue la despedida de mis padres. No es mucho pedir. Otros miran una foto familiar y conocen las circunstancias en la que fue captada. Llegó el momento de aceptar esas preguntas que nunca he querido asumir. Gran parte de mi vida he buscado respuestas para interrogantes ajenas y ahora deseo descubrir el único misterio que me compromete hasta los huesos.

—No culpes a las fotos de tu confusión.

—¿Qué insinúas?

—Usas el misterio de las fotos como pretexto, pero no es eso lo que te tiene más acongojado. Te descompuso el encuentro con Griseta y reconoce que tenías ganas de besarla.

—Es verdad que pudimos recordar los viejos tiempos, pero no es menos cierto

que esa historia tuvo su fin.

—Duerme y mañana presta atención al caso Servilo. Si lo ubicas tendremos con qué parar la olla el resto del mes.

—Llenar tu panza en lo único que te preocupa.

—Aporto una cuota de sensatez a nuestra sociedad.

—¿Por qué tendría que hacerte caso?

—Porque tengo la razón, Heredia.

Seguí el consejo de Simenon. Ordené los papeles que estaban en el escritorio, di las buenas noches al gato y me fui a dormir. Pero el descanso fue breve, porque en medio de un sueño en el que me veía caminar por una playa desierta, oí sonar el teléfono instalado sobre el velador. Una voz ronca mencionó mi nombre y antes de contestar observé el reloj. Eran las tres de la mañana y desde el departamento vecino llegaba el diálogo airado de una pareja discutiendo a voz en cuello.

—Soy Palermo. ¿Me recuerda? —escuché preguntar.

—El cantante —dije, sin mucho entusiasmo—. ¿Qué se le perdió a estas horas?

—Disculpe, pero no lo pude llamar antes.

—¿Qué pasa, Palermo?

—Pregunté por don Gabriel en el barrio y una señora que vende tortillas a la salida del bar dice que lo vio entrar en un hogar de ancianos ubicado en la calle Victoria. A veces don Gabriel le compra pan y por eso le llamó la atención verlo sucio, barbón y un tanto ido.

—¿Cómo se llama el hogar? ¿Dónde queda?

—Prefiero darle esa información personalmente. Estoy hablando desde un teléfono público y no me quedan monedas para poner en el aparato.

—¿Cómo se llama el hogar? —insistí.

—Mañana, al mediodía, vaya a verme al bar —agregó Palermo.

—¡Deme el nombre! —le ordené en el momento que la llamada se cortó y comenzó a escucharse un pitido molesto.

—¡Carajo! —exclamé en medio de la oscuridad de mi cuarto.

—¡Deja de gruñir y duerme! —protestó Simenon.

Me cobijé bajo las sábanas y solo volví a caminar por la playa desierta cuando la luz de la mañana entraba al dormitorio, acompañada de un concierto de gritos y bocinazos proveniente de la calle. Pensé que Anselmo estaría ordenando sus diarios y me dormí. Al despertar, el reloj marcaba el mediodía con su acostumbrada precisión. Me levanté de mala gana y luego de la ducha, preparé café, le di respiración artificial a un trozo de pan añejo y lo cubrí con una lonja de queso que tenía la frescura de un roñoso trozo de suela. Puse en el equipo de música un disco de Sabina y al cabo de media hora conseguí la tranquilidad que necesitaba para pensar en el trabajo que debía realizar.

* * *

El restaurante donde cantaba Palermo mostraba otro rostro durante el día. Sus mesas estaban ocupadas por obreros y empleados que trabajaban en el barrio, y los mozos corrían de un lado a otro sirviendo la comida a sus clientes que parecían tener

prisa por regresar a sus labores. Ocupé una mesa y pregunté por el cantante al primer mozo que llegó a mi lado.

—Todavía no aparece y anoche no cantó —dijo el mozo—. Vino temprano a decirle al patrón que estaba contratado para actuar en la comida de unos oficinistas que festejaban a un colega recién ascendido.

—Habíamos quedado en juntarnos a esta hora.

—Seguramente tomó vuelo en la fiesta y debe estar espantando la borrachera —comentó el mozo.

—¿Sabe dónde vive?

—Ni idea. ¿Lo necesita para algún trabajo?

—Quedó en entregarme cierta información sobre un amigo al que necesito ubicar con urgencia.

—Mala suerte —dijo el mozo y enseguida, indicándome con el lápiz que usaba para anotar los pedidos, preguntó—: ¿Va a almorzar? Tenemos cazuela de vacuno y charquicán de cochayuyo.

—Quiero una cerveza helada —respondí.

Una hora más tarde Palermo seguía sin asomar la nariz por el restaurante y aunque tenía la certeza de estar perdiendo mi tiempo, era incapaz de hacer otra cosa que no fuera seguir acodado en la mesa, atento a los clientes que cruzaban la puerta. Pedí la segunda cerveza y el mozo me la sirvió en el mismo momento que entraba un hombre bajo y flacuchento, al que vi observar las mesas y dirigirse hacia el mesón donde pidió una caña de tinto.

—Tal vez cambie su suerte —dijo el mozo—. Oscarillo debe saber dónde vive Palermo. Son amigos y cuando el cantante se pasa de copas lo va a dejar a su casa. Déjeme hablar con él.

El mozo se acercó al mesón y minutos más tarde regresó acompañado por Oscarillo. El amigo de Palermo andaba a medio filo. Balbuceó un saludo y quedó observando el brillo dorado de mi cerveza. Hedía a vino barato y tuve la impresión de que en su cabeza no chisporroteaban dos ideas al mismo tiempo.

—Oscarillo le puede dar una mano —dijo el mozo.

—¿Sabes dónde vive Palermo? —le pregunté.

El hombre asintió con la cabeza sin apartar la vista de la cerveza.

—Te doy dos mil pesos por llevarme hasta su casa.

—Poco me parece.

—Necesito una dirección, no la fórmula de la Coca Cola.

—Tres mil, una caña de tinto y cerramos trato.

* * *

Palermo vivía en un conventillo de casas maltrechas que miraban hacia un angosto pasaje, atestado de cartones, neumáticos viejos y pedazos de fierros que los

residentes acopiaban con algún propósito que escapaba a mi imaginación. Las casas estaban identificadas con letras en sus puertas y Oscarillo me condujo hasta la que tenía escrita la letra H con gruesos trazos de pintura blanca. Toqué a la puerta y no obtuve respuesta.

—Debe estar durmiendo la mona —dijo Oscarillo, al tiempo que empujaba la puerta y la abría con facilidad.

Entramos a una habitación que olía a mugre y vino rancio. Su mobiliario estaba compuesto por una pequeña mesa de madera y tres sillas roñosas. De las paredes colgaban las portadas de algunos viejos cancioneros en las que reconocí los rostros de Julio Sosa y Leo Marini. Sobre la mesa había un trozo de pan duro y una caja de vino apachurrada.

—¿Hay más habitaciones? —pregunté a Oscarillo al escuchar un leve quejido proveniente del interior de la casa.

—Baño y dormitorio.

Seguí al borrachín hasta el dormitorio. El lugar estaba a oscuras. Oscarillo recorrió la cortina de cretona que cubría una ventana diminuta y de inmediato vimos a Palermo, boca abajo, tendido sobre un sucio colchón de espuma. Vestía la misma ropa que llevaba la noche de nuestra conversación y de su boca brotaba un grueso hilo de baba. Me hiqué a su lado y lo vi abrir los ojos. El miedo estaba dibujado en sus pupilas. Volvió a quejarse y con la ayuda de Oscarillo conseguí darlo vuelta. Sus manos aferradas al estómago cubrían una mancha de sangre reseca.

—Busca un teléfono y llama una ambulancia —dije a Oscarillo.

El borrachín me miró y no atinó a moverse.

—Tu amigo ha perdido mucha sangre, y si no mueves el trasero, se nos muere.

—¿Qué pasó? —balbuceó Oscarillo.

—Alguien lo apuñaló —respondí.

Al ver que Oscarillo seguía sin reaccionar, me puse de pie y salí de la casa. Después de andar dos cuadras encontré un almacén con teléfono público. Llamé a Doris Fabra y tuve suerte, porque estaba en su oficina terminando de redactar el informe de la pesquisa realizada durante la mañana. La puse al tanto de mi hallazgo y ella prometió agilizar el envío de una ambulancia.

El estado de Palermo no había variado cuando regresé a la casa. Oscarillo estaba junto a su amigo dándole aire con el aleteo desesperado de un pañuelo.

—La ambulancia está en camino —dije.

Ninguno de los dos amigos dio muestra de escuchar mis palabras. Me arrodillé junto a Palermo y volví a examinar su herida.

—Usted y el viejo tienen la culpa —escuché decir a Palermo.

—¿Cuándo lo hirieron?

—Anoche, poco después de que lo llamé por teléfono. Dos hombres, en los alrededores del hogar de ancianos.

—¿Qué hogar de ancianos? —pregunté.

Palermo no respondió. Cerró los ojos y dejó que el cansancio lo amortajara. A lo lejos comenzó a escucharse una sirena.

* * *

Doris llegó al conventillo al mismo tiempo que la ambulancia. Venía acompañada por uno de sus subalternos. Hizo una rápida inspección de la vivienda, observó el trabajo de los enfermeros que subieron a Palermo en la ambulancia y luego se dispuso a escuchar mi historia.

—El viejo truco del tipo que no sabe nada —dijo al término de mi relato—. Déjate de cuentos y dime la verdad.

—Nos vimos una vez, anoche hablamos por teléfono y después me dejó plantado en la cita concertada para hoy, a la hora de almuerzo.

—¿Qué significa eso del hogar de ancianos?

—Palermo conoce a Gabriel Servilo y supo que habían visto al viejo en un hogar de ancianos. Parece que intentó ratificar la información y cuando estaba en ese trámite fue agredido.

—¿Asalto común o relacionado con la investigación?

—Es lo que me pregunto desde que lo encontré herido. Palermo no es presa de interés para ningún asaltante. En el barrio lo conocen y él sabe vivir de noche. Un asalto común no calza en mis cálculos.

—¿Qué tanto sabes de Gabriel Servilo?

—Fue un empresario exitoso hasta que sus negocios entraron en crisis y perdió su capital. Actualmente vive solo y en el último tiempo ha cambiado varias veces de residencia.

—¿No te parece una conducta sospechosa?

—He llegado a pensar que huye de su hijo —agregué y enseguida puse al tanto a Doris del asunto del saludo navideño y de mi teoría del arrepentimiento.

—Tal vez no huye de su hijo. Tal vez perjudicó a alguien en el pasado o debe dinero. Tal vez Servilo es un pájaro de cuentas.

—Lo dudo. Tiendo a pensar que se trata de otra cosa.

—Mi hipótesis tiene más asidero que ese cuento del padre que huye. Voy a investigar el pasado de Gabriel Servilo y su hijo.

—Antes escucha lo que Palermo tenga que decirnos.

—Dudo que esté en condiciones de declarar. Su herida tenía mal aspecto.

—Sobrevivirá. Es un quiltro acostumbrado a las peleas callejeras.

El recinto de espera del hospital era lo más parecido que se podía imaginar a la antesala del infierno. Niños llorando en brazos de sus madres, ancianos con problemas respiratorios, mujeres afiebradas, accidentados que esperaban ser atendidos por los médicos que iban de sala en sala resolviendo las situaciones más urgentes. Después de unos minutos en la sala daban ganas de acortar la espera y dirigirse sin mayor trámite al cementerio más próximo.

Doris Fabra hizo valer su condición de policía y consiguió averiguar que Palermo había sido operado de urgencia y se encontraba fuera de peligro. La estocada en el vientre no comprometía ninguno de sus órganos vitales y para hablar con él solo debíamos aguardar a que saliera de la sala de recuperación.

Esperamos frente a los pabellones de cirugía y finalmente pudimos ingresar a una sala en la que había ocho camas metálicas separadas entre sí por cortinas de plástico. Una enfermera que revisaba los vendajes a un muchacho nos indicó la cama ubicada junto a la única ventana del lugar. En ella descansaba Palermo. Tenía una sonda conectada a su brazo derecho y en el vientre lucía un vistoso vendaje.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunté.

—Me tocó beber vino amargo —respondió en voz baja—. Tantos años en la calle y nunca había recibido un rasguño.

—Pasó lo peor, Palermo. En dos o tres días estará cantando de nuevo.

—¿La señorita es su novia? —preguntó al notar la presencia de Doris.

—La suerte no me da para tanto. La señorita es policía.

—Así cualquiera se va detenido —dijo el cantante, esbozando una tímida sonrisa.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—Fui a la casa donde podía estar don Gabriel. Hice un par de preguntas a un coso que se las daba de guardián y al no averiguar nada, me fui. Dos muchachos aparecieron en mi camino mientras rumbeaba hacia el bar. No alcancé a decir ni pío. Uno de ellos sacó a relucir un estoque y me agujereó la ponchera. Caí al suelo y me hice el muerto. Por suerte no me remataron. Cuando me dejaron solo, caminé hasta un paradero de buses y hasta ahora no me explicó cómo me dio el cuero para llegar a mi casa. De ahí en adelante se me borró la película.

—¿Los asaltantes eran del hogar de ancianos? —preguntó Doris.

—El guardia se enojó cuando me vio pispeando hacia el interior de la casa, pero no me atrevería a jurar que él enviara a los matones tras mis pasos.

—¿Dónde queda el hogar? —pregunté.

—En Santa Elvira, al llegar a la avenida Portugal.

—¿Esa es la información que no quiso darme por teléfono?

—Ya le dije que no tenía monedas para seguir pegado al teléfono.

—Visitaré esa casa con mi gente —dijo Doris.

—Con el perdón de la señorita, parece que la cagué —agregó Palermo,

compungido.

—Ya no gana nada con quejarse —le respondí—. Recupere sus energías para volver a cantar.

—De aquí no me muevo.

—Voy a organizar el operativo —añadió Doris al tiempo que se despedía de Palermo con una sonrisa.

—Bonita mina —comentó el cantante al ver alejarse a Doris—. De estar en su lugar intentaría morder la fruta prohibida.

—«*Tu silueta fue el anzuelo donde yo me fui a ensartar*».

—*Chorra*. Buen tango. Cuando vuelva a las andadas, se lo canto.

—¿Qué pretendes dejándome fuera del negocio? —pregunté a Doris cuando llegamos a la salida del hospital.

—No quiero que te metas en líos, Heredia.

—Servilo es mi cliente.

—Me propongo allanar la casa para descubrir a los responsables del asalto a Palermo.

—Al menos déjame acompañarte.

—Desde lejos y con la boca cerrada.

* * *

Mucho ruido y pocas nueces. Doris y sus tres compañeros entraron a la casa y al cabo de media hora, cuando me permitieron entrar, lo único que vi fue una decena de habitaciones desocupadas y a un hombre con aspecto de oso al que los detectives mantenían esposado en el patio interior.

—¿Llegamos tarde o aquí nunca hubo nada? —pregunté a Doris que se encontraba fumando en una de las habitaciones.

—El cuidador dice que en esta casa funcionó una pensión hasta la semana pasada y que entre los inquilinos no había ningún anciano. Solo estudiantes universitarios, empleados públicos y un par de matrimonios.

—Tal vez Servilo supo que era una pensión y vino a consultar por el hospedaje.

—Gatica, el cuidador me da mala espina —dijo Doris—. Creo que miente. En esta casa pasaba algo extraño. No se desmantela una pensión en una semana por nada. Ordenaré revisar cada centímetro de la casa hasta dar con algo que compruebe la estadía o el paso de algún anciano. Cuando eso suceda, el cuidador tendrá que contar una historia más convincente.

—Nunca había visitado tantos hogares de ancianos como en estos últimos días —dije a Doris—. Terminaré pidiendo alojamiento en uno de ellos.

—Voy a investigar los antecedentes de Gatica —agregó Doris sin atender mi reclamo y enseguida, mientras aplastaba su cigarrillo con un pie, preguntó—: ¿Tú qué piensas hacer?

—Volver a mi oficina y escuchar a Piazzolla. ¿O tienes alguna proposición más atractiva?

—Si estás pensando en llevarme de nuevo a tu cama, olvídale. La primera vez fue por curiosidad y la segunda por placer. Una tercera vez tendría que ser por amor.

—Tú y yo...

—El aceite y el vinagre. Olvídale.

—La casa es toda tuya. Si encuentras el vellocino de oro, acuérdate de avisar.

Juego, todo es juego, me dije después de abandonar a Doris Fabra y regresar al departamento. Guiños, miradas de reojo a la soledad que me acompañaba hacia un futuro dibujado sobre el papel resquebradizo de la incertidumbre. Todo era juego, palabras asumidas para justificar los pasos que daba por la calle como un ángel sin alas. Un año se sumaba a otro y seguía en la boca del lobo. Vagaba por la ciudad, encendía mi entusiasmo con alguna pesquisa y luego sentía la penosa inutilidad del esfuerzo. Mejor era olvidar a mi cliente por unas horas, pensar en las fotos de mis padres y descubrir el misterio retratado en ellas.

Me detuve frente a la salida de la estación Calicanto del Metro. Junto a la puerta había una anciana que intentaba vender sus huevos duros y panes amasados a los transeúntes que pasaban a su lado. Estaba sentada en una banqueta de madera y sobre sus rodillas sostenía un maltratado ejemplar de la Biblia. Recostado a sus pies, un perro flaco la miraba con ojos lastimeros. Observé la calle Aillavilú y las luces de sus cabarés. Caminé en dirección al edificio que alberga mi oficina y al aproximarme a su entrada vislumbré el fugaz relámpago de un cigarrillo. Recordé el asalto a Palermo y palpé la pistola que portaba en la chaqueta. El punto rojo del cigarrillo se acercó lentamente a mi encuentro. Reconocí la silueta de una mujer y enseguida escuché una voz familiar.

—No pierdes la costumbre de llegar tarde —oí decir a Griseta.

Un abrigo negro cubría sus piernas más abajo de las rodillas y una boina aprisionaba su cabellera encendida.

—¿Qué haces aquí y a esta hora? —le pregunté cuando estuvo a mi lado.

—Estaba en una cena con antiguos compañeros de la universidad y a su término decidí venir.

—Aillavilú con Bandera no es una esquina segura. La policía dice que es uno de los vértices del triángulo más peligroso de Santiago.

—Sé cuidarme, Heredia. No olvides que he vivido sola durante mucho tiempo.

—Vamos al departamento. Podemos preparar café o compartir una cerveza.

—Ahora que llegaste, no estoy segura de querer subir a tu departamento.

—A veces a mí me sucede lo mismo, pero es el único lugar que tengo —respondí sin dejar de mirar los ojos de Griseta—. Si lo prefieres, podemos ir a un bar, pero dudo que encontremos uno donde se pueda conversar en paz, sin música estridente ni gritos de borrachos a tus espaldas.

—No pretendo quedarme mucho rato —aclaró con el mismo tono distante empleado durante nuestro encuentro en la residencia del Padre Brown—. He estado pensando en tu trabajo y creo que existe una manera de ubicar a Gabriel Servilo.

—Hablemos de eso en el departamento —insistí, al tiempo que la tomaba de un brazo y le indicaba el camino.

* * *

—El tiempo se estancó en esta oficina. Todo sigue igual —dijo Griseta un rato más tarde—. Los libros en desorden, tu escritorio atestado de papeles, el cenicero lleno de colillas. Hasta Simenon conserva su bella gordura de antaño.

—Que no te engañen las apariencias. Los libros han acumulado polvo, Simenon y yo estamos más viejos y no tenemos el mismo entusiasmo para salir a corretear.

—¿Sabes por qué temía volver a esta oficina?

—Imagino una larga lista de razones.

—Durante una época viví recordando este lugar. Te veía sentado tras tu escritorio, escuchando música o hablando con alguno de tus clientes. Me costó apartar tu recuerdo, Heredia.

—Tampoco para mí fue fácil acostumbrarme a tu ausencia. A menudo creía reconocerte en cualquier muchacha colorina que encontraba en mi camino.

—Hace tiempo que dejé de ser una muchacha. Y no solo hablo de mi edad. Tú solías decir que la vida enseña más que mil libros y tenías razón —dijo Griseta y enseguida como si una alarma se hubiera activado en su interior, agregó—: Supongo que no tiene sentido hablar de esas cosas.

—No, supongo que no —respondí sin mucha convicción.

—Vine a contarte una idea que tuve respecto al padre de tu cliente.

Griseta probó el café que le había servido y por un instante miró hacia la ventana de la habitación. Miré sus labios y tuve que esforzarme para reprimir el deseo de estrecharla entre mis brazos. El recuerdo de su piel junto a la mía me hirió como un estilete. Busqué un cigarrillo y lo encendí.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Servilo recibe una pensión y debe cobrarla o recibirla en alguna parte. Dudo que su hijo esté al tanto de ese detalle, pero podríamos averiguarlo con la ayuda de una amiga que trabaja en la institución que paga las pensiones a los jubilados como Servilo. Ella puede informarnos de los datos que aparezcan en el registro de beneficiarios. Los jubilados cobran sus pensiones mensualmente y Servilo no debe ser la excepción. Puede que se la depositen en una cuenta bancaria, que le manden el cheque a su casa o que él vaya a las oficinas donde se pagan las pensiones; En los tres casos debiera existir un registro de los antecedentes de Servilo.

—¿Dónde ubicamos a tu amiga?

—Mañana la llamo a su oficina y cuando tenga la información me vuelvo a contactar contigo.

—¿Por qué quieres ayudarme?

—Puedo hacerlo y no me cuesta nada.

—¿Es solo eso?

—Tendremos una excusa para volver a vernos.

—Eso significa que...

—Significa que puedo ser tu amiga y conversar contigo de vez en cuando —dijo Griseta.

—¿De verdad crees que podemos ser amigos?

La respuesta de Griseta fue interrumpida por el timbre del teléfono. Tomó el fono y su rostro adquirió un tono púrpura cuando la oí decir que el número telefónico correspondía a la oficina del detective Heredia.

—Te llama una tal Doris —dijo al tiempo que me pasaba el fono.

—¿Con quién estás? —oí preguntar a Doris Fabra—. Ahora entiendo tu prisa por irte de la casona.

—¿Celosa? —pregunté en voz baja.

—Curiosidad, nada más. Seguramente se trata de alguna de las chuscas del barrio. ¿O me equivoco?

—Totalmente.

—Me da igual. No ando olisqueando tus calzoncillos —dijo y luego de una pausa que me pareció eterna, agregó—: Revisamos la casa. Alguien hizo una buena limpieza, pero olvidó botar una bolsa de basura que encontramos en el patio.

—¿Qué contenía la bolsa?

—Restos de pañales desechables para adultos, cajas de remedios que suelen tomar los ancianos y muchas jeringas usadas. No hay duda que en esa casa funcionó una residencia para ancianos.

—¿Y qué dice el gorilón apestoso de Gatica?

—Nada. Le mostramos la bolsa y dijo que ignoraba que estuviera en la casa.

—Unas patadas en el culo pueden hacerle recuperar la memoria.

—No empleo esos métodos, aunque a veces hay tipos a los que me gustaría darles un buen apretón de bolas —dijo Doris y sin agregar nada más cortó la comunicación.

* * *

—¿Quién es Doris? —preguntó Griseta acercándose al escritorio.

—Una amiga de la policía que a veces me ayuda en mi trabajo. Quería informarme de los resultados del allanamiento efectuado a una de las casas donde se supone vivió Gabriel Servilo.

—No te pedí explicaciones, Heredia. Cualquiera diría que entre tú y ella hay algo más que comunes intereses policíacos.

—Alguna vez nos miramos a los ojos, pero ninguno de los dos vio reflejado algo que le interesara demasiado. La magia no se inventa. Existe o no existe, eso es todo.

—Me alegra saber que no has estado tan alejado de la mano de Dios.

—Ella está enamorada de su trabajo y yo de mis recuerdos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Necesitas una explicación? —pregunté mientras daba unos pasos hasta quedar frente a Griseta.

—¿Me puedes llamar un radio taxi? Es tarde y debo irme.

—¿Quieres quedarte?

—¿Te imaginas lo que diría tu amiga si sabe que pasé la noche contigo?

—Ella no tiene nada que decir.

—Mañana espero tener novedades respecto a la pensión de Servilo. Pide el radio taxi, por favor.

Hay una edad para correr y otra para reflexionar. Una edad de los afectos y otra de la indiferencia. Cuando niño había aceptado las historias del orfanato como una verdad incuestionable y después, la preocupación de sobrevivir me había apartado de esa parte difusa de mi pasado, a la que regresaba en ráfagas cuando la nostalgia golpeaba a mi puerta.

Intenté olvidar la visita de Griseta y centrar mi atención en el asunto de las fotos que conscientemente había pospuesto. Culpa, miedo, deseo de relegar las indagaciones a un punto ciego. Repetición de la conducta adoptada al dejar el orfanato. Olvidar la historia encerradas tras de sus muros, inventar otra vida y escudriñar en las ajenas hasta aceptar que toda la gente ocultaba alguna secuencia de su pasado. Había escogido el oficio de investigador para llenar mis vacíos con las vivencias de otras personas y al cabo de muchos años de ir de pregunta en pregunta, seguía viendo en el espejo la imagen del muchacho que se encerraba a llorar en el baño porque nadie era capaz de contarle la historia completa de su origen.

—Abre la puerta, sal a la calle e inténtalo —escuché decir a Simenon.

—¿A riesgo de que sea mi última investigación?

—Siempre habrá un misterio que te haga cosquillas en el entusiasmo. La maldad existe desde que el hombre comenzó a caminar y nunca faltará el que entre a la oficina con su carga de interrogantes.

—Me cuesta reunir el ánimo necesario.

—Para qué verse la suerte entre gitanos. Tu entusiasmo nunca ha sido desbordante.

—Es fácil decirlo. Dos o tres palabras, una sonrisa irónica.

—Todo acaba alguna vez. ¿Qué esperas para salir a la calle?

* * *

La *Ferretería Asturias* quedaba a dos cuerdas del hipódromo donde había visto a mi amigo Anselmo ganar varios clásicos, antes de sufrir la rodada que puso fin a sus afanes de jockey. La dirección estaba anotada al reverso de una de las fotos y para no hacer un viaje en vano, la verifiqué en la guía de teléfonos antes de salir de la oficina.

La ferretería funcionaba en una vieja construcción de adobe. Sus murallas estaban pintadas de blanco, azul y rojo. A un costado de la puerta tenía dibujado un enorme tarro de pintura y el rostro de un sonriente pintor de brocha gorda. Tras el mesón de madera que dividía en dos el local, un hombre bajo y de abundantes cabellos rubios leía *La Cuarta*. Me acerqué a su lado y esperé a que notara mi presencia para preguntarle por el dueño del negocio.

—Yo soy el dueño —respondió mientras dejaba de lado el diario—. Belisario

Bonilla a sus órdenes.

—Pensé que el dueño sería una persona mayor.

—Quizás esperaba encontrar a mi padre, Belisario Bonilla Egaña. Falleció hace seis años de un ataque al corazón, mientras abría la puerta de la ferretería. Heredé el negocio y hasta ahora he logrado mantenerlo en pie, pese a las bodegas de materiales que se han instalado en el sector.

—Temo que vine seis años tarde, señor Bonilla.

—¿Qué anda buscando? —preguntó el ferretero, amistoso.

—¿Qué edad tiene usted?

—Cumpliré sesenta años antes de Navidad y hasta la fecha no me falla ninguna pieza. Saqué la buena salud de mi padre, que vivió hasta los noventa, lúcido y sin dejar de trabajar un solo día.

Saqué de mi chaqueta las tres fotos y las puse sobre el mesón.

—En la fecha que se tomaron estas fotos usted debió tener nueve o diez años. ¿Reconoce a las personas que aparecen retratadas en ellas? —pregunté a Bonilla.

—Las inolvidables fotos de Hasan, el turco que recorría el barrio fotografiando a los vecinos. Las fotos que tengo de mis padres y las de mi primera comunión las tomó él. Tenía una máquina de cajón que montaba sobre un enorme trípode de madera. Murió a fines de los años sesenta. Estaba viejo y ya no andaba por el barrio ofreciendo sus servicios. Se colocaba con su máquina frente a la Estación Central, acompañado de un pony embalsamado al que se montaban los niños para fotografiarse.

—¿Recuerda quiénes son los que aparecen en las fotos? —insistí.

—A la mujer no la conozco. El hombre es el Toro Dantés. Trabajó en la ferretería durante algunos años.

—¿Toro Dantés?

—Se llamaba Buenaventura Dantés, pero le decíamos Toro porque así aparecía mencionado en los folletos que promovían los combates de boxeo en el barrio. Lo vi pelear muchas veces. Mi viejo comentaba que Dantés poseía una buena pegada, pero era algo lento de piernas. ¿Por qué anda con fotos de Dantés? ¿Usted es periodista deportivo?

—El hombre al que usted llama Dantés es un familiar lejano. Quiero saber qué fue de él.

—Si aún está vivo debe ser un anciano.

—Hábleme de Dantés.

—Recuerdo las cosas que de él contaba mi padre. Al parecer era un hombre tranquilo que no le hacía el quite al trabajo. Mi padre le tenía aprecio y confianza. Estuvo muchos años en esta ferretería. Al comienzo trabajó en la bodega y luego pasó a desempeñarse en el mesón. Después se hizo cargo de las ventas en terreno. Mi padre tenía clientes que venían del sur y para ahorrarles el viaje decidió enviar a Dantés como viajante. Recorría desde San Fernando hasta Puerto Montt. Hacía las

ventas, enviaba un telegrama y mi padre despachaba los pedidos por tren. Un día, y por motivos que desconozco, dejaron de llegar sus telegramas y al poco tiempo mi padre recibió una carta en la que Dantés daba cuenta de sus últimas ventas y decía que no volvería a Santiago.

—¿Dio alguna razón para no regresar?

—No lo recuerdo, pero parece que no fue muy preciso en sus razones. Mi padre pensó que fue por un asunto de faldas. Dantés era enamorado y al parecer, aprovechándose de sus viajes, tenía amores en más de un pueblo.

—La mujer que aparece con él en la foto iba a ser su esposa. Se llamaba Mercedes.

—Primera vez que la oigo mencionar. Tal vez habló de ella con mi padre. En esa época yo era un mocoso y había cosas de las que los adultos no hablaban delante de los niños.

—¿Recuerda dónde vivía Dantés?

—Muy cerca de aquí. Se venía caminando desde su casa o en la bicicleta que le prestaban donde tomaba pensión —dijo Bonilla y enseguida, como si hubiera recibido un golpe de corriente, caminó deprisa hacia el fondo de la ferretería y desapareció por una puerta ubicada entre dos estantes metálicos. Regresó a los pocos minutos portando un grueso cuaderno de contabilidad. Lo golpeó dos o tres veces contra el mesón y cuando consideró que el cuaderno había perdido una buena cantidad de polvo, lo abrió con especial cuidado.

—Debí botar esta antigualla cuando murió mi padre, pero me dio pena. El viejo anotaba en este cuaderno todas las cosas relacionadas con la ferretería —agregó Bonilla mientras recorría las hojas del empaste.

—¿Qué quiere encontrar?

—¡Aquí está! —exclamó el ferretero—. Calle Inglaterra, número 878. En esa dirección vivía Dantés. Como le dije antes, queda cerca de aquí.

—Gracias. No perderé nada con dar una vuelta por ese lugar.

—Espere, hay otra dirección escrita junto al nombre de Dantés —dijo Bonilla—. No se entiende bien lo que está escrito. La letra de mi padre era horrorosa. Solo consigo leer la palabra Curepto.

—¿Curepto?

—Y aparece otra anotación que dice: «*De esta dirección recibí la última carta de Dantés*». Si quiere y tiene tiempo, déle una mirada a las notas. En una de esas encuentra algo más sobre Dantés.

—Si no le molesta.

—El mesón es ancho y largo. Acomódese y lea tranquilo.

Revisé el cuaderno con atención y encontré que en sus páginas había un detallado registro de los movimientos de la ferretería y de los gastos en que incurría Bonilla Egaña para mantener a su familia. Compras de zapatos para su único hijo, funciones de circo, pagos al dentista, costo de la sepultura de su mujer, entre muchos otros

registros que ponían en evidencia el orden o la avaricia del ferretero. Encontré cinco anotaciones en las que aparecía mencionado Dantés. La primera estaba relacionada con la entrega de un préstamo y la segunda con su devolución seis meses más tarde. La tercera mencionaba uno de los triunfos de Dantés arriba del ring. El ferretero había apostado quinientos pesos a los puños de su empleado. La cuarta anotación decía: «*Buenaventura solicitó un adelanto de sueldo. Viaja al sur por tres meses y quiere comprar un regalo a su novia. Le adelanté dos mil pesos con cargo a sus futuras ventas*». Casi al final del cuaderno leí el último registro de Bonilla Egaña: «*Mercedes, la mujer de Buenaventura, vino de nuevo a preguntar por él. Le di trescientos pesos. Tiene la barriga hinchada y no ha sabido nada de Dantés en los últimos meses*».

Cerré el cuaderno y encendí un cigarrillo. El ferretero me observó de reojo y se acercó a mi lado sin decir nada.

—Supongo que no conserva la última carta que envió Dantés a su padre.

—No pida milagros —respondió Bonilla—. ¿Sirvió de algo la lectura?

—Su padre conocía a la mujer de la foto y la ayudó con dinero en una ocasión.

—¿Y eso es importante para usted?

—Dantés no volvió a dar señales de vida —agregué sin considerar la pregunta del ferretero—. ¿Por qué lo hizo?

Bonilla alzó los hombros para mostrar su ignorancia. Dejé el cuaderno en sus manos y caminé hacia la puerta de la ferretería.

—Don Belisario era un hombre ordenado —comenté—. Debió de ser un buen padre.

El ferretero sonrió y estrechó el cuaderno entre sus brazos. Por un segundo imaginé que abrazaba a su padre.

Le di las gracias y le dije adiós. El maestro pintor dibujado en la fachada de la ferretería seguía sonriendo. Me despedí de él y comencé a caminar hacia la calle Inglaterra. El sol pegaba fuerte sobre las viejas casas de adobe del barrio. Miré por última vez la ferretería y pensé que alguna vez mi madre había estado en ese lugar.

Mi recorrido por la calle Inglaterra fue una completa pérdida de tiempo. Busqué la casa donde supuestamente había vivido Dantés y en su lugar encontré un terreno en el que comenzaban a construir un edificio. Miré a mi alrededor y vi un conjunto de casas nuevas que estaban en venta. El pasado había sido borrado de una plumada y seguramente ninguno de los vecinos tendría la menor idea acerca de quién había sido Buenaventura Dantés. Nada de qué asombrarse. La ciudad cambiaba constantemente de máscaras y en sus distintos barrios se veían las grandes grúas que delataban el comienzo de alguna edificación. A veces me daba pena ver el fin de casas o palacetes que tenían el sello de otra época, pero sabía que el tiempo era un verdugo implacable y que otra gente, con distintos anhelos a los míos, disponía de la ciudad a su antojo. Y frente a eso no tenía más alternativa que mantener el tranco, aferrado al recuerdo de aquellos lugares que habían tenido un significado en mi vida. Nostalgia del guerrero que no encuentra su lugar en la batalla y que a pesar del paso del tiempo sigue viendo molinos de vientos en el horizonte. Observé durante algunos minutos el trabajo de los obreros y enseguida, consciente de estar en el lugar equivocado, rehice mis pasos y me dispuse a volver al territorio familiar de mi oficina, donde me esperaba mi añoso escritorio de metal y un gato que no se cansaba de brindarme su compañía.

* * *

Aun antes de entrar a la oficina supe que alguien se encontraba en su interior. Simenon me esperaba sentado frente al ascensor y al verme movió su cola con evidente inquietud. Abrí la puerta con precaución y sorprendí a Julio Servilo sentado junto al escritorio, leyendo una revista de actualidades políticas. Al verme se puso de pie y me saludó con un frágil apretón de manos.

—Su amigo quiosquero me autorizó a entrar. Quiero saber si hay algún progreso en la investigación —dijo sin detenerse a considerar ningún preámbulo.

—Sigo algunas pistas pero hasta ahora no logro saber dónde se encuentra su padre —le respondí al tiempo que me sentaba en mi sillón—. Pensaba llamarlo. Necesito hacerle algunas preguntas.

—Usted dirá, lo escucho.

—¿Qué sabe de la actual situación financiera de su padre?

—En nuestra primera conversación le conté que tuvo una fábrica de productos plásticos. Cuando regresé a Chile supe que con el remate de sus propiedades logró pagar las deudas que ocasionaron el fin de la empresa. Ignoro si tenía otros negocios.

—¿Sabe que su padre recibe una pensión de jubilación?

—No, pero no me sorprendería que así fuera. Antes de instalar el negocio de los plásticos trabajó en una corredora de seguros y luego, cuando quebró su empresa, un

amigo le dio empleo en una importadora de vehículos. Supongo que en esos trabajos le habrán realizado sus cotizaciones previsionales.

—¿Don Gabriel, podría estar huyendo de algún acreedor?

—Me preocupé de estudiar sus antecedentes financieros y no tiene deudas en la banca ni en ninguna otra parte.

—Pudo pedir dinero fuera del sistema financiero.

—¿Mi padre enredado con prestamistas? Me cuesta imaginar algo así. Creo que está equivocado, Heredia. Mi padre no está en edad de andar jugando a las escondidas.

—Pero es lo que ha estado haciendo —dije a Servilo y enseguida lo puse al tanto de mis últimas pesquisas.

—¿Qué hace mi padre mezclado con cantantes de mala muerte? —preguntó Servilo después de escuchar el relato del asalto a Palermo.

—Su padre parece tener cada vez menos amigos y ha estado viviendo en hogares miserables.

—Lo que dice no calza con los recuerdos que tengo de él.

—A veces la vida nos da algunas sorpresas —dije consultando mi reloj.

* * *

—No se veía muy satisfecho con los resultados —comentó Simenon antes de arremeter contra el pocillo de alimento para gatos que dejé a su alcance—. Y tampoco tú te ves muy feliz. Te cojea el ánimo.

Julio Servilo había abandonado la oficina malhumorado, exigiendo un nuevo reporte de mi investigación para dos días más. Prometí llamarlo por teléfono apenas vislumbrara algo de luz al final del túnel y enseguida, cuando lo vi desaparecer, recurrí a la botella que guardo en mi escritorio. Pocas cosas me molestan más que me arrinconen contra la pared. Por eso y para aplacar las ganas de mandarlo al carajo, me dije que sus palabras no pasaban de ser una cargosa piedra en el zapato.

—Hoy conocí el nombre de mi padre —dije a Simenon-. Trabajó en una ferretería y viajó muchas veces al sur. Me siento como si alguien me hubiera dejado caer un bloque de concreto sobre la cabeza. También supe que fue boxeador.

—Llama al periodista Campbell. En su archivo de noticias deportivas puede tener información sobre tu padre.

—No es mala idea, Simenon.

—No solo estás alicaído por lo de tu padre, ¿o me equivoco?

—¿Te parece poca cosa?

—Intuyo que te gustaría estar junto a Griseta.

—Ni siquiera le pregunté su teléfono.

—Puedes ir a su trabajo.

—Ya es tarde. Debe estar en su casa y no sé la dirección.

- Un detective debería preocuparse de esos detalles.
- Da igual. Prefiero estar solo.
- Mentira. Te gustaría contarle la historia de tu padre.
- Ya sabe algo sobre el tema. Hablamos de él cuando nos encontramos.
- Te gustaría cogerla en tus brazos y besarla.
- Termina de comer. Meterse en los asuntos ajenos hace mal para la digestión.
- Al ver tu cara se me quitó el apetito.
- ¿Quieres una copa?
- No. Alguien tiene que mantenerse sobrio y cuidar la oficina.

Una decena de grillos bailoteaban dentro de mi cabeza. Los sentía patalear y gritar como si en ello se les fuera la vida o alguien los hubiera contratado para recordarme lo horrible que puede llegar a ser la resaca del bebedor solitario. Un rayo de sol hería mis ojos y me obligaba a permanecer inmóvil dentro de la cama. Intenté volver a dormir, pero fue inútil. Luego el ruido interior se unió a la bullanga que llegaba desde la calle. La noche anterior había bebido la botella destinada a las emergencias y luego seguido la juerga junto a la barra del *Central*. Anselmo me había sacado del bar y conducido hasta mi cama, donde el sueño me atrapó mientras creía ver la sombra de un pugilista ensayando sus mejores golpes contra la bombilla que colgaba desde el cielo raso del dormitorio.

Conseguí ponerme de pie y a los tropezones llegué hasta el baño. Mi rostro mostraba las huellas de la traspasada y en el estómago sentía el flujo asesino de la acidez que trepaba por el esófago hasta instalarse en mi boca. Me metí bajo la ducha y dejé que el agua reparara mis heridas. Después busqué en la cocina la botella de leche reservada para Simenon. Bebí un buen sorbo, sentí que la acidez replegaba sus huestes y lentamente, calculando cada paso, fui a sentarme junto al escritorio.

—¿Puedes recordar tu nombre? —oí preguntar a Simenon.

—Heredia. ¿O debería llamarme Dantés?

—Heredia, siempre serás Heredia. Es el apellido que figura en tu partida de nacimiento y por el cual te conoce la gente. Además, ¿quién asegura que el pugilista sea tu padre?

—¿Por qué no? ¿O acaso esperabas que mi padre fuera banquero o un príncipe ruso perseguido por los bolcheviques? —dije de mala gana y luego de encender un cigarrillo que me supo a pasto seco, añadí—: Inventé decenas de padres mientras estuve internado. A veces se parecía a uno de los profesores y en otras ocasiones al carpintero que arreglaba los techos, o al cartero que por las mañanas traía la correspondencia del orfanato. Le ponía nombres e imaginaba que salía con ellos a pasear o a ver un partido de fútbol. Todos los muchachos del orfanato tenían fantasías similares. De vez en cuando uno de ellos era adoptado y ganaba un padre de carne y hueso. Eso nos daba envidia, pero también esperanzas.

—¿Qué piensas hacer respecto a Dantés?

—El cuaderno del ferretero contiene varias pistas a seguir.

—Ha transcurrido mucho tiempo desde entonces. Mejor preocúpate de Servilo.

—Puedo mascar chicle y escuchar música al mismo tiempo.

—No he pretendido subestimar tus facultades, pero...

—Necesito ir al mercado a tomar un caldillo que me reintegre a la vida.

—Aprovecha el viaje y trae pejerreyes. Hace meses que no pruebo pescado fresco. Jurel tipo salmón es todo lo que se encuentra en la alacena —agregó el gato, en el mismo instante que sonaba el teléfono ubicado encima del escritorio.

—¿Acabas de llegar o recién despertaste? —oí preguntar a Griseta desde el otro lado de la línea—. Es la cuarta llamada que hago a tu oficina.

—¿Controlas mis pasos o te preocupa mi salud?

—Ni lo uno ni lo otro. Intento concretar la ayuda que te ofrecí.

—Ven a verme y conversamos.

—Para lo que tengo que decir basta el teléfono. Me dieron la información que necesitábamos. Gabriel Servilo Meza cobra mensualmente su pensión en la oficina de pagos ubicada en la calle Santo Domingo, a pocas cuadras de tu departamento. Salvo que sea feriado, le corresponde ir a cobrar los días doce o trece de cada mes.

—Faltan dos días para la primera de esas fechas.

—Mi amiga averiguó que Servilo cobra sus pensiones en ese lugar desde el año 2000, y que los últimos tres meses lo ha hecho a través de un apoderado llamado Víctor Ledezma.

—¿Apoderado?

—Cuando un jubilado está enfermo o le cuesta moverse puede otorgar poder a otra persona para que le cobre la pensión. Habitualmente el apoderado es un familiar, aunque puede serlo cualquier persona de la confianza del anciano. Basta que firme el poder en una notaría o haga el trámite con una asistente social. Es común que los residentes de un hogar de ancianos otorguen poder al representante legal o al dueño del establecimiento. Es posible que el tal Ledezma trabaje en uno de los hogares en los que ha estado Servilo.

—Me explicaron esa situación hace algunos días. La pensión cubre el costo de la atención y estaba en el hogar.

—Y generalmente, después de eso los viejos se quedan sin un peso.

—¿Qué debemos hacer respecto a las fechas de pago asignadas a Servilo?

—Ir a la oficina. Mi amiga conversará con sus encargados. La idea es esperar a que aparezca Servilo o el apoderado registrado en el sistema de pago. Los cajeros estarán informados y cuando tu cliente o su apoderado requiera el pago, lo retendrán para que podamos conversar con alguno de ellos.

—Tienes todo bajo control.

—He aprendido dos o tres cosas desde que nos dejamos de ver.

—Pero hay otras que podría enseñarte.

—Ya aprendí lo necesario de ti, Heredia.

—Tengo trucos nuevos.

—Es importante la puntualidad —dijo Griseta sin seguir mi juego—. La oficina abre sus puertas a la ocho de la mañana.

—¿Me vas a acompañar?

—Alguien tiene que presentarte con los responsables de la oficina. ¿O prefieres que te acompañe tu amiga policía?

—No es mala idea.

—Ni lo pienses.

—¿Celosa?

—Fue mía la idea de ir a la oficina. No quiero que nadie me robe la gallina de los huevos de oro.

—¿Podemos vernos antes?

—Intento ayudarte en tu trabajo, Heredia. Nada más.

—Tus palabras no suenan muy convincentes.

Griseta reiteró la hora y día de nuestra cita, y sin más dio por terminada la conversación. Dejé el fono en su lugar y como un sonámbulo caminé por la oficina hasta recordar que antes de contestar la llamada tenía la intención de ir al mercado. Busqué mi chaqueta y dije adiós a Simenon. Una vez en la calle volví a sentir los efectos de la resaca. Me detuve en el quiosco de Anselmo y le pedí dos aspirinas.

—Ni aspirinas ni ocho cuartos, don —dijo el quiosquero—. Usted no está en edad de andar de farra ni yo de oficiar de guardaespaldas.

El caldillo de congrio provocó su efecto mágico y como Lázaro resucitado salí del Mercado Central dispuesto a encontrar las puntas de los cabos que deseaba unir. Tomé un bus y después de veinte minutos de tumbos y frenadas llegué a la oficina de Marcos Campbell. El despacho del periodista quedaba en la calle Diez de Julio, en los altos de una tienda de repuestos de automóviles. Campbell era una especie de archivo andante en el que se acumulaban antecedentes sobre los temas que publicaba en su revista. Como era habitual desde que recurría a su ayuda, lo encontré atareado frente a la pantalla de una computadora.

—¿Sigues redactando noticias que provocan insomnio a tus lectores? —le pregunté después de saludarlo—. Supongo que el trabajo te tiene agobiado. La farándula política, los crímenes y la corrupción dan tema para llenar cientos de carillas.

—Heredia, el último detective romántico que va quedando en esta parte del mundo —dijo Campbell, irónico, al tiempo que dejaba de escribir y se recostaba sobre el respaldo de su sillón—. ¿Qué vientos te traen a este humilde templo de la libre expresión?

—Parece que el negocio prospera —agregué sin atender a su pregunta y observando de reojo a la atractiva rubia que escribía junto a un escritorio distante algunos metros del que ocupaba Campbell.

—Esa bella criatura se llama Jessica. Acaba de egresar de una escuela de periodismo —dijo Campbell bajando el tono de su voz—. Es incapaz de redactar una noticia pero tiene un trasero digno de exposición. Cuando las musas me abandonan, le doy una mirada y las ideas fluyen a la velocidad del rayo. Ha sido un gran aporte para mi trabajo.

—Nada mejor que un buen paisaje para despertar la inspiración.

—Hay que aprovechar las oportunidades que brinda la vida. Total, mañana nos pasan la guadaña y se acaba el cuento. Dos líneas en las notas necrológicas y manjar para gusanos por unos días.

—El optimismo te brota por los poros, Campbell.

—No te burles y dime qué te trae por estos lados.

—Necesito que me ayudes.

—La última vez que lo hice anduve dos semanas tras los pasos de un sujeto y nunca supe si sirvió de algo.

—No reclames. Obtuviste una buena crónica sobre el asesinato del funcionario involucrado en un lío de malversación de fondos públicos —dije y luego de observar a la rubia que seguía machacando el teclado del computador, agregué—: En esta ocasión necesito ubicar a un boxeador.

—Si pretendes que siga a un pugilista por gimnasios o clubes de boxeo, olvídalo. No tengo ganas de acabar con el alma partida a trompadas.

—Quiero que escarbes en tu archivo de noticias deportivas. Buenaventura Dantés. ¿Te dice algo ese nombre?

—Nunca he oído hablar ni leído nada sobre él.

—Combatió a fines de la década del cincuenta y a comienzos de la siguiente.

—En esa época los pugilistas atraían público a los cuadriláteros, no como ahora que el deporte de los guapos está en sus últimos estertores. Una de las figuras era Humberto Loayza, un zurdo aguerrido que llegó a ser campeón de Chile. Era sobrino de Estanislao Loayza, el iquiqueño que pudo ser campeón mundial pero tuvo la mala suerte de fracturarse el tobillo mientras peleaba contra Jimmy Goodrich. También en esos años hizo noticia Alberto Reyes, un peleador que actuó con bastante éxito en Santiago, Buenos Aires y Ciudad de México.

—Deja de recitar los párrafos escogidos de tu enciclopedia. Dudo que Dantés figure en ella. Hasta donde sé, intervino en peleas de aficionados.

—Dame unos días para revisar mi archivo. Si eso no da resultados, entrevistaré a Hernán Ríos, un pugilista de Lanco que luego de una exitosa carrera de pugilista aficionado adiestró a varios peloduros sureños. Si alguna vez Dantés subió arriba de un cuadrilátero no me cabe duda que el maestro Ríos se acordará de él. El hombre tiene sus años pero la memoria no le falla a la hora de conversar de box y buenos mostos.

—Me interesa reconstruir los pasos de Dantés. Saber dónde y cuándo peleó, y si pertenecía a algún club. Y sobre todo, quiero saber si sigue con vida.

—¿Por qué tanto interés en ese boxeador desconocido?

—Dantés es el padre de un cliente algo quisquilloso —respondí.

—La primicia me pertenece si el asunto da para una buena crónica.

—De acuerdo, Campbell —dije y luego de indicar a la periodista que seguía afanada en su trabajo, pregunté—: Un día de estos la invitaré a contemplar la puesta del sol desde la ventana de mi dormitorio.

—Ni lo intentes, cabrón. ¿Me quieres dejar sin inspiración?

* * *

¿Tenía sentido explorar el pasado deportivo de Dantés? Me hice la pregunta una vez que estuve de regreso en la oficina y mientras hojeaba los viejos ejemplares de la revista *Estadio* que conservaba en uno de los estantes de mi caótica biblioteca. De revista en revista y de hoja en hoja iban apareciendo las rudas estampas de algunos boxeadores a los que nadie recordaba. Sus rostros impresos en color sepia me trasladaron a la época del orfanato, cuando aprovechaba las salidas a la calle para entrar con mis compañeros a la única librería del barrio. Ninguno podía comprar una revista, pero para satisfacer nuestra curiosidad teníamos la complicidad del dueño del baratillo, un anciano de mirada triste que nos dejaba ojear las revistas sin pedir nada a cambio. Cuando gané mis primeros pesos, compré algunas de esas revistas en las

librerías de la calle San Diego y de tarde en tarde las hojeaba tratando de recuperar la fascinación que me habían provocado en la infancia.

Pese a la seguridad de no encontrar en ellas ninguna referencia a Dantés, el simple hecho de pensar en esa posibilidad me llevó a recorrer las revistas con impaciencia.

Más tarde, dejé de lado las revistas y me dediqué a observar el barrio desde la ventana del departamento, hasta que unos golpes en la puerta me hicieron volver a la realidad y enfrentar el rostro sonriente de Doris Fabra.

—¿Estás solo? —preguntó apenas puso un pie dentro de la oficina.

—Me acompañan mis dudas y un turro de cuentas impagas.

—Pensaba encontrar a la telefonista del otro día.

—Griseta. Nombre de tango, sinónimo de percanta, papusa, bacana, milonguerita o polaca triste.

—No comprendo tu jerga, Heredia —dijo Doris y al tiempo que se sentaba sobre mi escritorio, preguntó—: ¿Es la mujer de la que me hablaste tiempo atrás?

—Sí, aunque no hay caso con las triquiñuelas de la vida. Hasta los ángeles envejecen y ella no es la excepción.

—¿Se quedó contigo la otra tarde?

—¿Celos o curiosidad?

—Deformación profesional.

—Conversamos un rato y luego ella se fue. Mi encanto ha perdido fuerza con los años.

—O sea que aún tengo esperanzas —dijo Doris dando unos pasos hasta quedar con sus labios muy próximos a los míos.

—¿A qué juegas?

—Si tuvieras que elegir entre las dos, ¿qué harías?

—Huir a la China —dije, apartándome de Doris.

—¿Te quedarías con Griseta? ¿Verdad?

—Dejemos los juegos y dime lo que has venido a contar.

Doris sonrió y ocupó algunos segundos en prender un cigarrillo.

—Gatica, el cuidador del asilo, sigue sin soltar la pepa. No se aparta una línea del libreto inicial.

—¿Eso es todo?

—Pensé que serviría de excusa para venir a verte y saber si estabas acompañado —respondió Doris.

El día anterior había estado en la oficina de pago sin que Servilo o su apoderado aparecieran a reclamar el dinero de la pensión. Había visto a los ancianos acercarse a paso lento hasta las cajas de pago y enseguida retirarse deprisa, temiendo ser víctima de los carteristas que merodeaban como cuervos a la caza de una lombriz. Al término del horario de atención, con las piernas entumidas y el ánimo destrozado, regresé a mi departamento sin ganas de hacer nada que no fuera descansar arrullado por la música de Sabina o Miles Davis.

Martes trece, gato negro, una escalera en el camino. No creía en supersticiones, pero algo dentro de mí me decía que iba a tener la misma suerte que el día anterior. Llegué a la oficina de pago antes de las ocho de la mañana y esta vez no me esperaba Griseta. Junto a la puerta de entrada había una larga fila de ancianos y ancianas que aguardaban el comienzo de la atención. Algunos conversaban con sus ocasionales acompañantes, pero la mayoría esperaba en silencio, mirando con insistencia hacia la puerta, como si con eso hubieran podido acortar los minutos o forzar la cerradura que los separaba del dinero. Los vendedores ambulantes alistaban sus mercaderías. Yervas, dulces, pomadas para el catarro y la artritis, calcetas y gorros de lana que algunos de los viejos comprarían luego de cobrar sus pensiones.

Finalmente abrieron la puerta y los ancianos se dirigieron a las cajas. Entré tras ellos y luego de saludar al encargado de la oficina me aposté cerca de las ventanillas de pago. Los cajeros estaban alertados respecto al nombre de Servilo y como si se hubieran puesto de acuerdo me dieron una rápida mirada burlona. Tal vez esperaban que el fracaso de la jornada anterior me hubiera hecho desistir de mi empeño o no terminaban de comprender las motivaciones que tenía para seguir en mi tarea de fisgón. Puse mi mejor cara de póquer y esperé a que los cajeros volvieran a sus ocupaciones para dar un rápido vistazo a las filas de ancianos que esperaban ser atendidos.

La jornada matinal transcurrió sin novedad. Al mediodía apareció Griseta y me hizo compañía hasta la hora que cerraron la oficina para que los cajeros tomaran su colación. Nos fuimos a almorzar a un boliche de comida peruana que atendía en los alrededores, junto a una tienda dedicada a la venta de juegos de azar. Griseta pidió unas causas y yo un seco de cordero que unté con una generosa cucharada de rocoto, tan picante y encendido como el aliento de Satanás.

—No sería extraño que Servilo cobre su pensión otro día —dijo Griseta una vez que nos sirvieron los platos.

—¿No son dos los días asignados para el cobro?

—Así es, pero ello no es obstáculo para que cobre cualquier otro día después de esas fechas. Lo siento, pero es algo de lo que recién me enteré hoy en la mañana. Por eso te vine a ver.

—¿Quieres decir que las esperas de ayer y de hoy pueden ser inútiles?

—No necesariamente. Sabemos que Servilo cobra su pensión en las fechas asignadas. Lo prudente es regresar a la oficina de pago y vigilar el resto de la tarde.

—Otro plantón de tres horas.

—Te puedo acompañar.

—¿Y tu trabajo?

—Va más avanzado de lo previsto y eso me permite ocupar la tarde en otras cosas.

* * *

Cuando regresamos a la oficina de pago había una nueva fila de ancianos esperando el inicio de la atención. Y al igual que en la mañana, apenas se abrieron las puertas del local los pensionados entraron a empujones hasta encontrar un sitio frente a las cajas.

—Podrían venir más tarde y evitarse las molestias —dijo Griseta—. Pero son porfiados e insisten en venir al comienzo de la atención. En algunos casos se trata de una enfermiza y tonta inseguridad. Temen que no alcance el dinero para ellos si llegan unos minutos más tarde.

—Yo también tendría miedo —dije al tiempo que observaba a una anciana que arrastraba penosamente sus pies en dirección a la salida—. Pobre y achacoso. No es buen negocio llegar a viejo.

—Hoy menos que nunca. Sin gran poder adquisitivo ni posibilidades de endeudarse, pasan a ser personas de tercera o cuarta categoría.

Pensaba comentar las palabras de Griseta cuando vi que uno de los cajeros me hacía una seña. Frente a él estaba un hombre moreno que vestía bluyines y campera de tela azul. Me acerqué a la caja y me abrí paso entre los viejos hasta quedar detrás del desconocido.

—El señor está autorizado para cobrar el beneficio del pensionado Gabriel Servilo —dijo el cajero con voz temblorosa.

El extraño se dio vuelta y me miró receloso. Debía tener unos treinta años, lucía una barba descuidada y un tic nervioso le hacía mover los párpados de manera insistente.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Cuál es el problema?

—Quiero conversar con usted —respondí.

El hombre miró a su alrededor y cuando vio acercarse a uno de los vigilantes de la oficina, simuló dar un paso hacia atrás y sin darme tiempo a reaccionar descargó un puñetazo en mi mentón. Trastabillé y mientras recobraba el equilibrio lo vi correr hacia la puerta. Salí tras él y alcancé a verlo avanzar por la calle Bandera en dirección a la Estación Mapocho. En otra ocasión me habría conformado con dejarlo desaparecer entre la gente, pero al ver que tropezaba y caía al suelo, avancé a su encuentro. Cuando estaba por llegar a su lado, Ledezma se puso de pie y rengueando

retomó su carrera en dirección a la Vega. Llené de aire mis pulmones y sin pensarlo dos veces continué tras él. Cruzamos el puente sobre el río Mapocho y confundidos entre la gente que compraba verduras y hortalizas nos internamos por un pasillo atestado de puestos en los que vendían utensilios de aluminio, sillas de paja, cacerolas de cobre y víveres.

Ledezma seguía cojeando y eso, más la dificultad de correr entre los clientes, me permitió acortar la distancia entre ambos. Cuando estaba por agarrarlo de un brazo, lo oí gritar simulando ser la víctima de un asalto. Una pierna inesperada se atravesó en mi camino y fui a dar al suelo con la gracia de un costal de camotes. Sentí el rigor de una patada sobre mis costillas y un puño lastimó mi oreja derecha. Cerré los ojos y el bullicio del mercado comenzó a disminuir. El dolor de una nueva patada fue lo último que experimenté antes de perder el conocimiento.

Al despertar seguía en el suelo. Un aroma de albahaca y berros me hizo recordar donde estaba. Abrí los ojos y reconocí a mi lado al vigilante de la oficina de pago.

—¿Cómo está? ¿Quiere que llame a una ambulancia? —le oí preguntar.

Sentí el sabor de la sangre en mi boca y noté la hinchazón que crecía en mi pómulo derecho.

—No es necesario.

El vigilante me tomó de un brazo y con algo de esfuerzo conseguí ponerme de pie.

—¿Vio al que puso la pierna en mi camino?

—Ni su sombra —respondió el vigilante—. Puedo acompañarlo a estampar la denuncia a Carabineros.

—Por ningún motivo. Pasaría el resto del día deletreando mi nombre a un cabo gordinflón y escaso de luces.

—Debe examinarlo un médico. Puede tener algo roto.

—Las ilusiones, seguramente. Pero no es culpa del matón. Déjeme en mi departamento y después vuelva a su trabajo.

* * *

Las fuerzas me alcanzaron para abrir la puerta, avanzar por el pasillo que conduce al dormitorio y dejarme caer sobre la cama. Abrazado a la almohada oí el ruido de la calle. Estaba harto de recibir golpes. Quería guarecerme bajo las sábanas, a solas con mis pequeñas esperanzas, como en la época que era niño y me negaba a despertar a la rutina de un nuevo día. Todo se había estropeado. Ledezma no volvería a cobrar la pensión de Servilo. Me sentía cansado y adolorido.

Llamé en voz baja a Simenon y al poco rato escuché sus pasos sobre la cama. Algo más tranquilo, me dormí.

En medio del sueño sentí que alguien entraba al dormitorio y se sentaba a mi lado. No podía abrir los ojos, pero sentía la caricia húmeda que avanzaba por mi

rostro y luego extendía su magia hacia mi pecho desnudo. La caricia se detuvo sobre mis costillas y la presión de unos dedos me obligó a recordar los golpes que había recibido en mi excursión a la Vega.

—¿Hasta cuándo vas a dejar que te maltraten? Tienes un feo machucón sobre las costillas —oí decir.

Griseta acarició mi frente y al contacto de su piel sentí que despertaba del sueño y que su presencia a mi lado era tan real como el temblor que recorría mi cuerpo o la luz que entraba desganada a través de la ventana del dormitorio.

—El guardia me puso al tanto de lo sucedido y Anselmo me ayudó a curar tus heridas.

—Como en los viejos tiempos. Despierto y te encuentro junto a mi cama. Desearía recibir palizas más a menudo.

—No digas tonterías —dijo Griseta, y al tiempo que acariciaba mis cabellos, agregó—. Estás lleno de canas y arrugas.

—El espécimen perfecto para tus estudios sobre la tercera edad.

—Apuesto a que tu amiga policía no piensa lo mismo.

—¿Quieres protagonizar una escena de celos?

—Puedo hacerte olvidar a esa mujer en menos de lo que canta un gallo.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—El brillo de tus ojos y las ganas de besarme que tienes —dijo Griseta rozando mis labios con los suyos.

La aprisioné en mis brazos y nos besamos. Después ella me besó en el cuello, acarició mi pecho y me siguió besando hasta llegar al punto donde persistía el dolor de los golpes. La aparté de mi lado y observé sus despeinados cabellos rojos. Griseta sonrió, comenzó a despojarse de su ropa y cuando estuvo desnuda se abrazó a mi cuerpo. Su cuerpo tibio me hizo olvidar el dolor.

—¿Qué pretendes? —le pregunté.

—Recuperar la ternura de antaño.

—Dicen que nunca son buenas las segundas partes.

El reloj parecía haber retrocedido sus manecillas y al igual que ocho o nueve años atrás, el amanecer nos sorprendió abrazados. A través de la ventana el sol mostraba su inagotable espectáculo de perlas y destellos. Griseta dormitaba y en el leve ir y venir de su respiración sentí palpitar la rebeldía de la muchacha que había entrado en mi vida con el entusiasmo de un ventarrón. Los golpes recibidos en el mercado apenas eran un recuerdo anecdótico y mientras observaba la espalda desnuda de Griseta me dije que desde ese instante no todas mis apuestas debía hacerlas a los lomos de un matungo acostumbrado al rigor del látigo. Si Griseta continuaba a mi lado la fortuna seguiría brillando como una luna al alcance de la mano. Era cuestión de persistir en el empeño y mantener los sentidos alertas, a semejanza del faro que en medio de la noche se empecina en vencer a la oscuridad.

Tomé del velador mi cajetilla de cigarrillos y encendí uno. Mientras el humo del tabaco iniciaba sus piruetas de mariposa recordé una canción de Ismael Serrano: «*El amor es difícil y extraño en estos tiempos*». Acaricié los cabellos de Griseta. Me dije que no le formularía exigencias al futuro y dejaría que todo lo nuestro tuviera la calma de una pluma flotando en el aire.

—¿Qué piensas? —escuché preguntar a Griseta, al tiempo que ponía una de sus manos sobre mi pecho.

—En caballos que galopan a la velocidad del viento.

—¿Te encuentras bien?

—Muchas veces soñé con un amanecer como el de hoy.

—No saques cuentas erradas, Heredia.

—Mientras desayunamos me hablarás de tu trabajo. Volverás a tus cosas y yo a las mías. A mediodía me acordaré de la noche que vivimos y tal vez reciba tu llamada telefónica para decirme que estás bien y me extrañas.

—Una noche a tu lado no borra mis dudas.

—¿Café o té? —pregunté sin querer prolongar el diálogo que nos obligaría a recordar antiguas despedidas—. Tienes suerte. Con Anselmo apostamos a una yegua llamada *Cuchita Chiquita*. Dio treinta pesos a ganador. Anselmo dejó en el refrigerador algunos huevos, naranjas y un buen trozo de queso.

* * *

Griseta se despidió poco antes de las diez. Sonrió, abrió la puerta del departamento y avanzó en dirección al ascensor. Bebí una segunda taza de café y me di una ducha que terminó de borrar las huellas de la golpiza. Más tarde, puse una cinta de León Gieco en el equipo de música y me senté junto a mi escritorio a escribir el resumen del caso Servilo. Al correr del bolígrafo pensé en las cosas que debía

hacer para dar con el paradero del anciano. No dejé de escribir hasta que pasado el mediodía llegó Campbell. En una de sus manos traía una botella de vino, y en la otra un pollo asado envuelto en varias capas de papel mantequilla.

—Te he dicho que las letras no van contigo —dijo al ver las cuartillas desparramadas sobre el escritorio—. Calíope y Erato jamás se acostarán en tu lecho. Zeus no lo vería con buenos ojos. Zapatero a tus zapatos, Heredia. Deja que el Escriba con el que bebes en el bar City siga quemándose las pestañas con tus aventuras de capa y espada.

—Mis garrapatos carecen de pretensiones literarias. Me sirven para ordenar las ideas y buscar la siempre esquiva quinta pata del gato.

—¿Cómo va tu trabajo?

—Los viejos de los que te hablé el otro día continúan en calidad de fantasmas.

—Sombras de fantasmas para ser más exactos —dijo Campbell al tiempo que comenzaba a descorchar la botella con el cortaplumas Victorinox que sacó de su chaqueta—. Investigué a Buenaventura Dantés y descubrí que lo mencionan en diarios publicados a mediados de los años cincuenta. En tres artículos referidos a los resultados de veladas entre clubes de pugilistas aficionados. Dantés peleaba en la categoría semipesado. Derrotó al tercer round a un púgil ovalino de apellido Sepúlveda, perdió por puntos con el «Natalino» Vera y fue noqueado por un tal Navarro, peloduro proveniente de Reumén, un pueblo del sur de Chile.

—A la luz de esos resultados, no le iba muy bien.

—¿Qué quieres? Estamos hablando de un boxeador que no llegó muy lejos dentro de los cuadriláteros. Encontré una cuarta mención en un diario regional. Nuestro púgil combatió el año 1955, en Talca, contra un uruguayo de apellido Delgado al que noqueó en el séptimo asalto. La noticia no aparece en las páginas deportivas. El combate es mencionado en una columna de opinión donde se cuestiona al boxeo como deporte. Del comentario se desprende que el rival de Dantés no terminó la pelea en las mejores condiciones y debió ser internado grave en el hospital.

—Temo que eso no me ayude a dar con su paradero.

—Al menos tenemos la certeza de que Dantés existió. De seguir con vida debe estar bordeando los ochenta años —dijo Campbell luego de llenar dos vasos con vino—. También hablé con el maestro Hernán Ríos, y al contrario de lo que supuse, no pudo decirme nada acerca de Dantés. Pero me recomendó hablar con un viejo entrenador llamado Avelino Cancino. Deberías hablar con él, Heredia. Vive con su hija menor y atiende una pequeña botillería de su propiedad.

—Seguiré tu consejo. Nada se pierde con visitar al señor Cancino.

—No me has dicho por qué te interesa tanto ubicar a Dantés. ¿Qué tiene él de especial? ¿Por qué tanto misterio?

Campbell se fue después de compartir el pollo y dormir una siesta bajo la mirada molesta de Simenon, que no soportaba a los intrusos que osaban invadir su territorio demarcado durante años de recorridos entre una y otra pieza del departamento. Al final de la tarde, mientras escuchaba o imaginaba escuchar la transmisión radial de un partido de fútbol entre Magallanes y River Plate, apareció Anselmo. Venía agitado, como si hubiera acabado de descubrir la marmita de oro al final del arco iris o acabara de verificar que tenía el cartón premiado del Kino. Vestía un grueso chaquetón de cuero y cubría su calva con un calañés negro. Sacó dos galletas desde uno de los bolsillos del chaquetón y las arrojó al suelo, cerca de las golosas garras de Simenon.

—Desde la golpiza que no sale del departamento, don. Vengo a buscarlo para que vayamos a dar una vuelta —dijo—. Le hace mal estar solo y tomar tanto caldo de cabeza.

—No tengo ganas de estirar las piernas. Además, Magallanes le va ganando tres a cero a River Plate.

—Se le está secando el seso, don. Magallanes nunca le ha ganado a River Plate, y es más, hasta donde recuerdo, son dos equipos que jamás se han enfrentado en una cancha —agregó Anselmo sin detenerse a considerar mis rezongos—. Propongo un itinerario tentador. Pasamos al Teletrak a jugar un dato que me dieron y luego vamos a una picada que estoy seguro le interesará conocer.

—¿Por qué habría de interesarme en dar ese paseo? ¿Qué traes bajo el poncho?

—En el camino al Teletrak le cuento la firme.

—Habla o no doy ni medio paso fuera del departamento.

—Nos vamos a perder la carrera, don.

—Quiero oír tu cuento, Anselmo. Breve y clarito.

—A usted no le gana nadie en lo porfiado —dijo Anselmo—. La verdad es que no me gustó la paliza que le dieron, don. No es posible, me dije, que a un cristiano le sacudan el lomo y nadie vea nada o no sepa el nombre del responsable, cuando es seguro que el fulano pertenece al lugar donde se produjo el atropello. Me fui a la Vega y conversé con alguna gente conocida. Al principio ubiqué a tipos que se hicieron los lesos y respondieron con evasivas. Pero el que busca siempre encuentra o se aprisiona los dedos por metete. Di con Marina, una mina con la que tuve mis enredos amorosos en el tiempo que yo era jinete y ella copetinera en un quilombo de la calle Independencia. La pobre está vieja y fea, pero sigue cariñosa con sus amigotes. Con sus ahorros instaló un puesto donde vende artesanías de mimbre y cobre. Da la casualidad de que su puesto está ubicado en la misma galería donde a usted le sacaron la cresta.

—Tu amiga conoce a Ledezma —dije, impaciente.

—Ubica al tipo que se interpuso en su camino y luego lo agarró a patadas. Es un

gil de fama en la Vega y sus alrededores. Bedoya se apellida y según mi amiga se deja ver en un restaurante ubicado a la entrada de la calle Recoleta. Ahí se junta a diario con tres o cuatro patines a las que cafichea.

—¿Cómo se llama el restaurante?

—*El Viñatero*.

—Acepto tu propuesta de salir a estirar las piernas —dije a Anselmo, dirigiéndome hacia la puerta de la oficina—. ¡Vamos al restaurante!

—Chante la moto, don. Primero hay que hacer un aro en el Teletrak. Tenemos tiempo de sobra para jugar en las últimas carreras del programa y luego ir al boliche.

—No hay ninguna seguridad de que Bedoya siga siempre la misma rutina.

—¿Con quién cree que está hablando? Anoche fui a tomar una cerveza al restaurante y conversé con uno de los mozos. Bedoya será un patán, pero cumple su horario. Lo comprobé con mis propios ojos.

—¿Viste a Bedoya?

—Tan bien y casi tan cerca como lo veo a usted, don...

—Nunca dejas de sorprenderme, Anselmo.

—Muchas veces he pensado en vender el quiosco y asociarme a su negocio. Y mientras me decido, aprendo y practico.

* * *

—¿Cómo se llama el caballo al que debemos apostar? —pregunté a mi amigo cuando entramos a la oficina de apuestas ubicada en la calle Bandera, a pocos pasos de mi oficina.

—*Spilliane* —respondió Anselmo—. Corre en una competencia de mil doscientos metros para caballos de tres años, índice diez al seis. Parte desde el cajón dos, cerca de los palos.

Miré la pantalla en la que aparecían los dividendos de los caballos y sentí un fugaz escalofrío en la espalda. *Spilliane* pagaba cuarenta veces lo apostado y en sus tres últimas actuaciones había llegado en el décimo lugar.

—Tiene tanta opción como la novia de Frankenstein en el concurso Miss Universo —comenté a Anselmo.

—Los caballos inscritos en la carrera son del montón o no han llegado a correr como se espera de ellos. *Spilliane* está a punto. Conversé con su preparador. Me aseguró que lo tiene como avión y que hoy es la oportunidad de sacarlo de perdedor con un buen dividendo. ¿Se anima a jugarle un par de lucas?

—¿Por qué no? Hay quienes aseguran haber visto muertos cargando adobes.

Pasé cuatro monedas de quinientos pesos a mi amigo y me senté en una de las sillas ubicadas frente a tres grandes pantallas de televisión. El aspecto de los apostadores era el de una tropa de menesterosos. En su mayoría eran viejos que leían con esfuerzo las indicaciones del programa mientras conversaban acerca de las

posibilidades de uno u otro caballo. No había que ser adivino para saber que sus apuestas eran insignificantes y que volverían a sus casas sin un veinte en los bolsillos. En un rincón de la sucursal había una niña que vendía cigarrillos. Tosía insistentemente y no parecía irle muy bien en su negocio.

Anselmo llegó a mi lado cuando el relator de la carrera anunciaba que los caballos se acercaban al partidor.

Me mostró los boletos de nuestras apuestas y les dio un beso antes de guardarlos en el chaquetón.

—El beso nunca falla —comentó.

—Puedes cruzar los dedos o hacer una manda a Santa Filomena. Cada jugador tiene al menos una decena de cabalas a las que recurre antes de las carreras.

—¿Y usted no tiene ninguna?

—Enciendo un cigarrillo cuando los caballos están a punto de largar.

Los caballos salieron del partidor y en grupo compacto recorrieron los primeros cincuenta metros. Tomó la punta el tordillo *Don Gaspar* y hasta entrar a tierra derecha se mantuvo en esa ubicación, alentando las esperanzas de quienes habían confiado en la velocidad de sus cuatro patas. *Spilliane* corría en medio del lote y cuando los caballos estaban a doscientos metros de la meta el locutor lo nombró por primera vez. Avanzaba por el lado de los palos dejando atrás a sus rivales. Mis músculos se tensaron como cada vez que observaba una carrera en la que estaba comprometida mi intuición o mis escuálidas monedas. Di una calada al cigarrillo que había encendido y en voz baja menté el nombre de mi caballo. El final de la prueba fue confuso. Seis o siete caballos llegaron en pelotón a la meta y nadie en su sano juicio estaba en condiciones de sentenciar el resultado. A mi lado se entremezclaban los gritos de los jugadores que habían apostado a los caballos que discutían la victoria. En las imágenes que comenzaban a repetir en las pantallas creí ver destacados los colores de *Spilliane*. Miré de reojo a Anselmo y vi en su rostro una huella jubilosa.

—Ganamos, don. Con lo justo, pero ganamos —le oí decir.

Cerré los ojos y en la íntima penumbra que me rodeó escuché la risa del azar.

* * *

El restaurante tenía dos salones. Uno interior que funcionaba como reservado y otro más pequeño, que se prolongaba hacia los toldos de lona instalados al borde de la vereda. En el segundo salón había una docena de mesas con cubierta de acrílico y una larga barra de madera sobre la que destacaba una fuente de cerveza enlozada. La mitad de las mesas estaban ocupadas por parroquianos que comían algunos de los platos anunciados en la pizarra colgada a un costado de la puerta. Un mozo se acercó a nuestra mesa y nos leyó la carta del restaurante. Pedimos una chorrillana y nos dispusimos a comer mientras esperábamos la llegada de Bedoya.

La comida transcurrió sin sobresaltos hasta que poco antes de la medianoche Anselmo indicó a tres mujeres que entraron al restaurante y saludaron con familiaridad al mozo que dispuso de inmediato una mesa para ellas. Eran jóvenes, lucían sus cabellos teñidos de rubio y vestían ropas sensualmente ajustadas a sus cuerpos.

—Las alegres comadres de Bedoya —dijo Anselmo en voz baja—. Son puntuales. Ahora falta que llegue el cafiolo.

—Espero que el hombre tenga ánimo de conversar.

Palpé la pistola que portaba en el bolsillo derecho de la chaqueta y enseguida encendí un cigarrillo. Serví en mi vaso el vino que sobrevivía en la botella que habíamos pedido para acompañar la comida. Anselmo alzó su copa. El vino había encendido sus mejillas y su calva parecía más brillante que unas horas atrás.

—Hablando de Roma, el burro se asoma —dijo Anselmo mirando hacia la entrada del restaurante.

Bedoya era alto y grueso. Vestía un terno que le quedaba estrecho y pese al frío de la noche llevaba la camisa abierta, dejando a la vista su pecho velludo. Su rostro lucía una barba de varios días y había algo en su mirada que hacía pensar en un arisco perro de callejón. Se acercó a la mesa de las mujeres y sin saludarlas se sentó junto a ellas. Las mujeres guardaron silencio y el matón llamó a uno de los mozos y le pidió una piscóla. Dejé pasar unos minutos y cuando Bedoya hubo probado su bebida me puse de pie dispuesto a ir a su encuentro.

—Quédate cerca de la puerta y no intervengas —dije a Anselmo.

Mientras caminaba hacia Bedoya saqué la pistola del bolsillo y me la puse en el cinturón. Una de las mujeres alertó al matón de mi presencia. Bedoya miró de reojo y me reconoció. Se puso de pie, empujó su silla hacia atrás y antes que alcanzara a decirle nada, dio un paso hacia delante y descargó su puño derecho sobre mi rostro. Mis reflejos funcionaron tarde y mal. Recibí el golpe y sin poder evitarlo fui a dar contra la mesa ocupada por una pareja. Bedoya no se detuvo a preguntar por el estado de mi salud. Dio media vuelta y a la carrera buscó la salida del restaurante. Sin embargo, no llegó muy lejos. Al querer cruzar el umbral de la puerta su humanidad apresurada tropezó con una de las piernas de Anselmo. Perdió el equilibrio y su rostro terminó azotado en el suelo. Decidí hacer mi aporte a la fiesta y sin esperar una invitación especial, fui al encuentro de Bedoya. El matón intentaba pararse cuando recibí mi patada en el vientre. El dolor le hizo cerrar los ojos y al reabrirlos encontró una pistola apuntándole a cinco centímetros de la nariz.

—Más te vale quedarte quieto, Bedoya —le dije.

El matón se arrodilló y luego, vigilado por el nervioso caño de mi pistola, se puso de pie. Lo empujé hacia la calle e hice una seña a las prostitutas para que se quedaran donde estaban. La oscuridad cubrió nuestros pasos y lo obligué a caminar hacia un callejón. Le ordené detenerse frente a un muro de ladrillos y sin darle tiempo a decir nada, incrusté la pistola en su yugular.

—Responde unas preguntas y te dejo volver al regazo de tus muñecas —le dije—. ¿Por qué ayudaste a Víctor Ledezma?

—¿Quién es Ledezma? —preguntó el matón.

—No me hagas perder el tiempo. ¿Por qué lo ayudaste?

—Nos conocemos desde hace algún tiempo y los amigos están para ayudarse.

—¿Qué sabes de sus negocios con ancianos?

—Ni idea.

Presioné la pistola y en el rostro del matón se destacó una mueca de dolor.

—Administra un asilo de ancianos —dijo—. Eso no es ilegal.

—¿Qué más?

—A veces me pide que le ayude en algunos trabajos.

—¿Qué clase de trabajos?

—Apretar las clavijas a los gallos que no quieren pagar las cuentas.

—¿Familiares de los ancianos residentes en el hogar?

—Supongo que sí. Nunca me da explicaciones ni yo se las pido.

—Eres un rudo y obediente perro de presa.

—Cuando me pagan no hago preguntas.

—¿Tuviste algo que ver con el asalto a Palermo, el cantante?

—¿Qué cantante? No sé de qué me habla.

—Conocerás el infierno si descubro que lastimaste a Palermo —dije, presionando la pistola contra su piel—. ¿Dónde ubico a tu amigo?

—No lo sé. Desconozco donde vive.

Enterré una de mis rodillas entre sus piernas y el matón lanzó un gemido que fue apagado por el paso de un vehículo.

—¿Dónde lo ubico?

—Cuando Ledezma necesita algo me ubica en *El Viñatero*. Solo una vez me citó a su oficina, en el Paseo Ahumada.

—Más precisión, muchacho. El Paseo Ahumada es bastante extenso.

—La oficina queda al llegar a la calle Compañía. En los bajos del edificio hay un local de Falabella.

—¿Piso y número de la oficina?

—No lo recuerdo. Pregunté por él a los tipos que vigilan la entrada al edificio.

—¿Dónde queda el hogar de ancianos de Ledezma?

—Nunca he estado en ese lugar.

—Espero que estés diciendo la verdad —dije y aflojé la presión de mi pistola. Bedoya respiró aliviado, pero la tranquilidad le duró menos que la chispa de un fósforo. Volví a golpearlo en el bajo vientre. El matón se fue de bruces y cuando me disponía a rematarlo con un puntapié sentí las manos de Anselmo sobre mis hombros.

—Suficiente, don. No se manche las manos con esa bosta.

Obedecí de mala gana y guardé la pistola.

—Vamos en busca de una copa, don. La noche es joven y tenemos el dinero que

nos regaló *Spilliane*.

Desperté con los golpes insistentes que alguien daba en la puerta del departamento. Pensé que eran parte de la pesadilla que agitaba mi sueño. Gritos, carrerones nocturnos, un abismo de grandes fauces abierto a mis pies. Anselmo y yo habíamos prolongado la noche y mi regreso al departamento había sido al amparo de las primeras luces de la madrugada. Los golpes se repitieron. Me levanté de mala gana, vestí mi albornoz y fui a abrir la puerta.

Doris Fabra llevaba una vistosa blusa azul que hacía juego con sus ojos. Observó mi semblante por un segundo y luego extendió su mirada hacia el interior de la oficina. Arriscó la nariz y sin mucho entusiasmo avanzó hasta llegar junto al escritorio que lucía desordenado por los recortes y fotocopias que Campbell había dejado sobre la cubierta.

—Deberías abrir las ventanas y agitar un plumero.

—¿No es un poco temprano para venir a dar consejos hogareños?

—Consulta tu reloj. Hace rato que el mediodía quedó atrás.

—Con razón dicen que el tiempo vuela.

—Tu cara también necesita un plumero.

—¿Has venido a levantarme el ánimo o te trasladaron a la oficina de relaciones públicas?

—Gatica confesó. No fue fácil, pero finalmente decidió aflojar la lengua y decirnos un par de verdades —dijo Doris mientras encendía un cigarrillo—. Hace tres semanas el hogar de ancianos fue desalojado con mucha prisa. Trasladaron a los residentes a un lugar que él desconoce. Lo mismo hicieron con los muebles. Que encontráramos a Gatica en la casa fue casualidad. Recibió instrucciones de abandonar el lugar, pero como es un saco de peras que no tiene donde caerse muerto decidió prolongar la estadía hasta que consiguiera arrendar una pieza. Buena suerte para nosotros y mala para él. Por otra parte, ubicamos al propietario de la casa, y hasta el día de hoy no ha sido notificado de la entrega. Su sorpresa fue tan grande como el enojo.

—¿Qué está ocultando el administrador o dueño del hogar?

—Supongo que a los ancianos que vivían ilegalmente. Según Gatica les daban un trato de bestias. Desaseados, encerrados en sus cuartos, enfermos y mal alimentados. Cuesta imaginar lo que era pasar una semana en esa casa.

—¿Quién le daba las órdenes a Gatica?

—Aurelio Ledezma. ¿Te dice algo ese nombre?

Me acerqué a la ventana y observé durante un instante el movimiento de la calle.

—¿Qué ocultas, Heredia? —preguntó Doris, acercándose a mi lado.

—Parece que por distintos caminos hemos llegado al mismo lugar. Fui a la oficina donde Servilo Meza cobra mensualmente su pensión —dije y luego de ponerla al tanto de la aparición del apoderado y mis posteriores encuentros con

Bedoya, agregué—: Los únicos que no calzan son los nombres. Mencionaste a un tal Aurelio, y el Ledezma que yo encontré se llama Víctor.

—Pueden ser hermanos, o padre e hijo.

—O el mismo sujeto con dos nombres.

—Como sea, no sabemos dónde encontrar al o los Ledezma —dijo Doris—. ¿O me equivoco?

—Bedoya mencionó una oficina en el Paseo Ahumada.

* * *

El paseo parecía cubierto por una ola humana que arrastraba a su paso a los limosneros, predicadores, lustrabotas y vendedores que se ganaban la vida en los bordes de la ciudad. Las casas comerciales promovían sus liquidaciones y la gente transitaba nerviosa y agresiva, como si el límite de su existencia fuera una cosa de horas y nada más.

—Debiste llamar antes del encuentro con Bedoya —dijo Doris—. Lo tendría en el cuartel, reducido y cantando en todos los tonos posibles. Nunca aprenderás. Tu manía de actuar en solitario no tiene remedio ni justificación.

—Puedes ir a dar una vuelta por *El Viñatero*. No me extrañaría que Bedoya regrese al restaurante una vez que se sienta seguro. No puede dejar botado su negocio de la noche a la mañana.

—No te quepa ninguna duda que lo haré, y si no aparece en el restaurante, no dejaré piedra por levantar hasta dar con él.

El edificio donde estaba ubicada la supuesta oficina de Ledezma tenía una entrada de mármol reluciente y a un costado de los ascensores que conducían a los pisos superiores había un mesón de recepción atendido por dos hombres vestidos de traje gris y corbata. Uno era bajo y flaco, y el otro, alto y encorvado. Doris mostró su placa de policía y los recepcionistas se miraron entre sí, temerosos.

—Buscamos la oficina del señor Víctor Ledezma —dijo Doris.

—Sexto piso, oficina 670 —dijo el recepcionista más bajo.

—No hay nadie en esa oficina —añadió el hombre alto—. La desocuparon hace dos días.

—No estaba informado de eso —agregó el bajo, disculpándose.

—Fue algo repentino —complementó el larguirucho—. El señor Ledezma dio aviso en la administración y con la ayuda de unos hombres se llevó sus cosas.

—De todos modos nos gustaría dar un vistazo —dije.

—Ningún problema —respondió el hombre flaco—. Voy a buscar las llaves al despacho del administrador y los alcanzo en la oficina.

Doris indicó el ascensor que acababa de abrir sus puertas y sin decir nada más a los recepcionistas, lo abordamos. El elevador era conducido por un hombre de cabellos blancos que nos preguntó el piso al que deseábamos subir.

—Sexto —le respondí.

—En este lugar investigué el asesinato de un abogado. Las responsables fueron dos prostitutas con las cuales el abogado transaba ilegalmente joyas de oro —dijo Doris.

—Oficina 809 —acotó el ascensorista—. Nunca olvidaré ese número. Encontraron al abogado muerto el día que empecé a trabajar en este edificio.

—El mundo es un pañuelo —dije sin interés en la anécdota.

—Vamos a la oficina 670 —dijo Doris al hombre de los cabellos grises.

—¿Quieren arrendar una oficina? Les recomiendo que miren la oficina 910. Está libre y es más amplia que la desocupada por los señores Ledezma.

—¿Por qué habla de los señores Ledezma? —pregunté.

—Don Aurelio y don Víctor. Tío y sobrino.

—¿Está seguro de lo que nos dice? —le preguntó Doris.

—Paso en este ascensor ocho horas al día. Conozco a todos los arrendatarios y propietarios —dijo el hombre en el instante que se detenía el ascensor.

* * *

La inspección de la oficina no dio ningún resultado positivo. Encontramos un escritorio vacío y dos sillas de madera. A un costado del escritorio había un papelerero atestado de hojas y restos de diarios. Doris revisó el contenido del papelerero y no encontró nada que llamara su atención. Mientras ella hacía su trabajo, entré al baño y busqué algo de interés dentro del botiquín que colgaba en uno de los muros. Vi una máquina de afeitar desechable y una tira de aspirinas. Guardé los analgésicos en mi chaqueta y di una rápida mirada al resto del baño. Nada, no había nada que justificara seguir en el lugar. Abrí la puerta para salir, y al mirar casualmente bajo el lavamanos vi una carterita de fósforos amuñada. La recogí y guardé junto a las aspirinas.

—¿Encontraste algo? —preguntó Doris al verme salir del baño.

—Aspirinas para combatir la resaca y unos fósforos con propaganda del cabaré *Amapola*.

—¿Conoces ese lugar?

—Chicas lindas y buenos tragos. Atiende día y noche. Lo único malo es que hay que entrar con un saco de billetes.

—No hay nada más que ver en esta oficina —dijo Doris—. Al menos aclaramos el asunto de los dos Ledezma.

—Peor es nada.

—¿Cómo seguimos con la pesquisa?

—Deberíamos visitar el cabaré.

—Enviaré a mis hombres a investigar en ese lugar. No quiero verte husmeando en los bikinis de las bailarinas.

—Descuida, no es mi intención entorpecer tu trabajo. Ocuparé el resto del día en

dormir y hablar de viejos pugilistas.

Si llegué hasta este punto no me queda más que continuar, me dije sin dar pie al arrepentimiento que horadaba mi entusiasmo para seguir con lo que me había propuesto al abandonar la oficina, después de dormir la siesta y dar de comer a Simenon. Llevaba diez minutos frente a la casa que tenía dibujada en su fachada una enorme y burbujeante botella de champagne.

Arrojé el cigarrillo sobre la tierra reseca y avancé hacia la botillería *Bolo Punch*. El nombre remitía inequívocamente a Cancino, el anciano pugilista mencionado por Marcos Campbell. Bolo punch, golpe patentado por Sugar Ray Robinson y años después empleado con mayor espectacularidad por Muhammad Alí y Sugar Ray Leonard. La botillería estaba mal iluminada y en su interior imperaba un olor avinagrado. Acodado en un roñoso mesón de madera se encontraba un anciano calvo. Tras su espalda, en una modesta galería de la gloria, colgaban los retratos de Godfrey Stevens y Arturo Godoy. Los dos lucían con sus puños a la altura del pecho, en actitud defensiva.

—Bonito homenaje —dije a Cancino, indicando las fotografías.

—A los dos los vi pelear. A Godoy con Joe Louis, primero en el biógrafo y luego en una pelea en el Estadio Nacional, el año 1947. Pelearon a seis asaltos y no parecía combate de exhibición. Se pegaron tanto como en sus dos peleas por el título mundial, realizadas siete años antes de la exhibición que menciono. También lo vi ganar el título sudamericano frente a Alberto Lowell, en febrero de 1943.

—Gran memoria la suya, señor Cancino.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó el anciano, receloso.

—Me lo dio un amigo periodista. Me dijo que si quería aprender de boxeo debía venir a conversar con usted —respondí, y Cancino no pudo evitar una sonrisa de satisfacción.

—No crea todo lo que dicen. Cuando joven hice algunos combates y luego me dediqué a entrenar. Me di cuenta que no estaba para grandes cosas y que era mejor retirarse a tiempo para no terminar con los sesos convertidos en puré.

Y aquí me tiene, con mis ochenta y cuatro años bien vividos.

—Acompañado de sus buenos mostos.

—Para mirarlos de lejos, porque nunca fui bueno para el trago —dijo el viejo mirando las botellas que lo rodeaban—. Si tengo este bolichito es debido a mi padre. Lo heredé de él y hasta ahora se ha portado bien.

—Imagino que usted ha conocido a muchos pugilistas.

—Buenos y malos. Lástima que actualmente el boxeo está con un pie en el hospital y el otro en la huesera. Stevens fue el último de nuestros grandes boxeadores. Nunca tuvo gran pegada, pero costaba meterle una mano. Tenía nervios de acero y grandes reflejos. Por televisión vi su pelea por el título mundial contra el japonés Shozo Saijyo. El nipón le ganó en buena lid, pero Stevens le hizo empeño y eso al fin

de cuentas vale tanto como ganar. Antes de eso, en el Teatro Caupolicán, presencié sus combates contra Bobby Valdés y Kid Pascualito.

—Bien dicen algunos que todo tiempo pasado fue mejor.

—Lo fue en lo que se refiere a nuestro boxeo —comentó Cancino y luego de una pausa, agregó—: No me ha dicho para qué ha venido a conversar conmigo.

—Realizo una investigación periodística sobre antiguos pugilistas y necesito información sobre un púgil llamado Buenaventura Dantés. Peleó en la década de los años cincuenta.

—Dantés —dijo Cancino mientras se rascaba la cabeza y parecía suspender sus pensamientos en algún punto remoto de sus recuerdos—. No es un apellido común. Cuando muchacho, en el gimnasio de un club del barrio Independencia donde iba a entrenar, conocí a un púgil con ese nombre. No sé si sea el hombre que usted busca. Le decíamos «El ferretero Dantés» porque trabajaba en una ferretería del barrio. Lo vi pelear muchas veces y durante una época hicimos buenas migas. Mostraba fuerza y entusiasmo arriba del ring. La mejor pelea que le vi fue contra un panameño que trabajaba de cargador en el Matadero Franklin. Aguantó los mamporros del negro durante cuatro asaltos y cuando nadie daba dos chauchas por él, aplicó una combinación de golpes y lo tumbó.

—Hábleme un poco más de él. Lo que recuerde.

—Dantés era un tipo tranquilo fuera del ring. Era de pocas palabras y se llevaba bien con los demás pugilistas del club. En sus ratos de ocio le gustaba leer novelas de vaqueros o meterse a un cine. Lo único que puedo decir en su contra es que le gustaba demasiado el tinto. Más de una vez peleó con el gorila al hombro. Aunque reconozco que después cambió. Se enamoró de una muchacha que lo iba a ver a los entrenamientos. La recuerdo porque en esa época no era común que las mujeres fueran a los gimnasios y además, ella llamaba la atención. Era morena, delgada, de lindos ojos. Los muchachos tapaban a tallas al ferretero cada vez que la mujer iba al gimnasio.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Dantés?

—Es difícil decir una fecha exacta. Recuerdo que deseaba sentar cabeza y casarse con la muchacha. Se convirtió en vendedor viajero de la ferretería donde trabajaba. Comenzó a ir al sur y al parecer le iba bien. De eso puedo dar fe, porque él mismo me lo contó una vez que nos encontramos en la calle. En esa oportunidad me llamó la atención que se mantenía en forma y parecía contento. Después de ese encuentro casual, no lo vi más.

—¿Peleó en el sur?

—Me lo contó su enamorada una vez que fue a verme al club. Parecía otra mujer, avejentada y flaca. Tal vez estaba enferma o comía poco. Llevaba a la rastra a un mocoso de cuatro o cinco años. Me preguntó por Dantés y me contó que ella estaba cesante. Le di unos pesos y al niño le regalé una foto en la que aparecía Chaplin junto a un negro vestido de boxeador. Al mocoso le hizo gracia la foto pegada en una de las

paredes del gimnasio.

La mención de la foto tuvo el efecto de un gancho al hígado. Durante muchos años me había servido de compañía en el orfanato. La guardaba dentro del libro de Jack London que me regaló el Padre Brown para una Navidad.

Después la perdí o quizás todavía estaba entre los libros de mi biblioteca.

—Mi hipótesis es que Dantés dejó abandonada a la muchacha y que el niño que andaba con ella era hijo del ferretero —agregó Cancino—. Debió encontrar otro árbol al cual arrimarse y se quedó en el sur. No sé de qué trata su investigación, pero estoy seguro de que Dantés fue un pugilista que no hizo historia. En el boxeo, como en la vida, no basta el entusiasmo. Hay que tener talento y trabajar duro.

—Me interesa ubicarlo y conversar con él.

—En eso no le puedo ayudar, amigo. Ignoro dónde vive, si es que aún no se ha ido al patio de los callados. Pero, si quiere escribir de buenos boxeadores del pasado podemos conversar de Vicentini o Rendic. Esos si que tenían clase.

—En otra ocasión, señor Cancino. Cuando venga a comprar alguno de sus mostos.

—Suelen traerme un pipeño del sur que está de chuparse los bigotes. En estos momentos no me queda ni una gota, pero la próxima semana tendré una nueva partida de damajuanas —dijo el comerciante, y luego mirar las estanterías del negocio, agregó—: De estar en su pellejo, iría a dar una vuelta a Curepto.

—¿Curepto?

—Lo último que supe de Dantés fue que hizo sus últimas peleas en Curepto. Me lo dijo un conocido de ambos que lo vio durante un viaje a ese pueblo.

—¿Recuerda el nombre de esa persona?

—El «Chato» Mena. Un pugilista del club que murió a fines de los años ochenta.

La oscuridad caía lentamente sobre Santiago cuando me encaminé hacia el cabaré *Amapola*. Los peatones diurnos se despedían de las calles del centro, dando paso a la fauna que esperaba el zarpazo definitivo de las sombras para mostrar los mil rostros de la noche. Vendedores de comida y flores, patines, noctámbulos al acecho de compañía, oficinistas borrachos, camellos, cartoneros, lanzas en busca de presas desprevenidas. Gente, simplemente gente demorando el regreso a sus casas, a la rutina ramplona de la televisión o al sueño que caía como lápida sobre los párpados. La ciudad cambiaba ropajes y sustituía la prisa del día por el temor reflejado en las miradas de los extraños y en esquinas que reservaban sorpresas ingratas para los desprevenidos. Corría una brisa fresca que me hizo encender el enésimo cigarrillo del día. No tenía apuro por llegar a mi destino y por eso me detuve a observar a la gente desde la puerta de un bar por la que salía el pesado latido del vino.

El cabaré estaba próximo al Parque Forestal, y a medida que me acercaba a él se fueron estrechando los senderos solitarios de la noche. No tenía grandes esperanzas en lo que podía encontrar en el cabaré. Su nombre impreso en una carterita de fósforos no significaba nada. Ledezma podía ser un cliente frecuente o solo ocasional. Tal vez le habían regalado la fosforera o alguien la había botado en el baño de la oficina. Conjeturas, justificaciones para seguir caminando y entrar al cabaré con la incertidumbre del apostador que elige un caballo simplemente por el impulso de jugar.

Dentro del cabaré se reproducía el aspecto colorinche de otros clubes nocturnos. Alfombras rojas, espejos, luces giratorias, un escenario con tres barras plateadas, sillones de cuero y un mesón largo en el que se podía beber un trago sin prestar mucha atención al espectáculo. Tras el mesón divisé a un barman que agitaba una coctelera y a una mujer de cabellos cortos y negros que recibía el pago de las cuentas. El lugar lucía algo vacío. Vi a un par de clientes sentados cerca del escenario y a media docena de mujeres conversando en un rincón más apartado.

Me acerqué al mesón y pedí un vodka tónica.

—¿Quiere la compañía de alguna chica? —preguntó el barman, mientras abría una botella de *Absolut*.

—Más tarde. Por ahora prefiero entibiar el ánimo y mirar el paisaje desde lejos.

El barman sonrió, amistoso.

—Poca clientela —comenté.

—Los clientes aparecen más tarde.

—¿Trabaja desde hace mucho tiempo en este lugar? —pregunté, al tiempo que sentía sobre mí la mirada de la cajera.

—Cumplí cinco años la semana pasada y espero seguir en lo mismo por muchos años más. En estos tiempos no es fácil encontrar un buen trabajo.

—Debe conocer a los clientes más fieles.

—Mi trabajo consiste en preparar tragos, no en hacer preguntas. Algunos clientes dicen sus nombres, pero la mayoría prefiere el anonimato. También están los que son famosos y uno los reconoce porque ha visto sus rostros en los diarios o la televisión. Futbolistas, cantantes, políticos, jueces.

Bebí un poco de vodka y mientras dejaba el vaso sobre el mesón volví a sentir la mirada de la cajera.

—¿Conoce a Víctor o Aurelio Ledezma? —pregunté y de inmediato desapareció la sonrisa amistosa en el rostro del barman.

—¿Policía?

—Necesito ubicarlos por un asunto de negocios. Me dijeron que venían a este cabaré con cierta frecuencia.

—Jamás los he oído mencionar —dijo el barman—. Y le advierto que no es saludable andar haciendo preguntas en este lugar. Hay clientes que suelen ser algo quisquillosos.

—Sé cuidarme —dije en el mismo momento que la cajera se acercaba a mi lado.

—Tú eres Heredia, ¿o me equivoco? —preguntó.

—¿Nos conocemos de alguna otra parte? —retruqué.

—Solía verte en *El Zíngaro*, hace muchos años atrás. Yo bailaba arriba del escenario y tú ibas a buscar a una de las muchachas del cabaré. Supongo que no has olvidado a mi amiga Andrea.

—Ella y yo vivimos cosas difíciles de olvidar.

—Solía hablarme de ti y de tu trabajo —dijo la mujer—. Cuando te reconocí junto al mesón pensé por un momento que había regresado a los días de *El Zíngaro*. No has cambiado mucho, Heredia. Has engordado un poco pero tu mirada triste sigue intacta.

—Lo último que supe de Andrea es que se había ido a vivir al sur.

—Vive en Temuco, sigue con el mismo marido y tiene tres hijos. Me escribe dos o tres veces al año. Soy la madrina de Javier, su hijo mayor.

—Me alegro por ella. Cumplió su deseo de tener una familia —dije y antes de beber otro sorbo de vodka, pregunté su nombre a la cajera.

—Maritza. En *El Zíngaro* me llamaba Denisse.

—En esa época eran muchos los que se llamaban de otra manera.

—No olvido la noche que golpeaste a dos matones de los servicios de seguridad de Pinochet. Había que tener huevos o estar loco para hacer eso.

—Nunca he tenido mucho tino en mi trato con la gente.

—Tú y Andrea formaban una linda pareja.

—La juventud nos iluminaba. Hoy no nos vemos tan bien.

—Andrea siempre te recuerda.

—Y yo a ella, pero no es otra cosa que nostalgia. Los espejos que se trizan nunca vuelven a ser los mismos.

—¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

—Sigo soltero.

—¿Ninguna mujer te ha podido atrapar?

—Me han atrapado y vuelto a liberar en varias ocasiones, como a esos peces que los pescadores devuelven al mar porque no dan la talla ni les sirven de carnada.

—No pareces muy contento.

—Te equivocas. Me conformo con poco y a mi manera soy feliz. Hoy, por ejemplo, me basta con beber una copa y saber que tengo toda una noche por delante.

—Primera vez que te veo en este lugar.

—Ando en plan de trabajo.

—¿Te puedo ayudar?

—¿Conoces a unos clientes que se llaman Víctor y Aurelio Ledezma?

—Ya no alterno con los clientes y tras la caja no hay nombres. Solo billetes que entran y salen —dijo Maritza—. ¿Se puede saber qué hicieron esos tipos?

—Sospecho que están metidos en negocios relacionados con viejos que necesitan un lugar donde vivir. Todo tiene precio en nuestros días y no solo la carne joven se comercia —respondí mirando hacia el escenario.

—Tal vez pueda ayudarte —dijo Maritza, al tiempo que hacía una seña al barman para que se hiciera cargo de la cobranza.

Dejé mi copa sobre el mesón y seguí los pasos de Maritza que al caminar movía sus caderas con la sensual cadencia de sus años de bailarina. Cruzamos una cortina y avanzamos por un pasillo alfombrado hasta llegar al cuarto donde seis mujeres en bikini escuchaban a una rubia que contaba los pormenores de un reciente viaje al norte del país.

—Si no es el paraíso, se le parece —pensé en voz alta.

—Mira con prudencia, no toques a las chicas y límitate a hacer tus preguntas —dijo Maritza antes de hacer callar a las bailarinas.

Contuve la respiración y por un segundo me sentí tan nervioso como un gato encerrado en la pescadería.

—Mi amigo Heredia tiene algunas preguntas para ustedes —dijo Maritza imponiendo su voz por sobre el murmullo de las mujeres.

—Tengo la noche libre —acotó una morena de ojos verdes.

—Ledezma —dije y enseguida pregunté a las mujeres si conocían a un cliente que respondiera a ese apellido.

Las bailarinas se miraron entre sí y ninguna dijo nada. Tan solo movieron los hombros o miraron sus largas y pintarrajeadas uñas en señal de completa ignorancia.

—Hagan un poquito de memoria —dijo Maritza.

—Víctor o Aurelio Ledezma —añadí—. ¿Han tenido o tienen clientes que respondan a esos nombres?

Las mujeres volvieron a mirarse y pensé que mis preguntas les interesaban tanto como las fluctuaciones de las acciones en la Bolsa de Tokio. Miré a Maritza y di un paso hacia la salida de la habitación.

—Yo conozco a un Aurelio —dijo una pelirroja de trasero diminuto.

—¿Aurelio Ledezma? —pregunté.

—Ignoro su apellido, pero recuerdo a un Aurelio que viene a menudo al cabaré —agregó la pelirroja que se llamaba Giggí—. Últimamente no ha aparecido, pero hasta unas semanas atrás lo hacía casi a diario. Es un vejete que usa peluquín y fuma cigarrillos con una boquilla.

—¿El tipo que decía ser tu tío? —preguntó Maritza a la pelirroja.

—Su fantasía favorita era tener a una sobrina sentada sobre sus rodillas —dijo Giggí—. Por eso siempre elegía a las muchachas menuditas. Una noche dijo que necesitaba dos bailarinas para una fiesta y fuimos con Karina, una chica que ya no trabaja en el cabaré.

—¿Dónde fue la fiesta? —pregunté.

—En el edificio Alcayaga, cerca de las Torres de Tajamar. El departamento quedaba en el sexto piso y tenía el número sesenta y nueve. Lo recuerdo perfectamente, porque el tal Aurelio no dejaba de hacer bromas con el número mientras viajábamos hasta el departamento.

—¿Recuerdas a los asistentes?

—Vagamente. Había cuatro tipos de la edad de Aurelio y media docena de hombres más jóvenes. Tuvimos que hacer un show especial para el festejado y sus amigos.

—¿Se llamaba Víctor uno de los tipos jóvenes?

—No lo sé. Ellos no estaban muy interesados en el festejo. Pasaron gran parte de la noche conversando y bebiendo.

—¿El tal Aurelio y sus invitados hablaron de algo que te llamara la atención?

—Nada en especial. Chistes y bromas de doble sentido.

—Gracias, Giggí —dije a la muchacha, y enseguida, dirigiéndome a Maritza, agregué—: Si el vejete reaparece, llámame a mi oficina.

Observé una vez más a las mujeres que me rodeaban y por un instante pensé en sentar en mis rodillas a una de ellas.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Maritza.

—Dejé mi copa en el mesón.

—¿Solo en eso?

—¿Te gusta jugar a la sobrina regalona?

Maritza sonrió y me tomó de un brazo.

—No estoy en edad de jugar a la sobrina —dijo mientras caminábamos de regreso al salón principal—. Pero si esperas a que concluya mi trabajo podemos compartir una copa.

Simenon avanzó a mi encuentro apenas me vio entrar al departamento. Sus pasos eran elegantes pero su barriga oscilaba de un lado a otro, como un péndulo. Acaricié su cabeza y con él entre mis brazos me dirigí a la cocina a preparar el café que necesitaba para mantener los ojos abiertos después de pasar buena parte de la noche esperando a que Maritza ordenara despedir a los borrachos y cerrar la puerta del cabaré.

—Por lo visto, tu visita al cabaré demandó bastante tiempo —acotó Simenon.

—Intentaban avanzar en las pesquisas y tropecé con Caperucita Roja perdida en el bosque.

—Pensé que te había pasado algo malo.

—Sé cuidarme de las caperucitas y de los lobos.

—No apostaría dos pesos a tus cuidados. Te da flojera correr y tus reflejos no son los de antes.

—Di que me he puesto precavido. Desconfío de los callejones y pienso dos veces antes de sacar la pistola y disparar.

—Reconozco que a mí también me cuesta trepar a los tejados. Es inevitable, nos estamos haciendo viejos.

—A todos nos llega la hora. Es cosa de tener un poco de paciencia y saber esperar a la señora de la guadaña. Pero no hay que apurar innecesariamente los bueyes. Como escribe Cicerón: «*Preferiría ser viejo durante menos tiempo a ser viejo antes de serlo*».

—¿Te da miedo la muerte?

—Me provoca tristeza. Tristeza de pensar que no veré más a las personas y a las cosas que amo. Deberíamos venir con la fecha de vencimiento anunciada en la planta de los pies, como las conservas que venden en los supermercados —dije y luego de una pausa, agregué—: Sentiría miedo si pensara que hay algo más allá de la última puerta. Al fin y al cabo lo peor ya quedó atrás. El ímpetu, las ilusiones, la manía de esperar un cambio de suerte. Los años enseñan a mirarse en el espejo sin asombro y a saber que la vida es un río que corre y nos arrastra.

—Tu ánimo apesta esta mañana. Necesitas una copa o un buen palo en la cabeza.

Vertí el café en un tazón y fui a sentarme junto al escritorio. A la luz de la mañana, la pieza que usaba de oficina y biblioteca me pareció más pobre que de costumbre. Sus paredes cargaban el color del abandono y el reloj mural se había detenido a las diez en punto de un día cualquiera. Los vidrios de la ventana tenían más polvo que un camino de tierra y el paisaje que se extendía en el horizonte mostraba un cielo gris, enrarecido por el esmog y las nubes que parecían dormitar sobre los techos.

—¿Y ahora qué? —me pregunté luego de probar el café y observar las fotos que estaban sobre el escritorio. Cerré los ojos y por un instante me vi corriendo tras una

pelota en el patio del orfanato. Sabía que los muchachos más grandes llegarían antes a tocar el balón, pero aun así corría con la esperanza de borrar de una patada lo que parecía escrito con tinta indeleble.

Mi infancia había transcurrido en el orfanato dirigido por el Padre Brown, entre salas que olían a grafito y humedad. A veces recordaba la primera ocasión en que había salido de esas salas para conocer el centro de la ciudad. La Catedral, el edificio de Correos, la Plaza de Armas, el Portal Fernández Concha y sus alrededores. También tenía grabada la imagen del tigre de mirada severa que había conocido durante una visita al Parque Zoológico organizada por el sacerdote, y recordaba la noche en que huí del orfanato y abordé un bus destartado que me dejó a dos cuadras de la Plaza de Armas, sin otra compañía que la foto de Chaplin que había escogido como cómplice de mi aventura. Esa noche recorrí asombrado las calles que salieron a mi paso, deteniéndome bajo las marquesinas de los cines que anunciaban sus estrenos. Era como estar en un carrusel gigantesco del que me costó descender cuando el amanecer comenzó a teñir de un tono azulino las frías estructuras de los edificios. Al final, con la cabeza repleta de sonidos y colores, regresé al orfanato, veinte minutos antes que sonara la campana llamando al comedor para tomar desayuno y repetir de mala gana los primeros rezos del día. Después, en los meses siguientes, volví a recorrer el centro de la ciudad. Me dediqué a ver otras cosas. Pasajes, galerías, ventanas entornadas, puertas, letreros con leyendas curiosas, nombres de tiendas, vitrinas de librerías que parecían contener todas las historias del mundo en sus interiores. Comencé a ver a la gente y a escuchar sus voces cuando al atardecer dejaban el centro, replegándose como un oleaje agotado de borrar huellas sobre la arena.

El teléfono me apartó de mis recuerdos y miré a mi alrededor, sorprendido, como el ángel al que descubren atisbando las llamas del infierno. Comprobé que todo seguía en su sitio y luego el teléfono volvió a repicar.

—¿No consideras que es tarde para seguir durmiendo? —oí preguntar a Griseta—. ¿O andabas de juerga?

—Tuve una larga noche de trabajo a la luz de la luna.

—Te llamo porque quiero saber de ti y de tu investigación.

—La investigación tiene su ritmo y trato de seguirlo con un prudente optimismo.

—Esa palabrería quiere decir que no has avanzado gran cosa.

—Tengo una pista que explorar —dije y enseguida la puse al tanto de mi hallazgo en relación con Ledezma.

—No te preguntaba por Servilo. Me interesa saber cómo va la búsqueda de tu supuesto padre.

—¿Dantés? Supe que vivió en el sur y que al parecer hizo sus últimos combates en Curepto. Después de eso se convirtió en una especie de sombra.

—Conozco Curepto. Cuando era una niña viajé a ese lugar con mi madre. Fuimos a visitar a un amigo que había sido relegado por los militares —dijo Griseta y luego

de una pausa, agregó—: ¿Por qué no vamos tras los pasos de Dantés en Curepto? Tengo unos días de vacaciones pendientes y puedo acompañarte. ¿Qué dices?

—Ni siquiera tengo la seguridad de que sea el Dantés que busco.

—No es eso lo que realmente piensas, Heredia. El simple dato de la foto de Chaplin justifica subirse arriba de un bus y viajar hasta Curepto. Lo que pasa es que tienes miedo.

—¿Miedo de qué?

—Tú lo sabes mejor que yo. Piénsalo bien y dime si quieres mi compañía.

—Cuando me decida a viajar te aviso —dijo mientras luchaba contra la tentación de colgar el teléfono.

—Tuya es la decisión, Heredia —continuó Griseta—. Quería saber cómo va la investigación y decirte que la otra noche, cuando estuve en tu departamento, experimenté la misma seguridad que sentía en la época que vivíamos juntos. Me gustó ir a verte y hasta llegué a pensar que a veces la vida ofrece segundas oportunidades.

—¿Lo dices por la posibilidad de conocer a mi padre o por nosotros?

—¿Tú qué crees?

—El problema no son las oportunidades que entrega la vida sino aquellas cosas que nos roba. El amor, las ilusiones, las ganas de trepar a los cuernos de la luna.

—No te lo tomes tan a pecho, Heredia. Intento decirte que me gustaría pasar otra noche contigo —dijo Griseta y enseguida se despidió sin darme una posibilidad de réplica.

Más tarde, pedí prestado el jeep a Anselmo y me puse en camino hacia el sector oriente de la ciudad. En el horizonte se recortaban las siluetas de los edificios de vidrio y aluminio que impedían ver la cordillera de Los Andes y en los que a diario circulaba la sangre espesa de los negocios. Comenzaba a caer la noche cuando estacioné en las cercanías de las Torres de Tajamar que elevaban hacia lo alto sus lomos de paquidermos. Luego de caminar por los alrededores me detuve frente al sucucho de Reyes, un librero al que en situaciones de emergencia le vendía algunos de los libros de mi biblioteca. Reyes era alto y delgado. Cubría su rostro con una barba frondosa y anteojos de cristales tan gruesos como el pote de una botella. Al verme se levantó del pequeño escritorio que usaba al interior de la librería y esbozando una sonrisa, se acercó a mi lado y me estrechó en un afectuoso abrazo.

—¿De ventas o de compras? —preguntó.

—Ni lo uno ni lo otro. Como acotaba Confucio, una de las motivaciones de todo gentilhombre debe ser «*el deseo de profundizar en la investigación de cualquier cosa que le ofrezca dudas*».

—¿Andas de sabueso?

—Recorro el barrio antes de abordar un trabajo pendiente.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Quiero ubicar al dueño o al arrendatario de uno de los departamentos del edificio Alcayaga.

—Nada muy espectacular —dijo Reyes y después de mirar hacia los edificios, agregó—: Pensé que andabas en algo relacionado con los nuevos vecinos del barrio.

—¿Qué vecinos?

—De un tiempo a esta parte el barrio no es el mismo de antes. En las torres y sus alrededores hacen nata los vendedores que proveen de drogas a los hijitos de papá que desean elevar el volumen de sus entusiasmos. Los tiras aparecen cuando se producen escándalos y los carabineros hacen la vista gorda. Los compradores suelen ser muchachos de buenas familias y por eso los pacos evitan meterse en líos.

Hice un gesto de indiferencia, y sin decir nada observé el ejemplar de *El cobrador* que Reyes exhibía en las vitrinas de la librería.

—¿Te interesa ese libro? —preguntó el librero—. Te lo dejo a buen precio.

—Tengo dos ejemplares en mi biblioteca. Me gusta el cuento de Rubem Fonseca donde aparece el detective Mandrake —dije y enseguida, al tiempo que encendía un cigarrillo, agregué—: ¿Tienes algún cliente llamado Ledezma?

—No que yo sepa —respondió Reyes, ajustándose las gafas sobre la nariz—. La mayoría de los clientes entran, escogen un libro y se van.

—Es lo que suponía —dije observando el humo de mi cigarrillo—. Me pregunto si será muy difícil ingresar al edificio Alcayaga.

—Difícil, pero no imposible. Tengo una clienta a la que le suelo llevar los libros

que me encarga. El conserje me conoce y por rutina se limita a preguntar el número del departamento al que voy. Ve y dile que debes entregar un libro a la señora Valencia.

—Parece fácil. ¿Crees que consiga engañarlo?

Reyes estudió mi aspecto y se rascó la barbilla como si estuviera a punto de resolver un complicado problema aritmético.

—Para qué te voy a mentir, Heredia. No tienes pinta de recadero —respondió mientras miraba hacia el interior de la librería—. Pero te puedo acompañar. Espera a que saque un par de cuentas y cierre el boliche.

—¿Y las ventas?

—A esta hora y en día de semana no entra a comprar ni el Conde Drácula.

* * *

Al entrar en la recepción intuí que la venta de libros no era lo único que motivaba a Reyes para acercarse hasta el edificio. El conserje, un sujeto bajo y de bigotes grises, lo saludó con una sonrisa en la que creí reconocer cierta complicidad. Reyes evitó las explicaciones y sin más subimos en ascensor hasta el sexto piso. Junto al tablero de control del ascensor colgaba la lista de los propietarios o arrendatarios que adeudaban los gastos comunes. Busqué a Ledezma en el listado y no lo encontré.

Nos resultó fácil dar con el departamento 69, pero la fortuna se agotó apenas comenzamos a golpear a su puerta. Nadie respondió a nuestro llamado y al tercer intento comprendí que debíamos rehacer el camino con la cola entre las piernas. Mientras Reyes insistía con sus golpes, observé el oscuro pasillo en el que nos encontrábamos y me llamó la atención uno de los departamentos vecinos, cuya puerta tenía un llamativo citófono para comunicarse hacia su interior.

—El conserje nos puede ayudar a saber qué pasa con los ocupantes del departamento —dije a Reyes.

—Tendría que reconocer que no venía a visitar a uno de mis clientes y entonces la confianza nunca más volvería a ser la misma —respondió el librero al tiempo que miraba de reojo la puerta que había llamado mi atención.

—¿Tienes otra idea mejor?

—¿Sabes guardar un secreto? —preguntó Reyes ajustándose las gafas.

—Puedo ser una tumba si me lo piden. ¿De qué se trata?

Reyes mordisqueó nerviosamente su labio inferior y me indicó la puerta identificada con el número 66.

—Supongo que nada se pierde con probar —agregó.

La cerradura del departamento 66 se accionó ruidosamente apenas Reyes presionó el citófono y dijo su nombre. El librero empujó la puerta y quedamos frente a un pasillo alfombrado de rojo, al final del cual había una cortina por la que apareció, como de la nada, una mujer entrada en años y tan delgada como una espiga

reseca.

—No lo esperaba ver tan pronto —dijo la mujer a Reyes.

—Mi amigo tiene interés en conversar con sus niñas —respondió Reyes, indicándome.

—¿Conversar? Esto no es la plaza pública, Jaimito.

—Quizás hasta usted nos pueda ayudar y nos evitamos molestar a sus chicas. Se trata de uno de sus vecinos.

—Buscamos al señor Aurelio Ledezma, del departamento 69 —dije, interviniendo en la conversación—. ¿Lo conoce?

La mujer escuchó el nombre y de inmediato su rostro tomó un color carmesí.

—Ese viejo roñoso —dijo la mujer con rabia—. El infeliz me debe un turro de billetes. Me pidió niñas para una fiestoca con sus amigotes y hasta la fecha no paga un céntimo. Y temo que no lo hará nunca, porque la semana pasada dejó el departamento que arrendaba y nadie, hasta dónde he podido averiguar, conoce su nuevo paradero. ¿Para qué lo quiere ubicar? —me preguntó la cabrona.

—Al igual que a usted, Ledezma me debe dinero —respondí—. Le vendí un vehículo y hasta la fecha no me ha pagado lo convenido. Quiero ajustar cuentas con él.

—Me gustaría que usted encontrara a Ledezma, pero la verdad es que de él no sé más de lo que ya le dije.

—¿Y algunas de sus muchachas? ¿Las que asistieron a la fiesta impaga? Tal vez saben algo que me permitan ubicarlo.

—No había pensado en ellas. Usted parece más listo de lo que aparenta a primera vista —reflexionó en voz alta la regenta.

—Déjenos conversar con sus chicas, señora Josefina —rogó Reyes—. Hágalo como favor a un cliente frecuente, y en una de esas mi amigo puede recuperar el dinero que a usted le adeudan.

Los ojos de la cabrona adquirieron un brillo malicioso. Miró hacia la puerta y por un instante supuse que nos haría abandonar su casa de placer.

—Si averiguan dónde está, me lo dicen. De cobrar el dinero me encargo por mi cuenta.

—Trato hecho —se apresuró en contestar el librero.

—Llamaré a las niñas que participaron en la fiesta de Ledezma. Esperen en la habitación cinco. Usted conoce el camino, Jaimito.

—Recién me explico tu afición por la literatura erótica —dije al librero, mientras entrábamos a una habitación de paredes rojas que tenía en su interior una cama de dos plazas y varios afiches con imágenes sensuales de Laura Gemser, Gloria Guida y Silvia Kristel.

—Dios no fue justo conmigo, Heredia. Me hizo feo y con una insaciable necesidad de ternura. En esas condiciones no me queda otra alternativa que vitrinear.

—¿Ternura o calentura?

Reyes no alcanzó a darme una respuesta. Nuestra conversación fue interrumpida por el ingreso de tres mujeres vestidas con batas de seda que dejaban al descubierto buena parte de sus cuerpos. Las tres lucían los cabellos teñidos de rubio y sus labios pintados con el arrebatador rojo de la sangre. Abrazaron al librero y éste, sin oponer resistencia, se dejó besuquear hasta que la efusividad de las mujeres declinó.

—Dolly, Loma y Ámbar —dijo Reyes, presentándome a sus amigas.

—¿Querían hablar con nosotras? —preguntó Lorna con voz chillona—. ¿Están organizando una despedida de soltero?

—¡Qué más quisiéramos! —exclamó Reyes—. Pero la verdad es que deseamos hacerles dos o tres preguntas acerca de un viejo conocido de ustedes. Aurelio Ledezma. La señora Josefina nos dijo que lo conocían.

—Viejo cochino —acotó Lorna.

—Cerdo —dijo Dolly.

—Nos quedó debiendo una noche de trabajo —agregó Ámbar.

—¿Qué me pueden contar de esa noche? —pregunté.

—El vejete Aurelio estaba acompañado por dos amigos —dijo Lorna.

—Festejaban el inicio de un negocio entre ellos —agregó Dolly.

—¿Recuerdan sus nombres?

—El tipo que yo atendí se llamaba Peralta —respondió Ámbar—. Su apellido fue una de las pocas cosas que logré sonsacarle durante toda la noche. Hablaba poco y le gustaba bailar. Se notaba que no era él quien aportaba el dinero para la fiesta, que estaba invitado y no tenía experiencia en reuniones similares. Prometió volver, pero hasta ahora nunca lo ha hecho.

—A mí me tocó alternar con el viejo cochino —acotó Lorna—. Nada que contar, salvo que se quedó dormido apenas puso su cabeza en la almohada.

—Guillermo Ocampo —dijo Dolly—. Así dijo llamarse mi cliente. No quisiera volver a conocer a otro hombre igual. Me contó que trabajaba en una funeraria y ocupó gran parte de la noche en contarme anécdotas de su trabajo. Todas siniestras y de mal gusto.

—¿Recuerdas el nombre de la funeraria? —pregunté acercándome a Dolly.

—San Gabriel, San Cristóbal o algo por el estilo. Tenía el nombre de un santo. Recuerdo que hacia bromas a costa del cliente de Ámbar, porque el tipo trabajaba en el Cementerio Católico. Parecía feliz porque su negocio con Ledezma iba viento en popa.

—¿Tienen alguna idea de dónde encontrar a Ledezma? —preguntó Reyes, que hasta ese momento había seguido la conversación en silencio.

Las tres mujeres dijeron que no al mismo tiempo.

—Al principio venía a vernos a este lugar y después, cuando hizo buenas migas con la patrona, nos hacía ir a su departamento —dijo Ámbar.

—Se encontraba solo las otras dos veces que fui al departamento —añadió Dolly—. Le gustaba ver películas pornográficas para darse ánimo. Siempre me llamó la

atención que casi no hubieran muebles ni adornos que hicieran más acogedor el lugar. Ningún cuadro, ninguna foto, nada de nada. Creo que usaba el departamento como oficina o para sus diversiones.

—¿Les habló alguna vez de una oficina en el Paseo Ahumada? ¿De casas para el reposo de ancianos?

Por segunda vez, las tres mujeres dijeron que no al mismo tiempo.

Dejé a Reyes en el lupanar de la señora Josefina y con el nombre de Guillermo Ocampo en la memoria busqué el auto que había dejado estacionado cerca de la librería. Mientras manejaba de regreso a mi oficina me dije que el nombre de Ocampo era una pista endeble que tal vez no me ayudaría mucho para rescatar a Gabriel Servilo de las sombras. Me pregunté si no era más conveniente llamar a su hijo y decirle que contratara a otro detective más agudo. Al fin de cuentas, pensé, los sabios chinos tienen razón cuando dicen que *«a veces los buenos nadadores se ahogan y los mejores jinetes se caen del caballo»*.

Pero apenas terminé de hacerme la pregunta comprendí que era tan absurda como brincar en la noche con la intención de alcanzar el polvo de las estrellas. No podía pedir a Servilo que renunciara a saldar cuentas con su padre. A porfiado no me gana nadie, dije al tipo de ojos cansados que me miraba a través del espejo retrovisor. Ledezma no podía desaparecer cual pompa de jabón lanzada al viento. En él radicaba la clave que me conduciría a Gabriel Servilo y como un quiltro hambriento no estaba dispuesto a soltar el hueso que había encontrado en mi camino.

Sin embargo, uno propone y la suerte se encarga de ordenar el rompecabezas a su antojo. Al llegar a mi departamento descubrí las luces encendidas y a Marcos Campbell instalado en una silla, con cuatro cervezas sobre el escritorio y una sospechosa sonrisa en sus labios.

—¿Estás cómodo o necesitas un cojín? —le pregunté al tiempo que me sentaba frente a él.

—La espera no ha sido larga y la cerveza está razonablemente helada —contestó—. Todo el mundo anda tras de ti, Heredia. En los minutos que llevo en la oficina, atendí llamadas de Griseta, Doris Fabra y Gabriel Servilo, al que parece le debes un informe sobre la búsqueda de su padre.

—Agradezco tu labor de secretario, pero preferiría que en otra ocasión enviaras a atender mis asuntos a la periodista en práctica.

—Ni me la nombres. Su belleza va a la par con su memes. Seguramente le dieron el título de periodista porque fue puntual en el pago de las mensualidades. La pobrecita está convencida de que Pekín es la capital de Hungría y que Zidane es un poeta francés.

—Entre un poema logrado y un buen gol no hay mucha diferencia.

—Un día de éstos...

—La echas de tu cama —interrumpí.

—Un día de éstos voy a perder la paciencia. Contigo y con ella.

Desdeñé la cerveza que había traído Campbell y fui a la cocina a buscar un vaso en el que vertí una recatada ración de Juanito Caminante.

—*«Whisky en la zurda y en la otra sed»* —dije a Campbell una vez que estuve de regreso a la oficina, recordando un verso de Horacio Ferrer que había oído por la

mañana en un programa radial.

—¿Cómo va la búsqueda de tu padre? —preguntó Campbell.

—Todas las pistas conducen hacia el sur.

—Curepto.

—No recuerdo haberte contado de los pasos de Dantés por ese pueblo.

—Dale un vistazo a la foto que traje —dijo Campbell al tiempo que indicaba un sobre amarillo que estaba encima del escritorio.

Abrí el sobre y saqué de su interior un recorte de prensa. Lo desplegué y vi la foto algo borrosa de un pugilista que lucía el torso desnudo y proyectaba uno de sus puños enguantados hacia el lente de la cámara.

—Lee el pie de foto —agregó Campbell.

—«*El púgil Buenaventura Dantés combatirá esta noche en Curepto contra el bravo peleador de Río Grande, República Argentina, José Orlando Paredes* —leí en voz alta—. *El combate pactado a diez asaltos será la revancha del enfrentamiento que ambos pugilistas sostuvieron quince días atrás y que terminó empatado pese a los reclamos del respetable público que en la oportunidad vio vencer al duro peleador chileno*».

—¿Dónde conseguiste el recorte? —pregunté a Campbell.

—Lo tomé prestado en la Biblioteca Nacional —respondió el periodista—. Dantés tenía una buena estampa, aunque lo traicionaba la mirada.

—¿Qué pasa con su mirada?

—He visto cientos de fotos de boxeadores y puedo reconocer cuando poseen esa rabia interior que los hace superiores. Hambre, furia, deseo de ganar a cualquier costo. Diría que Dantés, al menos en la fecha que le tomaron esa foto, se ponía los guantes sin mucha convicción.

—Tu teoría acerca de la mirada me parece discutible.

—Lo que no pude averiguar fue el resultado de la pelea —agregó Campbell pasando por alto mi comentario—. Revisé los diarios de los días siguientes y no encontré ninguna referencia al combate. Como si nunca se hubiera realizado o careciera de interés para los lectores.

—El recorte confirma la estadía de Dantés en Curepto.

—¿Cuándo viajas a ese pueblo? —preguntó Campbell luego de volver a mirar el recorte.

—Antes tengo que acabar la búsqueda de Servilo.

—¿No deseas averiguar el destino de Dantés? Todo indica que ese hombre es tu padre. ¿Qué pasa contigo? ¿Te preocupa que este muerto? Si es así, habrás hecho el intento de ubicarlo y tu conciencia quedará tranquila.

—No es su muerte lo que me preocupa. ¿Y si sigue vivo?

—Podrás saber algo más de él y de ti mismo.

—Llego a su casa y le digo: soy su hijo y necesito que me explique por qué abandonó a mi madre.

—Si lo encuentras, sabrás qué decir.

—Griseta se ofreció para acompañarme en el viaje a Curepto.

—¿Qué esperas entonces?

—¿Tú padre está vivo, Marcos?

—Sí, por fortuna aún vive. ¿Por qué la pregunta?

—¿Qué se siente al tener un padre?

—Admiración, temor, rabia, confianza, amor, gratitud.

Depende de la etapa de la vida en que te encuentres o de cómo sea la relación con él —respondió el periodista, y luego de una pausa, preguntó—: ¿Qué dices? ¿Viajas o no?

—Mientras estoy en el sur necesito que me hagas otra gauchada. Tiene que ver con Servilo.

—¿De qué se trata?

—Necesito ubicar al empleado o dueño de una funeraria. Se llama Guillermo Ocampo.

—Debe de haber cientos de funerarias en Santiago —protestó Campbell.

—Ocampo trabaja en una funeraria con nombre de santo.

—Eso no ayuda mucho. Hoy, hasta las casas de remolienda tienen nombres de santos. No sé si tenga tiempo para satisfacer tu encargo.

—Dale el trabajo a la periodista. Leer la guía telefónica y anotar algunos números no es un asunto complicado.

—Sospecho que no me has dicho toda la verdad.

—Sigo mis intuiciones. Y si ellas son certeras, te aseguro un buen reportaje para tu revista.

—Háblame de tus intuiciones. Tengo toda la noche para escucharte.

—Solo hasta que se nos acaben las cervezas.

* * *

Marcos Campbell se fue poco antes del amanecer. Dormí unas horas para espantar los efectos de la trashedada y de las copas que había bebido mientras informaba al periodista de mi trabajo para ubicar a Ledezma. Al despertar, me di una ducha rápida, compartí mi desayuno con Simenon y llamé a Griseta para preguntarle si aún mantenía su ofrecimiento de acompañarme en el viaje a Curepto. Quedamos en reunimos en el terminal de buses, a una hora que le confirmaría después de comprar los boletos. Todo parecía marchar sobre ruedas, pero luego de colgar el teléfono comprobé que el dinero en mis bolsillos no alcanzaba ni para pagar el pasaje en bus a la esquina más próxima. Al igual que en otras ocasiones, debí recurrir al auxilio de Anselmo.

El bus se deslizaba velozmente y por la ventanilla veíamos pasar un paisaje matizado de tonos verdes y anaranjados. La niebla espesa que cubría la cima de los cerros se desplazaba huyendo del sol que imponía su presencia sobre las vides plantadas a los costados del camino. Diez minutos antes habíamos dejado atrás la planta de celulosa que alteraba la belleza del paisaje con el humo blanco y pestilente que fluía de su enorme chimenea. Griseta iba recostada sobre uno de mis hombros y su mirada seguía atentamente los cambios del paisaje. Nos quedaba poco más de una hora de camino y en mi interior persistían las dudas respecto a la utilidad del viaje.

—¿Quién es? —preguntó Griseta en el momento que pasábamos frente a una enorme estatua de madera que reproducía la estampa de un hombre grueso, como toro de lidia.

—«*Que el poema haga reír y haga llorar como una mujer rubia o un hermoso caballo*» —dije, observando la estatua que dejábamos atrás—. Estamos a las afueras de Licantén, el pueblo natal del poeta Pablo De Rokha.

—Cuando era niña vine de vacaciones a la casa de una tía en Constitución, y ella me llevó a conocer las playas que están cerca de Curepto, Iloca y Duao, si mal no recuerdo —dijo Griseta—. Nunca he olvidado esas vacaciones. Anduvimos a caballo y nos bañamos en el mar. Fueron las últimas vacaciones que pasé junto a mi hermano Juan, tres años antes de su muerte.

Miré a Griseta y noté en sus ojos la fugaz sombra de una lágrima.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Ha pasado tanto tiempo desde el día que nos conocimos. Y todo parece seguir igual entre nosotros. Tú con tus investigaciones y yo detrás de ti sin saber a ciencia cierta si quiero jugar algún papel en tu vida.

—Me pediste refugio por unos días. Te arrastré tras las huellas de un traficante de armas y llegué a pensar que te quedarías a mi lado.

—¿Qué pensaste al verme por primera vez?

—Nada en especial. La inquietud nació cuando empecé a observarte con otros ojos y tu presencia en el departamento se convirtió en algo indispensable. Me resistí a la idea pero tú no hiciste mucho por aventar las fantasías de mi cabeza. Después tuve que reconocer que estaba enamorado.

—Cometí un error al alejarme de tu lado —dijo Griseta mientras el bus cruzaba un añoso puente de madera.

—Terminaste tus estudios y tienes un buen trabajo. No fue un error.

—Pareces un padre hablando desde el púlpito de la cordura.

—Te llevo algunos años de ventaja, no lo olvides.

—Eso carece de importancia. Lo discutimos alguna vez y no vale la pena insistir en lo mismo.

—Tampoco he cambiado desde que nos separamos. Me refiero a la vida que

llevo, a mis horarios y mis copas.

—Lo sé y no me importa.

—Pronto entraremos en Curepto —respondí conteniendo las ganas de besarla.

—¿Qué dices? —insistió—. No has respondido mi pregunta acerca de darnos una nueva oportunidad. Tú y yo. Hasta podríamos grabar un corazón en la corteza del árbol más grueso del Parque Forestal.

* * *

El bus nos dejó frente a una plazoleta en la que se veían tres hombres que conversaban ajenos al aire cálido y espeso que los rodeaba. Desde uno de sus costados nacía una calle que parecía prolongarse hasta el cielo celeste recortado en el horizonte. Descendimos del vehículo y caminamos hasta el monolito en forma de libro que recordaba al poeta Pedro Antonio González y su nacimiento en Coipué, villorrio aledaño a Curepto. Poco sabía de él, salvo que había muerto a los cuarenta años y que a causa de su vida bohemia era considerado el primer poeta maldito chileno, como si eso fuera un mérito o una señal de distinción válida a la hora de evaluar sus versos.

—Hasta los árboles parecen adormecidos —dijo Griseta, sin mucho entusiasmo—. ¿Tienes alguna idea respecto a dónde dirigirnos?

—Supongo que al restaurante más próximo. No pido mucho. Un sitio a la sombra, cerveza helada y algo de comer.

—¿Y la investigación?

—No te olvides del azar, Griseta. Como dice el viejo Borges: «*Los crímenes, por lo común, no se descubren mediante razonamientos abstractos sino por obra del azar, de informaciones o delaciones*».

Avanzamos por la que parecía ser la calle principal del pueblo. Tres o cuatro cuadras en las que se alzaban viejas casonas de adobe que conservaban su prestancia señorial. A nuestro paso encontramos varios establecimientos comerciales. Carnicerías, un centro telefónico, pequeños supermercados y tiendas que tenían sus puertas cerradas. Habíamos llegado a la hora del almuerzo y el pueblo daba la impresión de estar abandonado. Al final de la calle, nos detuvimos junto al pequeño puente bajo el cual corría un estero que ni siquiera poseía el caudal suficiente para cubrir las piedras que yacían en su lecho. Rehicimos nuestros pasos y al rato estábamos frente a una iglesia que, según la placa colocada a un costado de su enorme puerta de madera, había sido edificada el año 1835 con el nombre de Nuestra Señora del Rosario.

—Si continuamos paseando nos vamos a insolar —protestó Griseta.

Encendí un cigarrillo y minutos más tarde, junto con la última calada, vi aparecer a un niño montado sobre una bicicleta verde. Nos quedó mirando, le hice una seña para que se acercara y cuando estuvo a nuestro lado le pregunté si conocía algún

restaurante que estuviera abierto.

—Caminen tres cuadras en esa dirección —dijo, señalando una calle que ascendía hacia uno de los extremos del pueblo—. El restaurante de Uriarte atiende a toda hora.

Seguimos la indicación hasta llegar a una casona que al lado de su puerta tenía un letrero con el nombre del restaurante. Un perro dormía frente a la puerta, indiferente al sol que caía en picada. Sin grandes ilusiones entramos a un amplio y sombrío salón en el que había una docena de mesas enmanteladas. La mitad de ellas estaban ocupadas por clientes que dejaron de conversar cuando nos vieron entrar. Un mozo anciano y de andar pausado nos indicó la mesa ubicada junto a un ventanal desde el que se podía observar un par de árboles rodeados de rosales y retamos.

Después del almuerzo en el que cada cual comió un generoso lomo a lo pobre, me acerqué hasta el mesón donde se acodaba un hombre gordo, con el aspecto de ser el dueño del lugar y de cargar sobre sus hombros tantos años como los muros resquebrajados del lugar. A su lado había otro sujeto, flaco y de no más de cincuenta años. Bebía una copa de vino y daba la impresión de ser un cliente habitual.

—¿Le gustó la comida o tiene alguna queja? —preguntó el gordo en tono amistoso—. Me llamo Belarmino Uriarte y soy el dueño del restaurante.

—Bien servido y bien comido —respondí al tiempo que miraba hacia la mesa donde Griseta daba cuenta de unos duraznos en almíbar—. No soy del lugar y tal vez usted me puede ayudar a ubicar a una persona que ando buscando.

—¿Cómo se llama esa persona?

—Dantés. Buenaventura Dantés.

—No conozco a nadie con ese nombre —dijo Uriarte y enseguida, dirigiéndose al mozo que descansaba apoyado en una esquina del mesón, preguntó—: Don Fermín, ¿en el pueblo vive algún Dantés que usted conozca?

El mozo pensó un instante y luego movió la cabeza.

—El hombre que busco es un anciano. Fue pugilista y en los años cincuenta combatió en el pueblo contra un boxeador argentino.

—De boxeo no tengo la menor idea. Tal vez puede preguntarle a un funcionario de la alcaldía de apellido Velarde. Si mal no recuerdo, tiempo atrás el hombre presidía el club de boxeo del pueblo.

—Ya no trabaja en la alcaldía —sentenció el mozo—. Tuvo un lío de platas y se mandó a cambiar a Curicó donde le dieron un cargo mejor.

—El abuelo René —dijo de pronto el hombre alto.

—¿Qué abuelo René? —preguntó Uriarte.

—El abuelo de doña Edelmira, la señora que tiene una pensión a la vuelta del Gimnasio Municipal —dijo el extraño, y enseguida, ofreciéndome su mano a modo de saludo, agregó—: Perdone que me entrometa, pero escuché la conversación y pienso que puedo darle un dato de utilidad. Me llamó Alberto Sibelius y me dedico al rescate de naufragios.

—¿Naufragios? —pregunté, sin ocultar mi asombro.

—Represento a una empresa de rescates subacuáticos. Las costas chilenas están llenas de embarcaciones que naufragaron portando cargamentos de oro, cobre y otros metales. Mi trabajo consiste en estudiar los naufragios. La idea es comprobar que las naves siniestradas portaban los cargamentos que se les atribuyen, evaluar sus alcances económicos y analizar la factibilidad de reflotarlas o llegar hasta ellas con buzos. Trabajamos con equipos de sonido y radares que nos permiten determinar con exactitud la ubicación de cada nave. Por estos días intento recuperar el cargamento de una fragata que naufragó a fines del siglo XIX portando un valioso cargamento de cobre.

—Párele, don Alberto —dijo Uriarte, interrumpiendo a Sibelius—. Cuando usted se pone a hablar de naufragios no hay cristiano que lo detenga. El señor necesita ayuda, no que le llenen la cabeza con historias más falsas que joyas de baquelita. ¿De dónde conoce a ese abuelo René? No me diga que me engaña con la Edelmira y va a comer a su pensión.

—He ido en dos o tres oportunidades, nada más. Mi debilidad son los pasteles de choclo y la señora los prepara con mano de monja.

—¿Por qué dice que el tal René puede ayudarme? —pregunté, interviniendo en una discusión que podía llegar a ser eterna.

—Don René debe tener una edad similar a la del anciano que usted busca y en su juventud fue bastante dado a las cosas del deporte —respondió Sibelius—. Está algo sordo pero conserva intacta la memoria. Si a usted no le incomoda, puedo acompañarlo hasta la pensión de doña Edelmira. En el camino le cuento otras cosas sobre el naufragio que estudio. Le aseguro que es una historia fascinante.

—Pensaré dos veces antes de volver a servirle una copa de vino —agregó Uriarte, simulando estar enojado con el buscador de naufragios.

—¿Dantés? —se preguntó a sí mismo el anciano—. Mucho tiempo que no sé nada de él.

Don René estaba sentado en una silla de totora, frente a una ventana desde la que podía contemplar un campo sembrado con parras y mazorcas. Observé sus ojos cansados y por un instante dudé que nos pudieran ser de utilidad sus recuerdos.

—¿Qué nos puede contar de Buenaventura? —preguntó Griseta, dirigiéndose al anciano que hacía un evidente esfuerzo por mantener los ojos abiertos y no dormirse.

—Lo conocí y muy bien. Por esos días yo era cabrito y me gustaba todo lo que estuviera relacionado con correr, saltar o pegar. En eso llegó al pueblo un inglés: Bemard o Bomard, no recuerdo bien su nombre. El gringo organizó un club de boxeo y algunos muchachos quisimos seguir las huellas de Quintín Romero y Arturo Godoy, que eran nuestros ídolos y aparecían en las noticias que veíamos en el biógrafo, cuando teníamos la fortuna de ir a Talca, que como usted debe saber, siempre fue un poblado más grande. El asunto es que me metí al club del gringo y ahí conocí a Dantés. Tenía varios años más que yo y bastante más experiencia en las cosas del boxeo.

—Eso quiere decir que lo vio combatir —acoté.

—Muchas veces, y también le ayudé a entrenar. Era duro y porfiado, pero falto de maña. Peleaba a la que te criaste. ¿Me entiende, joven? Salía de su esquina a embestir como un novillo. A dar y recibir sin tregua. Ha pasado tanto tiempo desde entonces. ¿Ustedes son periodistas? El año pasado vino a entrevistarme un joven que trabajaba en un diario de Talca. Escribió una crónica que la Edelmira debe de tener guardada. A mí no me interesa. Los recuerdos se convierten en una carga con el paso de los años.

—No somos periodistas —respondí y sin querer revelar toda la verdad, agregué —: Dantés tiene un hijo que desea encontrarlo y nosotros le estamos ayudando en la búsqueda.

—Nunca contó que tuviera un hijo. La verdad es que nunca habló mucho de sí mismo. Había que sacarle las palabras con un tirabuzón. Cuando lo conocí pensé que andaba huyendo de la justicia. Una vez me mostró la foto de su novia y dijo que regresaría a Santiago para casarse con ella. Creo que nunca lo hizo.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Griseta.

—Supe que hizo unas peleas en Talca y que trabajó un tiempo de carpintero. Después se lo tragó el olvido. Lo último que me contaron de él es que vivía en el sector de Rapilermo. Trabajaba de peón en la casa donde le dieron acogida cuando colgó los guantes.

—¿Quién era el dueño de esa casa? —pregunté, sin prestar atención a las señas que hacía Sibelius para darme a entender que el anciano comenzaba a dar muestras de cansancio.

—No lo recuerdo. Estoy viejo y la memoria me falla. Mi nieta dice que es por

culpa de los golpes que recibí arriba del ring. Yo creo que es culpa de los años. Un día de estos botaré la toalla para siempre.

—Intente recordar, don René. Nos interesa saber dónde vivió Buenaventura Dantés.

El anciano observó la ventana y sus pensamientos parecieron correr hacia los cerros que se veían en el horizonte.

—En las tierras de los hermanos Oyarzo. Ahí vivía Dantés la última vez que supe de él —dijo don René—. Nunca recibí muchos golpes. La Edelmira está equivocada.

* * *

—¿Sabe dónde queda Rapilermo? —pregunté a Sibelius mientras nos dirigíamos de vuelta al restaurante de Uriarte.

—No, pero he oído hablar mucho del lugar. Los viejos campesinos dicen que en sus alrededores existe un camino en el que antaño se dejaba ver el mismísimo demonio. Podría pasar el resto del día hablándole de apariciones, pero supongo que usted no cree en ellas.

—Los únicos demonios a los que temo son los de carne y hueso.

—Cuentan que años atrás el cura párroco de Curepto regó el lugar con agua bendita y que desde entonces el diablo no ha vuelto a mostrar su cara.

—Alguien debe conocer a esos Oyarzo que nombró don René.

—Uriarte nos puede orientar —dijo Griseta.

—Siempre y cuando no sean un invento del malulo —concluí, mientras miraba a Sibelius.

Cuando entramos al restaurante, Uriarte estaba acodado en el mesón y miraba de reojo a dos clientes que bebían un jarrón de borgoña y jugaban a los naipes.

—¿Cómo les fue en la visita? —preguntó, entusiasmado con nuestra presencia.

—Obtuvimos un dato que nos puede conducir hasta Dantés —dije, al tiempo que indicaba a Uriarte que me sirviera una cerveza—. ¿Sabe algo respecto a las tierras de los Oyarzo?

—¿Quién no conoce a los Oyarzo? Caín y Abel. Así los llamaba mi padre —respondió Uriarte—. Francisco murió y Facundo, si vive, debe seguir en prisión. La historia no es novedosa, pero los que hemos recorrido algún trecho sabemos que la vida dejó de ser original hace mucho tiempo. Los hermanos heredaron unas tierras y durante un tiempo las trabajaron con empeño. Cultivaban almendros, manzanos y perales. Ganaban bien, pero Facundo tuvo la ocurrencia de casarse con una mujer bonita y llevarla a vivir a la casa que compartía con su hermano. Francisco se enamoró de la cuñada y la mujer le dio en el gusto. Facundo los sorprendió encatrados, los asesinó empleando una horqueta y se entregó a los carabineros. No sé qué destino corrieron las tierras. Ignoro si fueron vendidas o quedaron a cargo de otras personas.

—Un abogado nos podría ayudar a encontrar la respuesta —acotó Griseta.

—Vamos a ver al juez Gabrieli. Lleva muchos años ejerciendo el cargo en el pueblo. Tal vez le tocó investigar el caso de los Oyarzo, y si no fue así, les puede facilitar el acceso a los expedientes —dijo Sibelius—. Sé cómo ubicarlo. Por las noches va a jugar ajedrez a un café próximo a la plaza. A causa de mis estudios he tenido que conversar con él varias veces. Tiene fama de malas pulgas, pero estoy seguro que accederá a responder sus preguntas.

* * *

—Ustedes son los que andan buscando al pugilista —dijo el juez Gabrieli, después que Sibelius hiciera las presentaciones—. No se extrañen ni piensen que me inmiscuyo en lo que no me corresponde. El pueblo es chico y las novedades van de boca en boca con facilidad. Mi secretario pasó al restaurante del señor Uriarte y llegó al tribunal con la noticia de los afuerinos que andaban preguntando por un anciano que al parecer fue una gloria cureptina del deporte nacional. ¿Es así, o como es habitual, la gente exagera?

Habíamos encontrado al juez en el lugar señalado por Sibelius. Ocupaba un rincón discreto del café y sobre su mesa tenía un pequeño tablero de ajedrez. Teobaldo Gabrieli debía tener unos sesenta años y su aspecto reflejaba sobriedad y algo de abandono. Su rostro lucía una barba canosa y sus cabellos largos disimulaban con acierto una incipiente calvicie. Hablaba de manera pausada, como calculando el efecto que podía tener cada una de sus palabras.

—Tomen asiento —agregó, mostrando las sillas que rodeaban su mesa. Luego cogió el alfil negro que estaba amenazado por la dama blanca y lo cambió de escaque—. El ajedrez es como la vida. Uno cree que las cosas tienen un curso determinado y de pronto algo nos desordena la disposición de las piezas. ¿Cómo se llama el hombre que andan buscando?

—Buenaventura Dantés —respondí, reaccionando a la repentina pregunta del juez—. Sabemos que vivió en Curepto hace unos cincuenta años.

—Doy por hecho que han considerado la posibilidad de que el sujeto sea finado —preguntó el juez.

—Desde luego. El tiempo no pasa en vano, pero si Dantés está muerto, desearíamos saber dónde y cómo murió.

—¿Cuál es el último antecedente que tienen sobre él?

—Sabemos que trabajó con los hermanos Oyarzo.

—Los Oyarzo fueron los tristes protagonistas de mi primera causa importante en el pueblo. Yo había asumido recién como juez, el año 1975. En la prensa se escribió sobre el crimen y hasta salió una nota en un canal de televisión santiaguino. Fue fácil establecer la sentencia. Facundo Oyarzo confesó su crimen y lo demás fue seguir el proceso hasta que el asesino terminó condenado a cadena perpetua por doble

homicidio.

—¿Qué pasó con las tierras? —pregunté.

—Quedaron al cuidado de un peón que trabajaba para los Oyarzo. Liborio Huinao es su nombre y hasta donde sé, el sujeto sigue en lo mismo, aunque las tierras apenas permiten cosechar algunos pocos sacos de lentejas y almendras.

—¿Sabe cómo llegar a esas tierras? —preguntó Griseta.

—Suelo ir por esos lados, ya sea por mi trabajo o porque en el sector existen unas termas benéficas para el que sufre algún tipo de reumatismo o simplemente busca relajarse. Dos baños termales al mes me sientan muy bien.

—¿Nos puede indicar cómo llegar? —insistió Griseta.

—Si no les incomoda, puedo llevarlos. Tengo una audiencia a primera hora de mañana y luego quedo desocupado. Me hará bien salir de la rutina —dijo Gabrieli, sonriendo por primera vez desde que habíamos iniciado la conversación.

—No se moleste. Basta que nos dé algunas indicaciones —dije.

—No es molestia y además, me entró la curiosidad de conocer a ese pugilista del que en este momento deben estar conversando todos en el pueblo.

—Si es así, aceptamos su propuesta —concedí.

—También me gustaría saber para qué lo buscan.

—Es una historia con muchas vueltas, magistrado —agregué.

—Tiempo es lo que más sobra en este pueblo. Los invito a comer a mi casa. La invitación también es para usted, Sibelius.

—Gracias, pero preciso retomar mis asuntos. Mañana debo enviar mi informe mensual a la gente que financia mis exploraciones y aún no he escrito ni media palabra —respondió Sibelius al juez, y luego dirigiéndose a Griseta y a mí, agregó—: Me alegra haberlos conocido y espero que la búsqueda llegue a buen puerto.

—Sin su ayuda, seguiríamos dando vueltas alrededor de la plaza —dije a Sibelius, al tiempo que le entregaba una de mis ajadas tarjetas de presentación—. Cuando viaje a Santiago, no deje de pasar por mi oficina. Me interesan sus cuentos de naufragios y tesoros ocultos.

* * *

A la mañana siguiente nos despertó la lluvia que golpeaba la ventana del alojamiento al que fuimos a dar después de abandonar la casa del juez. Desayunamos al calor de una salamandra y nos dirigimos al tribunal donde nos esperaba Gabrieli. Nos presentó a los funcionarios que estaban a su cargo y luego de hacernos recorrer las dependencias del tribunal abordamos la robusta camioneta que el juez ocupaba para sus desplazamientos por los alrededores del pueblo.

Mientras el vehículo se alejaba de Curepto vimos que un cielo cargado de nubes estaba a punto de caer sobre los árboles, pastizales y ranchos que íbamos dejando a nuestro paso. El juez conducía sorteando los baches de un angosto y sinuoso camino

de ripio que de pronto parecía terminar al borde de un precipicio y enseguida continuaba en medio de un paisaje de árboles frondosos, brevemente interrumpido por la aparición de claros en los que pastaban algunas vacas de triste aspecto.

—Antes de la audiencia matinal instruí a mi secretario para que buscara en el archivo del tribunal alguna causa caratulada con el nombre de Dantés. No encontró nada —dijo Gabrieli.

—Quiere decir que nunca tuvo líos con la justicia —comenté.

—No necesariamente. La revisión se hizo en los expedientes abiertos en los últimos quince años —dijo el juez mientras pasábamos frente a una casa de aspecto pobre, alrededor de la cual rondaban unas gallinas castellanas—. ¿Han pensado que el viaje a Rapilermo puede no conducir a nada? La información sobre Dantés es muy antigua y además, considerando la suerte corrida por los hermanos Oyarzo, no sería raro que en sus tierras encontremos una cosecha de miserias.

—No me hago ilusiones, pero que nadie diga después que Heredia deja sus pesquisas a medio camino —respondí.

—En eso coincido con usted —acotó Gabrieli con una expresión satisfecha en su rostro—. Me gusta roer el hueso hasta llegar a la médula.

—¿Conoce usted a alguien en el pueblo que recopile información deportiva? —preguntó Griseta al juez.

—Lo ignoro. Y si hay alguien, dudo que sepa algo de la época que a ustedes les interesa. La memoria no es algo que se cultive en estos tiempos. La idea es vivir el momento y dejar el pasado a merced del polvo. Y sin embargo, es tan importante la memoria en nuestra labor. La mayoría de los crímenes tienen origen en el pasado de las personas. Alguna carencia de la infancia, un odio latente, algo que muerde las entrañas del delincuente hasta que no soporta más y reacciona —concluyó el juez con tono doctoral.

El camino se hizo pedregoso y entre tumbo y tumbo llegamos frente a un portón que se encontraba abierto permitiendo ver la fachada de una rancho ruinosa. Bajamos del auto y caminamos hasta la vivienda. Los ladridos de un chucho flacuchento alertaron de nuestra presencia a una mujer que abrió la puerta y nos examinó con desconfianza. Era joven y vestía de manera descuidada. Cruzó las manos sobre el vientre y guardó silencio.

—¿Estás son las tierras de los Oyarzo? —preguntó el juez, después de presentarse.

—Sí, así las llaman los antiguos —contestó la mujer en voz baja, midiendo el efecto de sus palabras.

—Buscamos a Buenaventura Dantés, un hombre que vivió o vive en este lugar.

—Jamás he conocido ni oído mentar a ningún cristiano con ese nombre.

—Probablemente vivió en este lugar hace treinta y cinco o más años.

—Tendrían no más que conversar con mi abuelo. Él pudo conocer a la persona que buscan.

—¿Cómo se llama su abuelo? —preguntó el juez, sin dar pausa a la mujer.

—Liborio.

—Liborio Huinao —dije.

—¿Cómo conoce su nombre? —preguntó la mujer, sorprendida.

—¿Dónde está su abuelo? —insistió el juez.

—Anda por la tierra alta —dijo la mujer, indicando el manchón verdoso que destacaba en los faldeos de un cerro próximo al rancho—. El viejo porfiado fue a mirar los almendros. A su edad sigue trabajando de sol a sol. Si quieren lo esperan o de lo contrario caminan hasta encontrarlo.

* * *

Recorrimos un sendero terroso hasta divisar a un anciano delgado y calvo que observaba los almendros que estaban a su alrededor.

—Don Liborio, soy el juez de Curepto. Estas personas que me acompañan quieren hacerle algunas preguntas —le dijo Gabrieli una vez que estuvimos a su lado.

El anciano nos miró sin saber si debía saludarnos de alguna manera especial o seguir callado. Al final se decidió por bajar la cabeza y mirarnos de reojo, con la desconfianza reflejada en sus pupilas.

—¿Para qué sería el interés de conversar? —preguntó—. Nunca he hecho nada que amerite el trabajo de un juez.

—Queremos que nos hable de los hermanos Oyarzo —le aclaró Gabrieli.

—¿Le pasó algo malo a don Facundo?

—Nada que yo sepa —retrucó Gabrieli—. Háblenos de su vida junto a los Oyarzo.

—No es bueno remover las cenizas. Se pueden avivar las ascuas y luego el fuego se hace incontrolable.

—¿Usted vivía con ellos cuando ocurrieron los asesinatos?

—Trabajaba por el pan y algunas chauchas. Después que se desgraciara con su hermano, don Facundo me mandó a llamar desde la cárcel y me pidió que me hiciera cargo de sus terrenos hasta que él recuperara la libertad. Me dijo que no dejara morir las siembras y desde entonces he procurado cumplir con el encargo.

—Andamos buscando a un hombre que pudo vivir en estas tierras hace algún tiempo. Buenaventura Dantés.

—¿Buenaventura? ¿Qué fue de él? ¿Se metió en algún lío?

—No que sepamos —dije—. Queremos encontrarlo y recordar con él algunas cosas del pasado.

—Buenaventura apareció por estas tierras una mañana cualquiera, habló con don Francisco y se arranchó. Al comienzo trabajaba duro y hablaba poco. Alguien contó que había sido boxeador y que peleando en Talca se había acriminado con un argentino. Nadie se atrevió a preguntarle si era verdad.

—¿Usted y él eran amigos? —le preguntó el juez.

—Sí, señor. Nos hicimos yuntas a pesar de la diferencia de edad. Bajábamos al pueblo cuando nos daban permiso o nos encargaban hacer compras. También para las Fiestas Patrias, a beber unas copas y tirar una canita al aire.

—¿Dantés le habló de su vida anterior a la llegada a Curepto? —pregunté a Huinao.

—Poco. Al hombre no le gustaba versear acerca de sus asuntos.

—Pero algo, alguna vez, le habrá dicho.

—Bueno, no sé si le pueda interesar, pero una vez que viajamos a Talca me habló de una promesa rota y del argentino al que mató en el ring. Al parecer se trataba de un sujeto inexperto que no debía haber combatido con Buenaventura.

—¿De qué se trataba la promesa que mencionó? —pregunté, algo impaciente.

—La que hizo a una mujer en Santiago. No pelear nunca más arriba de un ring.

—¿Dantés sigue viviendo en estas tierras? —pregunté, impaciente.

—Hace tiempo que se fue. Vivía aquí cuando aconteció la desgracia de mis patronos y se quedó ayudando en las faenas hasta que enfermó y un doctor en el pueblo le recomendó trasladarse a la capital. De eso han pasado muchos años. Andaba mal de la cabeza. Se olvidaba de las cosas y a veces había que salir a buscarlo por los cerros porque no recordaba cómo regresar a casa.

—¿A dónde fue en Santiago? ¿Qué pasó con él? —preguntó el juez.

—Mi sobrina Irene, que para entonces llevaba viviendo varios años en Santiago, le consiguió alojamiento en la casa donde ella trabajaba. Al parecer lo recibieron bien, mejoró de su mal y se quedó trabajando en el mismo lugar. En una visita que nos hizo mi sobrina, ocho o diez meses más tarde, contó que Buenaventura se acordaba todo el tiempo de nosotros. Con Irene me envió de regalo una botella de vino y una linda chomba de lana. Para la Navidad de ese mismo año mandó una tarjeta. Hubiera querido responderle un par de líneas, pero ni mis hijos ni yo somos letrados. Fue la última noticia que tuve de él.

—¿Qué hizo con la tarjeta? —pregunté—. ¿Será posible que aún la conserve?

—A mi finada esposa le gustaba la virgencita retratada en la tarjeta, y si la memoria no me falla, creo saber dónde puede estar.

Seguimos a Huinao hasta el interior de su rancho y lo vimos sacar una vieja lata de galletas desde un tosco aparador. La lata contenía un sinfín de botones, canutos de hilo y una decena de cartas y postales amarradas con un descolorido lazo amarillo. La tarjeta estaba dentro de un sobre azulino y lo que Dantés había escrito en ella no aportaba mucho más a los deseos impresos por el fabricante, a los que añadía una frase de recuerdo y su firma.

Guardé la tarjeta en su sobre y al querer devolverla a la lata, vi que el matasellos indicaba el 20 de diciembre de 1993 como fecha de envío. Di vuelta el sobre y bajo el nombre de Dantés, escrita con letra grande y dispareja, leí la dirección del remitente. Releí la dirección en voz alta y le pregunté a Huinao si correspondía al lugar donde

su sobrina había visitado a Dantés.

—Solo ella y Dios lo saben —respondió, tajante.

—¿Podemos conversar con su sobrina?

—Tendría que ser en Santiago. Pero no tengo su dirección ni nada que sirva para dar con ella. Desde que se casó dejó de venir a visitarnos. Seguramente debe tener muchos chiquillos y estar ocupada con ellos.

—¿Podemos llevarnos la tarjeta? —preguntó Gabrieli.

—Si le es de utilidad, llévesela. Desde que se murió mi mujer, no hace más que acumular polvo.

* * *

—Estoy por pensar que alguien se empeña en jugar conmigo —dije a Griseta, al tiempo que desde la ventana del tren observaba un campo de flores amarillas que me recordó a una pintura de Van Gogh.

Después de visitar Rapilermo y conversar con Liborio Huinao, el juez Gabrieli nos había llevado a Curicó, donde abordamos el tren que nos regresaba a Santiago.

—El viaje no fue en vano, Heredia. Conocemos dónde vivía Dantés a fines del año 1993. El tiempo de búsqueda se redujo a once años y a una nueva dirección.

—De niño, en lo que era uno de mis sueños más recurrentes, me veía en medio de una calle, viendo alejarse a un hombre al que solo podía ver la espalda. Me ponía a correr para darle alcance. El hombre, sin mirar hacia atrás, apuraba sus trancos, alejándose hasta perderse en la distancia. Dejé de tener ese sueño cuando abandoné el orfanato, pero mientras escuchaba a Huinao recordé aquellas noches en las que me despertaba asustado y encendía la luz del dormitorio.

Griseta acarició mis cabellos. El traqueteo persistente del tren era una música suave y adormecedora. La acogí entre mis brazos y nos besamos.

—De una vez por todas quiero ver el rostro del hombre que aparecía en mis sueños —dije.

—¿Crees que era tu padre?

—Todo el tiempo encuentro gente que habla de sus padres. Yo no puedo decir nada. Junto los dientes y callo.

Me despedí de Griseta a la salida de la Estación Central y la vi abordar el taxi que la llevaría hasta su departamento. Busqué la entrada más próxima al Metro y en veinte minutos estuve en mi barrio, rodeado de la gente que participaba en la misma maratón febril de todos los días. Antes de subir al departamento, pasé a saludar a Anselmo que estaba descolgando aceleradamente los diarios y revistas que exhibía en las paredes de su quiosco.

—¿Por qué cierras tan temprano? —le pregunté al tiempo que miraba de reojo a la morena que me sonreía desde la portada del *Play Boy*.

—Las ventas han estado malas y dudo que eso cambie de aquí a la noche.

—A otro perro con ese hueso. Algo te traes entre manos.

—Carajo, don. A usted cuesta pasarle gato por liebre.

—¿Tienes otra cita con Azucena, la literata?

—Frío, frío, don. Ella es parte de mi pasado desde ayer en la mañana, al igual que su taller literario al que asisten tipos que hablan en difícil y señoronas aburridas que desean aprender a escribir después de pasar por cursos de macramé, bordado en tela de cebolla y arte birmano.

—¿Quién es la nueva musa?

—Lucrecia. La conocí en el club de tango al que asisto desde ayer en la noche. Tienes sus añitos al igual que yo, es viuda y baila con la gracia de una doncella.

—El camino al infierno está lleno de doncellas, Anselmo.

—Nos vamos a juntar en su casa para ensayar algunos pasos de baile.

—¿Y qué más?

—Me espera con uno de sus platillos favoritos. Dice que es buena cocinera.

—¿Y qué más?

—Habitualmente una buena comida despierta ciertas pasiones.

—¿Y qué más?

—Ardo de impaciencia por tenerla en mis brazos.

—Te jodieron, Anselmo. Estás hablando como personaje de telenovela venezolana.

—No me mate el entusiasmo, don. Estoy más ansioso que adolescente en su primera noche de putas.

—Tú sabrás en qué aceite te achicharras. Que tengas suerte, Anselmo. Voy a dormir una siesta y olvidar por un rato que el mundo sigue girando.

—Vino su amiga policía. Me encargó decirle que la llame. Para mí que esa mina quiere que usted le enseñe cuántos pares son tres moscas.

* * *

Me senté frente al escritorio y observé por un instante el teléfono ubicado sobre el escritorio, entre un programa del Hipódromo Chile y la historieta del *Corto Maltés* que había adquirido en un puesto de la Plaza Almagro. Me sentía cansado y tendría que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para ir a la dirección anotada en el sobre guardado por la esposa de Huinao. Tomé el teléfono y luego de marcar el número de Doris Fabra, lo volví a dejar en su sitio.

—¿Qué pasa? —oí preguntar a Simenon, mientras extendía su cola blanca sobre el escritorio.

«*Como un fantasma gris llegó el hastío*». No me entusiasma como antes hacer preguntas y preocuparme de asuntos ajenos. Prefiero sentarme en la plaza a ver pasar la gente, sin que nadie se percate de mi presencia ni me haga blanco de sus miradas.

—Me pongo nervioso cuando te da por recordar letras de tangos.

—¿Alguna vez te has preguntado por tu padre?

—Cuando te lanzan al callejón solo puedes pensar en sobrevivir. Huir de las dentelladas de los perros y del puntapié del vecino rezongón; vencer a los gatos de tu porte y aprender a comer lo que se encuentra en el camino. No es fácil, y las cicatrices pesan sobre el lomo. A veces tienes suerte y encuentras a una gatita amable o alguien te ofrece un sitio junto al fuego.

—Malditos los años que nos han tocado. Primero las sombras y luego el reflejo de un sinfín de luces falsas.

—Tienes razón, pero a pesar de eso debemos mantener el fuego encendido.

—¿Desde cuándo te convertiste en un gato optimista?

—Desde que pongo atención a las dos o tres cosas razonables que dices de tarde en tarde.

—¿Y qué me dices sobre tu padre?

—Nunca lo conocí. Probablemente dejó su pellejo en los callejones.

—¿Te habría gustado conocerlo?

El timbre del teléfono dejó pendiente la respuesta de Simenon. Tomé el fono de mala gana y al escuchar la voz de Doris Fabra me sentí como mosca atrapada en una telaraña.

—¿Qué te habías hecho? —preguntó.

—Andaba de paseo por el sur.

—¿Averiguaste algo sobre tu padre?

—Encontré a un campesino que lo conoció. El hombre me dio la dirección de una casa en Santiago. Dantés podría vivir en ese lugar.

—Puedo ayudarte a encontrar la casa.

—Déjame intentarlo por mi cuenta. Si me va mal te doy un grito o corro a refugiarme en tu regazo.

—Mientras andabas de viaje descubrí que no seguiste mi consejo.

—¿Cuál de todos tus consejos?

—No husmear en los bikinis del cabaré *Amapola*.

—Pasé a dar una mirada. Nunca está de más ejercitar la vista. En cuanto a lo que nos interesa, no saqué gran cosa en limpio. Al viejo Ledezma le gusta toquetear muchachas y de vez en cuando organiza fiestas privadas para él y sus amigotes.

—Mi suerte es mejor que la tuya, Heredia. Fui al cabaré y conocí a una copetina que no estaba la noche que estuviste coqueteando con la administradora. La mujer no conocía a Aurelio Ledezma, pero recordó a su sobrino Víctor y el departamento donde lo ha ido a visitar un par de veces. Con ese antecedente fue fácil dar con él, y aunque al principio se negó a cooperar, el careo con Bedoya lo hizo recapacitar.

—¿Detuviste a Bedoya?

—Lo atrapamos en *El Viñatero*. Unas horas bajo el foco lo colocaron muy locuaz. Confesó que había atacado a Palermo y también gracias a él estamos en condiciones de apresar a Aurelio Ledezma y desarticular su red de asilos clandestinos. El viejo Ledezma vive en una casa en La Reina y acaba de instalar un asilo en la calle Recoleta, cerca del Cementerio Católico. Suponemos que a ese lugar llevó a los viejos que sacó del lugar que allanamos días atrás. Te estoy esperando frente a la entrada de tu edificio. Acompáñame, en una de esas encontramos a Gabriel Servilo.

—Me alejo de ti un par de días y haces todo el trabajo.

—¿Me acompañas o prefieres quedarte reflexionando sobre la inmortalidad del cangrejo?

Junto a la entrada del edificio me esperaba Doris y dos detectives novatos que trabajaban bajo sus órdenes. Sus cabellos lucían recortados. Vestían bluyines y polerones azules, lo que les daba el aspecto de estudiantes ataviados para un paseo de curso. Doris Fabra nos presentó y los tiras me quedaron viendo como si yo hubiera sido un tiranosaurio *rex*. El que respondía al apellido Baeza indicó el auto verde estacionado a pocos metros del quiosco de Anselmo.

—¿Por qué mencionaste una red de asilos clandestinos? —pregunté a Doris una vez que nos acomodamos en el vehículo.

—Víctor Ledezma no es tonto. Apenas reconoció que se estaba cocinando en su salsa de mentiras, decidió salvar su pellejo y ponernos al tanto de los negociados del tío. Aurelio Ledezma lleva más de treinta años administrando hogares de ancianos clandestinos. De joven estudió enfermería y pronto se dio cuenta que ganaría más dinero montando su propio negocio que limpiando traseros en clínicas y hospitales. Acondicionó la casa que había heredado de sus padres y comenzó a recibir ancianos. El asilo rindió sus frutos y decidió habilitar dos casas más. Al cabo de diez años era el propietario de doce casas. Hasta ahí todo correcto. El problema comenzó cuando descubrió que algunos viejos estaban solos en el mundo y era más lucrativo mantenerlos con lo mínimo, y si morían seguir recibiendo sus pensiones de jubilación.

—Hasta donde conozco del tema, entiendo que en el Servicio de Registro Civil queda constancia de la muerte de una persona y de ahí se entrega información a los cementerios y a las aseguradoras o instituciones que pagan las jubilaciones. De

acuerdo a eso, al morir un pensionado se suspende el pago del beneficio.

—Ese es el procedimiento habitual y por eso creo que hay varias piezas que no encajan —agregó Doris.

Intenté recordar algo que había dicho una de las niñas de la señora Josefina, pero me distrajo Baeza anunciando que habíamos llegado a nuestro destino. La casa era de dos pisos y estaba pintada de amarillo. En su parte delantera tenía una gruesa puerta de madera, dos ventanas enrejadas y un portón para vehículos.

—¿Traes tu pistola? —preguntó Doris.

—Quedó en mi escritorio —respondí mientras la veía preparar su arma de servicio—. ¿Esperas encontrar una banda de terroristas octogenarios?

—Nunca se sabe lo que hay detrás de una puerta.

—No, claro que no. Es parte del sabroso misterio de la vida. ¿O necesitas alguna certeza para sacar tus pies de la cama cada mañana?

—Te respondo más tarde, Heredia —dijo Doris y enseguida, con voz firme, ordenó a sus subordinados entrar al patio y vigilar las puertas de la casa.

—¿A todos los hombres los mandoneas igual? —le pregunté.

—¿Tú qué crees? —retrucó Doris.

—Te va a costar encontrar marido.

Doris hizo una mueca rabiosa y sin decir nada emprendió una carrera que concluyó con un zapatazo contra la puerta. Oí el crujido de la madera y luego vi a Doris entrar en la casa. Caminé tras ella por un pasillo oscuro que nos condujo al patio interior de la vivienda. Un olor a encierro, orín y humedad me golpeó con fiereza. Me detuve y observé que a lo largo del pasillo había cuatro puertas que comunicaban a igual número de cuartos. Se escuchó un alarido desde el fondo de la casa y en la penumbra asomó una mujer que venía anudando el cordón de su bata. Debía tener unos setenta años y parecía dispuesta a partir la cabeza del primero que se cruzara en su camino. Pero no tuvo suerte, porque cuando quiso decir algo, Doris la acalló con su pistola y le ordenó rehacer sus pasos hasta una habitación en la que descubrimos un televisor encendido y cuatro gatos disputándose un plato con restos de comida.

—¿Cómo se llama usted y qué hace en esta casa? —le preguntó Doris después de mostrar su credencial.

—Berta Serrano. Soy la cuidadora del hogar —dijo la mujer, intimidada.

—¿Se encuentra algún otro empleado en la casa?

—Nadie más. La enfermera que cuida a los veteranos por las noches, llega en media hora más.

Oí ruidos de pasos y vi llegar a los colegas de Doris. Sin decir nada, salí de la habitación y me acerqué a una de las puertas del pasillo. La abrí y presioné el interruptor para encender la ampolleta que colgaba desde el cielo raso. Seis ancianos escuálidos y semidesnudos me observaron atemorizados desde sus camastros de fierro. Noté que uno de ellos tenía sus manos atadas al respaldo de la cama y que

otro, calvo y de ojos llorosos, lucía un moretón sobre su mejilla izquierda. Ninguno de los ancianos dijo nada. Salí de la pieza y entré a otra. El espectáculo era similar, aunque agravado por la presencia de dos viejos que lucían sus torsos desnudos y respiraban con dificultad, como si el aire de la pieza fueran rocas amontonadas sobre sus pechos. Me acerqué a uno de ellos y le oí pedir un vaso de agua.

En los demás cuartos encontré a doce ancianas tan desaliñadas como sus compañeros de reclusión. La mayoría se encontraba durmiendo, acurrucadas bajo unas mantas andrajosas. De las tres que estaban despiertas, una parecía afiebrada, otra balbuceaba palabras sin sentido y la tercera daba pasos sonámbulos por la habitación, apenas cubierta con un camisón mugroso que hedía a espanto. La anciana se sobresaltó y me quedó viendo a los ojos, buscando un nombre extraviado en su memoria.

—¿Llegó la carroza? —preguntó—. Viene casi todas las noches, pero nunca pregunta por mí. Estoy cansada y quiero irme.

Tomé la frazada que estaba sobre una de las camas y cubrí a la anciana.

—Tranquila, abuela. Ya vendrán a sacarla de este hoyo —dije, al tiempo que conducía a la mujer hasta la cama y la obligaba a recostarse.

—Quiero una carroza con cuatro caballos negros. Igual a la que se llevó a mi padre.

Sin saber qué hacer, retrocedí unos pasos hasta tocar la cama ocupada por la anciana que parecía hablar a las sombras reflejadas en las paredes.

—La Amalia reclama por la sopa y le roba el pan a Roberto —decía la anciana—. El señor Uribe siempre muestra la foto de su hija y dice que ella vendrá a buscarlo cuando vuelva del Perú. La María es sucia. Se baja las bombachas y deja que el gordo Martínez le toque el culo. Vieja cochina. La acusaré con la enfermera. Mañana nos van a sacar a la plaza. A todos, menos a Olga. La tienen atada porque trata de escaparse. Berta se queja por sus muelas cariadas y a Emilia le robaron su radio. Sospecho que fue la señora Serrano. Bruja maldita. La próxima semana cumpliré tres años en el hogar.

—No tiene nombre, pero es real —oí decir a Doris a mi espalda—. Ordené llamar al hospital más cercano. Hay que evacuar a los ancianos. Necesitan alimentos, medicinas y alguien que los cuide.

—Me gustaría encontrar a Ledezma y estar un rato a solas con él.

—Dudo que tengas la oportunidad de hacerlo. En estos momentos deben estar deteniéndolo en su casa.

—Quedará en libertad antes que el gallo cante tres veces.

—Mi deber llega hasta entregarlo a la justicia.

—Tres minutos a solas con Ledezma.

—Ni lo sueñes, Heredia.

—Es posible que sepa algo sobre Servilo Meza.

—Cuando lo interroge le preguntaré por él.

—Tres minutos, Doris.

—Olvídate de Ledezma.

—¿Qué dice la encargada? —pregunté mientras daba unos pasos por la habitación.

—Reconoció que su patrón es Aurelio Ledezma y alega que cuida a los ancianos lo mejor que puede.

—Debe existir un registro de los residentes.

—Existe un cuaderno que entregó Berta Serrano. Baeza lo está revisando.

—Quisiera darle una ojeada.

—Hazlo, pero no intentes pasarte de listo con la información que encuentres.

* * *

Pedí el cuaderno al detective Baeza y durante un rato estudié los nombres registrados en él. Junto a cada nombre aparecía el carné de identidad del asilado y la fecha de ingreso a la casa. En algunos casos se añadía una nota informando que el anciano había sido retirado por sus familiares o fallecido. Gabriel Servilo Meza no figuraba en el registro. Calculé que eran más de cincuenta las anotaciones y me llamó la atención que algunas de ellas estuvieran tachadas, sin que se pudieran leer los nombres escritos originalmente. Me acerqué hasta el rincón de la pieza donde estaba Berta Serrano, esposada y bajo la atenta mirada del compañero de Baeza.

—¿Qué significan los nombres que están tarjados? —pregunté a la mujer.

Berta Serrano cerró los ojos y movió los hombros para dar a entender que lo ignoraba. Insistí con la pregunta y la mujer reiteró sus movimientos.

—Tarde o temprano tendrá que responder —le dije, alzando el tono de mi voz—. No olvide que usted es la parte más delgada del hilo.

La mujer me miró y apreció un temblor nervioso en sus labios.

—Errores de inscripción —dijo finalmente—. Nombres mal escritos que se borraron y luego fueron anotados una línea más abajo.

—Miente. Habrá que darle un raspacachos —dije, dirigiéndome a Baeza.

De reojo miré a la mujer y deduje que harían falta muchas preguntas más hasta que diera una respuesta convincente.

—¿Qué importancia tienen los borrones? —me preguntó Baeza, en voz baja.

—Corresponden a nombres que se quisieron ocultar —respondí, y enseguida le pregunté a la mujer acerca del tiempo que llevaba trabajando en la casa.

—Tres años. Los ancianos nuevos llegaron recientemente. El cambio de casa se hizo hace dos semanas —respondió de mala gana.

—Supongo que esos cambios son frecuentes. Cuando las casas se hacen sospechosas, toman a los viejos y los llevan a otro lugar.

—No sé nada de eso. Me limito a obedecer las órdenes del señor Ledezma.

—¡Órdenes! El país está lleno de cabrones que recurren a esa excusa para ocultar

sus faltas. Yo obedecía órdenes de mis superiores, yo nunca supe, yo estaba en una burbuja, yo no podía hacer nada, yo era un puto civil que mamaba la teta de los militares y no sabía lo que ellos hacían en sus cuarteles.

—Don Aurelio dispone los cambios —agregó la mujer.

—¿Ha tenido a su cargo a un anciano llamado Gabriel Servilo?

—Si su nombre aparece en el cuaderno, quiere decir que ha estado con nosotros.

—¿Nunca recuerda los nombres de los ancianos?

—Me acuerdo de los que llevan más tiempo en la casa.

—Nada mejor que tener mala memoria cuando conviene.

—¿Qué me van a hacer? —preguntó la mujer.

—Preguntas, miles de preguntas. Más le vale cooperar y decir la verdad. De lo contrario le va a costar salir bien parada de este asunto.

—Soy una empleada y obedecí órdenes.

—Eso ya lo dijo anteriormente. Piense en algo distinto para la próxima vez que la interroguen —dije, y antes de perder la paciencia, salí de la habitación.

Doris Fabra estaba en la pieza de las mujeres, sentada junto a la anciana a la que antes había oído conversar con las sombras. Por las mejillas de Doris corrían unas lágrimas que se esforzó en contener cuando me vio entrar.

—Se quedó dormida —dijo—. Se llama Francisca y está asustada. Me confundió con una hija a la que no ve desde hace más de un año. Francisca estuvo de cumpleaños la semana pasada y esperó todo el día la visita de su hija.

—Hace un rato la escuché decir algunas incoherencias que creo tienen un fondo de cordura y verdad.

—Tiene que descansar y luego tal vez pueda decirnos algo sobre lo sucedido en el hogar.

—¿Hay forma de encontrar a los familiares de los ancianos?

—Haremos el intento, aunque supongo que muchos de ellos no tienen a nadie que los acoja. Habrá que buscar un sitio donde estén bien atendidos —dijo Doris, y enseguida, al tiempo que se apartaba de la cama, preguntó—: ¿Cómo te fue con el cuaderno?

—Servilo Meza no aparece registrado. Tengo el pálpito de que Servilo estuvo en este lugar. Mañana podríamos conversar con algunos de los viejos. Tal vez lo recuerden. Y también sospecho de los nombres tachados en el registro.

—¿Qué nombres tachados?

El sonido de una sirena interrumpió nuestro diálogo. Doris Fabra salió apresuradamente de la habitación y comenzó a dar instrucciones a sus subordinados. Al poco rato la casa fue invadida por enfermeros y policías que sacaron en camillas a los ancianos. Después, cuando fue evacuado el último de los residentes, vi salir a Baeza seguido de Berta Serrano y otros dos detectives. La mujer iba cabizbaja y al pasar a mi lado me enfrentó con la afilada navaja de sus pupilas. Esbocé una sonrisa irónica y la seguí con la mirada hasta que desapareció dentro del vehículo policial

que la aguardaba frente a la casa.

—Esa mujer será un hueso duro de roer —dijo Doris a mi lado.

—Dale tiempo y explícale que nadie la va a ayudar.

—La dejaré un par de horas a solas.

—¿Vas a interrogar a Ledezma esta noche?

—Mañana. Prefiero dejarlo esta noche en manos de mis colegas. Estoy cansada y con ganas de dar vuelta la hoja. En otras circunstancias te habría invitado a beber una copa.

—¿En qué otras circunstancias?

—Conozco los caminos que no debo recorrer. Anselmo me contó que fuiste a Curepto con Griseta. Me dio detalles del romance que hubo entre ustedes y me he dado cuenta que te brillan los ojos cuando la mencionas. Disculpa que me entromezca en lo que no debo, pero ya no estás en edad de perder ciertas oportunidades. Piénsalo y no cierres la puerta.

De regreso en mi oficina, abrí una lata de cerveza y me dispuse a releer el primer capítulo de una novela en la que Horace MacCoy contaba la historia de una pareja que participaba en un maratónico concurso de bailes. Era una de mis novelas favoritas de Mac Coy, pero no avancé mucho en la lectura, porque entre frase y frase recordaba el nombre de Julio Servilo, al que le debía un informe acerca del trabajo realizado hasta el momento. Decidí no darle más vueltas al asunto y marqué su número telefónico. Apenas hubo reconocido mi voz, Servilo inició un reclamo airado que oí de mala gana, mordiéndome la lengua para no dar por finalizada la conversación con una puteada. Cuando me preguntó por su padre, le dije que la última pista me había conducido a una casa allanada por la policía y que en ella no existía huella alguna del anciano.

—En resumidas cuentas, lo que usted ha hecho es dar vueltas inútiles para llegar casi al mismo punto en donde comenzó la investigación —dijo Servilo.

—Esa es una manera de ver las cosas. Ahora conocemos algunos lugares en los que estuvo don Gabriel. Además, Ledezma tiene varios hogares de ancianos y no es descabellado pensar que en uno de ellos encontremos a su padre. No estoy seguro de nada, pero intuyo que pronto tendremos noticias de don Gabriel.

—Intuición, posibilidades. Hasta antes de conocerlo creía que los detectives utilizaban métodos más racionales. Reconozco que ha averiguado algunas cosas, pero desde el punto de vista de los resultados su trabajo me decepciona.

—Lamento defraudarlo, pero solo soy un hombre que hace preguntas y mete su nariz donde nadie lo espera.

Un tipo de carne y hueso que se deja llevar más por los sentimientos que por la razón.

—¿Sentimientos? ¿De qué demonios está hablando? He perdido mi tiempo con usted —dijo Servilo, molesto—. Le agradezco lo hecho hasta ahora, pero mis posibilidades de permanencia en Chile se agotan y debo conseguirme una ayuda más eficiente.

—Usted es libre de contratar a la persona que considere más conveniente.

—Es lo que pienso hacer, Heredia —dijo Servilo en voz alta y luego, sin perder su tono molesto, agregó—: Supongo que el adelanto que le pasé paga los servicios que me ha prestado hasta este momento.

—Y si así no fuera, da lo mismo. No ando por la vida engordando mi billetera.

—Su vida me tiene sin cuidado, Heredia. Debí averiguar algo más sobre usted antes de recurrir a sus servicios —dijo Servilo y colgó el teléfono para dar por concluida la conversación.

Terminé de beber la cerveza y me acodé en la ventana a ver pasar la vida del barrio.

—Hasta donde recuerdo, es la primera vez que un cliente prescinde de tus

servicios antes del informe final —dijo Simenon.

—Para todo hay una primera vez, gato metiche. En una de esas estás a punto de iniciar tu primer vuelo desde un séptimo piso.

—No te enojas, solo hago un comentario estadístico.

—En algún lugar de esta ciudad debe de estar Gabriel Servilo —dije, observando el horizonte—. Y aunque Julio Servilo no lo quiera, insistiré en su búsqueda.

—¿Y también en la de tu posible padre? ¿O piensas quedarte el resto del día apoyado en el marco de la ventana?

* * *

—No puedo permitir que interrogues a Ledezma —dijo Doris Fabra, acentuando sus palabras con una mirada fría que reafirmaba su voluntad de no retroceder en la decisión.

—Unas pocas preguntas, nada más.

—Un par de abogados han asumido la defensa de Ledezma, y si llegan a saber que fue interrogado por alguien extraño a la policía, nos deshollan vivos y sin anestesia. No voy a sacrificar mi cuello por darte en el gusto.

—De acuerdo, no insistiré —concedí de mala gana y luego, mientras endulzaba el café que había pedido al llegar al *Do Brasil*, pregunté—: ¿Qué sacaste en limpio del interrogatorio a Ledezma?

—El tipo es un caradura. Reconoce ser el dueño de varios hogares y las carencias materiales de cada recinto las atribuye a lo poco que cobra por recibir y mantener a los ancianos. Dice que cuenta con los permisos requeridos para funcionar y que los familiares de los viejos no han puesto reparos en la atención. Al respecto de lo último, conversé con algunos de los familiares. Unos dicen que nunca les dejaron revisar las instalaciones de la casa, y otros parece que jamás se preocuparon por el tema. Simplemente dejaron a sus viejos y se mandaron a cambiar. En esos casos es evidente que la culpa no solo ha sido del chanco, sino que también de quienes lo han cebado con afrecho.

—¿Qué dice Ledezma sobre el cobro indebido de pensiones?

—Los poderes que tiene para cobrar pensiones están en regla, aunque todavía falta hacer una revisión detallada. Chequear los nombres de los causantes con los datos existentes en las instituciones previsionales y en el Servicio de Registro Civil.

—Otro pez gordo a punto de escapar de las brasas.

—Prefiero pensar que va a terminar en la cárcel.

—¿Le preguntaste acerca de los registros tachados?

—Los atribuye a errores de Berta Serrano.

—Tiene respuestas para todo. Me habría gustado ver su cara al momento de contestar las preguntas.

—De nada te habría servido. Ledezma es menos expresivo que una marioneta de

cartón piedra.

—¿Qué pasó con los ancianos que encontramos en la casa?

—Unos pocos fueron retirados por sus familiares, otros trasladados a un nuevo asilo y la mayoría sigue en el hospital, aquejados de cuanto mal puedas imaginar.

—Vamos al hospital donde están los viejos —dije al tiempo que terminaba de beber mi café—. Puede que estén en condiciones de decirnos algo de interés.

* * *

Las seis mujeres estaban en una sala de muros blancos y ventanas amplias que daban a un jardín cubierto de cardenales. El sol entraba a la habitación filtrado por un visillo de tono verdoso. Las ancianas ocupaban camas limpias y en sus rostros se apreciaba la tranquilidad de los que dormitan al calor de sus pequeñas ilusiones. Doris Fabra se acercó a la octogenaria con la que había conversado después del allanamiento al hogar de Ledezma y yo me quedé junto a una viejecita delgaducha que me sonrió mostrando sus encías desdentadas. Le pregunté su nombre y durante un rato le escuché hablar de su casa en la población Santa Olga. Le mencioné a Gabriel Servilo y por un instante la anciana pareció encontrar un recuerdo en su mente confundida. Pero fue una luz pasajera, porque enseguida movió la cabeza de un lado a otro y se quedó en silencio, con la mirada perdida en quizás qué rincón de su pasado. Algo similar sucedió con las dos mujeres a las que me acerqué a continuación. La idea del fracaso cruzó mis pensamientos y por un momento no hice más que observar la sala, creyendo reconocer entre sus muros el comienzo de una nueva pesadilla.

—Manuela recuerda a un hombre que puede ser Servilo —dijo Doris en voz alta, indicando a la anciana de cabellos blancos que yacía en una de las camas.

Me acerqué a las dos mujeres y realicé el esfuerzo de sonreír. Los ojos celestes de la vieja adquirieron un brillo alegre.

—Manuelita, repita a mi amigo lo que me contó acerca de Gabriel —dijo Doris a la anciana.

—El caballero estaba enfermo y lo tenían en una pieza chica, apartado de los demás varones —dijo la mujer—. Oí su nombre una noche que me levanté al baño. La encargada estaba en la pieza y hablaba en voz alta con la enfermera que a veces iba a cuidarnos. El hombre tosía y se quejaba. Espié durante un rato, hasta que lo sacaron en una camilla y lo subieron al auto que llegó después que la señora Berta hiciera una llamada telefónica.

—Gabriel Servilo. ¿Ese es el nombre que escuchó? —le pregunté.

—Gabriel, solo Gabriel. Pobre hombre, cómo tosía.

—¿Vio el auto en que lo llevaron?

—Era un vehículo de los que usan para transportar finados.

—¿Una carroza fúnebre?

—Gris, brillante y con el nombre de un santo grabado en sus puertas.

—¿Qué santo?

—No recuerdo. Por más que trato, no lo recuerdo.

—¿Volvió a ver a Gabriel después de eso?

—Nunca más. Le pregunté por él a la señora Berta y ella me retó.

—Gracias, abuela. Sus recuerdos me serán de mucha utilidad —dije al tiempo que recordaba a mi amigo Campbell y a Dolly, una de las vecinas cariñosas de Ledezma.

* * *

—¡Santos. Nombres de santos! —exclamé mientras subía hasta el piso donde me esperaba mi oficina y en ella Simenon, y de vez en cuando la sorpresa de un cliente interesado en contratar mis servicios. Observé mi rostro reflejado en el espejo del ascensor y no me agradó el espectáculo. Mis ojos lucían tristes y mis mejillas soportaban el peso de varias noches en vela. Recordé una foto que me habían tomado años atrás junto a los imponentes pilares de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile y me pregunté si la imagen en el espejo correspondía al mismo hombre. Lo que veía parecía la sombra de alguien que había desgastado sus ilusiones durante el tiempo del horror y al que nada ni nadie podía devolver una vida maltratada por los asedios del miedo y los dolores propios y ajenos. Pensé en el verso de Discépolo que dice: «*Me ven perdiendo el cartel de guapo que ayer brillaba en la acción*», y cerré los ojos hasta que la puerta del ascensor se abrió y conseguí huir del espejo.

Dentro del departamento imperaba un leve olor a humedad. Simenon dormitaba sobre un viejo ejemplar de *Los hermanos Rico*. Al oírme entrar, abrió los ojos y me dedicó una indiferente mirada de tres segundos. El gato también había envejecido y últimamente lo pensaba dos veces antes de correr a mi encuentro. No teníamos mucho que decimos y bastaba una mirada para darnos a entender que la vida seguía su curso inalterable, como el sol que nos despertaba todas las mañanas o la cordillera que continuaba vigilando la ciudad. Abrí la ventana más próxima a mi escritorio y respiré hondo, hasta sentir que mi cuerpo recuperaba su entusiasmo. Mientras me acomodaba en mi sillón pensé en nombres de santos, y luego disqué el número telefónico de Marcos Campbell.

—¿Qué es de tu vida? —le oí preguntar desganado—. No esperaba escuchar tan pronto tu voz.

—¿Qué pasa? Te escucho bajoneado.

—Nada que no se solucione con algunas horas de sueño. Acabo de enviar la última edición de mi revista a la imprenta. Pasé tres noches al pie del cañón, editando crónicas y entrevistas. He tenido que revisarlo todo, letra por letra, coma a coma.

—¿Y la bella periodista en práctica?

—Por tu culpa, tomó sus cosas y se mandó a cambiar.

—¿Por mi culpa? Ni siquiera hemos cruzado un par de palabras o un guiño cómplice.

—Tú y tus malditas funerarias.

—Precisamente te llamaba por eso...

—Nada, no he averiguado nada —dijo Campbell—. Te hice caso y le pedí a Jessica que preguntara en las funerarias con nombres de santos que aparecen en la guía. Se tomó el trabajo en serio. Primero llamó por teléfono y luego decidió hacer visitas en terreno. Por alguna razón que desconozco fue a dar a uno de los nuevos cementerios instalados a las afueras de Santiago y conoció a un gerente que le ofreció el puesto de relacionadora pública. Ahora promueve las bondades del campo santo que, entre otras cosas, considera dos sepelios gratis para quien compre un nicho familiar dentro de los próximos seis meses.

—O sea que te quedaste sin inspiración.

—Y eso no es lo peor. Me convenció de las bondades de la promoción y me hizo endeudarme por los próximos dos años en la compra de un nicho con vista a la cordillera.

—Mira el asunto de manera positiva. Nadie podrá decir que no tienes dónde caerte muerto.

—Tú y tus funerarias —protestó Campbell—. ¿Todavía te interesa contar con esa información?

—Es el hilo más grueso que tengo para llegar al final de la madeja.

—¡Madeja! Estoy harto de tu madeja y del puto hilo que nunca encuentras.

—Deduzco que el horno no está para bollos.

—Tengo sueño, la periodista se fue y los tipos de la imprenta quieren que les pague por adelantado el trabajo. Y como si eso fuera poco, hoy en día la gente no lee un carajo. Solo diarios con titulares sensacionalistas, publicidad y minas en pelotas. No sé adónde vamos a ir a parar.

—A tu terreno en el cementerio —respondí.

—Miss Campo Santo alcanzó a indagar en tres funerarias: San Cristóbal, San Andrés y San Pancracio. En ninguna conocían a nadie de apellido Ocampo.

—¿Eso es todo?

—Si quieres seguir husmeando en las funerarias, te puedo prestar la guía de teléfonos.

* * *

Anselmo estaba sentado a un costado del quiosco, con una cerveza anidada entre sus manos y sus pensamientos revoloteando en algún punto indeterminado de la calle.

—Basta ver tu sonrisa para saber que la cita con Lucrecia llegó a buen puerto —le dije, sentándome a su lado.

—Carrera ganada de punta a punta, como en mis viejos tiempos en el Hipódromo

Chile.

—Me alegro. Te necesito de buen ánimo para que me hagas una gauchada.

—¿Qué se le ofrece, don? ¿Dinero en préstamo? ¿Cigarrillos? ¿Un buen dato para las carreras de mañana?

—Quiero que llames a las funerarias con nombres de santos y que preguntes por un tal Guillermo Ocampo.

—¿A todas?

—Todas, menos tres. Nos dividiremos el listado que aparece en la guía telefónica.

—¿No tiene otra pega más interesante, don? Seguir a alguien, seducir a una sospechosa, trabajar de guardaespaldas.

Después de mi cita con Lucrecia me siento capaz de cualquier cosa.

—Números telefónicos. Es todo lo que te puedo ofrecer por el momento.

—Debería prestar atención a mi propuesta de asociarnos. Tengo ahorros que alcanzan para comprar una oficina en el nuevo edificio del barrio.

* * *

Después de la sexta llamada comencé a pensar que la pesquisa telefónica tendría tanto éxito como atravesar a nado un río saturado de pirañas. Eugenio, Bartolomé, Santiago, Bernabé, Calixto y Rafael eran santos que habían prestado sus venerados nombres a igual número de funerarias, pero en ninguna de ellas trabaja alguien que respondiera al nombre de Guillermo Ocampo. El listado telefónico incluía algo más de treinta números, lo que al menos servía para comprobar que el añoso negocio de la muerte era tan próspero como lucrar con las infinitas necesidades de los vivos. Los dueños del gran mercado tenían transformada la vida en un negocio que atrapaba a sus clientes desde el primer berrido. Para el parto cómodo y seguro, un cheque. La sala cuna y la escuelita, otro cheque. Para la vejez y el ataúd, el último cheque a cuenta de los deudos. Y sin cheques al alcance de la mano había que resignarse a la fila interminable en el hospital, el colegio público y un metro cuadrado de tierra en el sector más asoleado del cementerio. Nada nuevo. El mundo dividido entre los de arriba y los de abajo, y entre ambos la presencia de un matón uniformado dispuesto a garantizar la vigencia de la ley del más fuerte.

Preparé un café al que le puse varias cucharadas de paciencia, y con más resignación que entusiasmo, terminé las llamadas hasta comprobar que una vez más había elegido el camino equivocado o simplemente no era mi día de suerte. Finalmente, llamé a Anselmo para ponerlo al tanto del resultado de mi trabajo y él aprovechó de contarme que iba en su novena llamada.

—Nada más que nueve —dije un tanto descontento con la noticia.

—Seguramente usted llamó y de inmediato preguntó por el tal Ocampo. Mi técnica es más depurada. Pregunto por las características y el precio de los servicios y cuando parece que estoy interesado en quedarme con alguno de ellos, digo que

Ocampo me ofreció un descuento especial. ¿Qué Ocampo? pregunta la secretaria que me ha atendido. Entonces le invento un par de mentiras, la obligo a recordar y si insiste en que no trabaja ningún Ocampo en la funeraria, le doy las gracias y buenas noches los pastores.

—Cuando termines las llamadas voy a estar muy viejo como para recordar de qué se trata el asunto. ¿No podrías apurar el tranco?

—Calma y tiza, don. De aquí a mañana tengo el pastel horneado. Lucrecia me está ayudando. Su voz es tan dulce que estoy seguro que nadie se atrevería a mentirle.

—Puedo esperar hasta mañana —dije y le pregunté por el resultado de sus nueve llamadas.

—Nadie ha oído hablar de Ocampo, pero me han hecho unas ofertas de servicios fúnebres tan interesantes que dan ganas de caerse muerto de inmediato.

Me despertó el nervioso ronroneo de Simenon, que estaba a mi lado con las orejas alertas y su mirada fija en la puerta del dormitorio. El reloj sobre el velador marcaba las dos de la madrugada y el rostro de la noche seguía asomado a la ventana. Pensé en recurrir a la ayuda de mi pistola, pero antes de deslizar mi mano bajo la almohada recordé que la había dejado en uno de los cajones del escritorio. Me puse de pie y la desnudez de mi cuerpo reflejada en el espejo del ropero acentuó mi incertidumbre. Maldije en voz baja. Oí el ruido de unos pasos acercándose a mi encuentro y antes de que alcanzara a idear una defensa, vi aparecer el brillo de unos ojos. Quise decir algo, pero ella se acercó a mi lado y acarició mis mejillas. Busqué sus labios y al tenerla entre mis brazos descubrí que también ella viajaba desnuda por la noche. Deslicé mis dedos por su espalda y con una caricia atrapé entre mis manos el universo perfecto de sus nalgas. El abrazo me hizo retroceder y unido a su boca me dejé caer sobre la cama. Un rayo de luz iluminó su rostro. Se montó suavemente sobre mis piernas y me hizo entrar en ella, lentamente, siguiendo el ritmo de una música que solo los dos podíamos escuchar. El tiempo jugó sus cartas marcadas y la sentí aquietarse, con la respiración entrecortada y sus ojos clavados en los míos. El cansancio se posó en nuestras miradas y luego cayó como una avalancha sobre nuestros cuerpos.

* * *

La mañana nos sorprendió entre las sábanas y a no ser por la proximidad de su sonrisa habría pensado que estaba en medio de un sueño del que no tardaría en despertar.

—De pronto pensé en ti y te extrañé —dijo Griseta.

—¿Por qué no llamaste por teléfono?

—Quise probar si servía la llave que me diste años atrás.

—Me alegro de no haber cambiado la cerradura.

Griseta sonrió y luego besó mis labios. La aprisioné en mis brazos y durante unos segundos no hice más que mirarla a los ojos.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó.

—Puedes usar la llave más a menudo.

—¿Qué tan a menudo?

—A diario, por ejemplo.

—¿Y hasta cuándo?

—Hasta que te canses o yo decida cambiar la cerradura.

—No es tan fácil como lo pintas —respondió Griseta.

* * *

—¿Qué has pensado hacer con la dirección que te dieron en Curepto? —preguntó más tarde Griseta, mientras mondaba la manzana que había encontrado en el refrigerador, oculta entre dos latas de cervezas y una bandeja de huevos.

—Debería ir a ese lugar lo antes posible.

—No te aprecio muy convencido de querer hacerlo. ¿Qué te retiene? Es probable que sea el último paso que te separa de tu padre. San Bernardo queda a una hora de viaje en bus. No vas a dejar el pellejo en el esfuerzo.

—Si me acompañas, puedo ir hoy mismo.

—Hoy estoy ocupada, y además, pienso que es algo que debes hacer solo.

—¿Vendrás a verme en la noche? —pregunté algo desilusionado por la respuesta—. Para entonces espero tener algo nuevo que contar.

* * *

El viaje duró menos de lo estimado por Griseta. Tomé el Metro hasta la Estación Lo Ovalle y luego un colectivo que avanzó raudo por la Gran Avenida hasta dejarme a un costado de la plaza principal de San Bernardo. No recordaba la última vez que había estado en el lugar, pero algo en la mansedumbre de sus árboles y en la mirada de los ancianos sentados en los escaños, me hizo pensar en una postal abandonada en la vidriera de un almacén de barrio. Di una vuelta alrededor de la plaza y enseguida me hice orientar por un lustrabotas que me indicó cómo llegar a la dirección que andaba buscando. La casa quedaba cerca y caminé a su encuentro con la sensación de ser un niño internándose en la espesura del bosque. El lejano silbato de un tren sonando a lo lejos me hizo apurar los pasos para llegar a la cita con mi pasado.

La dirección correspondía a una casona azul rodeada de árboles que ensombrecían sus ventanales y las dos enormes tinajas de greda instaladas a los costados de la puerta. Abrí un grueso portón de fierro y antes que alcanzara a llegar a la puerta, ésta se abrió y apareció una anciana que llevaba puesto un sencillo vestido de color verde limón.

—Oí el ruido del portón y creí que era el gasfiter —dijo, mientras me observaba con cierta curiosidad—. Desde ayer estoy esperando que venga a reparar la grifería del baño.

Di un paso atrás y por un instante pensé en salir huyendo.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó la mujer imprimiendo un tono de desconfianza a su voz—. Usted no tiene facha de gasfiter.

—Me llamo Heredia y ando buscando al señor Buenaventura Dantés.

—¿Quién le dio esta dirección?

—Liborio Huinao. Estuve con él en Curepto y me dijo que Dantés vivía en esta casa. Soy un pariente de Dantés.

—Buenaventura nunca mencionó que tuviera familiares.

—Él no me conoce y yo me enteré hace poco de su existencia.

—Desgraciadamente ya no vive aquí —dijo la mujer suavizando su voz.

—¿Murió?

—Hace dos años que dejó esta casa. ¿Para qué lo necesita?

—Si tiene tiempo le puedo contar mi historia. Después de escucharme quizás pueda brindarme su ayuda, señora...

—Catalina Urrutia —dijo la mujer indicando hacia el interior de la casa—. Pase, no son muchas las visitas que recibo desde que enviudé.

Seguí a la mujer hasta un patio protegido por las hojas de un añoso parrón, donde me indicó una mesa rodeada de tres sillas de mimbre.

—¿Qué parentesco tiene usted con Buenaventura? —preguntó después de ocupar una de las sillas y ajustarse sus anteojos.

—A menos que esté equivocado, él es mi padre —dije y comencé a contarle los detalles de la búsqueda de Dantés.

La señora Catalina me escuchó lanzando de tanto en tanto unos suspiros que parecían destinados a confirmar la veracidad de lo que escuchaba. Su desconfianza inicial dio paso al asombro y luego a cierta ternura reflejada en el brillo lloroso de sus ojos azules.

—Ahora les encuentro sentido a ciertas cosas que nos contaba Buenaventura —dijo la mujer cuando llegué al final del relato—. Mercedes. A mi difunto marido y a mí nos habló varias veces de ella, pero nunca nos reveló de quién se trataba. Al principio pensamos que era su hermana o una tía lejana. Después, cuando enfermó, dejamos de preocuparnos de ese nombre que mencionaba con frecuencia. Su cabeza no funcionaba bien. Nos hablaba de alguna persona y luego era incapaz de recordar su nombre. En ocasiones se sumía en el silencio y por más cosas que uno le preguntara, no decía nada. Daba la impresión de estar en otro lugar.

—¿Cómo llegó Dantés a esta casa?

—Vino un año después de que contratamos a Irene, la sobrina de Huinao. Ella nos habló de un amigo que necesitaba atención médica y nos preguntó si podía traerlo a la casa mientras se realizaba los tratamientos prescritos por el médico. Habíamos tomado cariño a Irene, y como la casa es amplia y está en gran parte desocupada desde que se casaron mis hijos, le dijimos que podíamos recibir al enfermo. Buenaventura debe haber llegado a comienzos del año 1993. Flaco, demacrado, parecía un alma en pena. Estuvo más de seis meses dedicado a los asuntos del hospital. Hoy una cosa, mañana otra. Usted sabe cómo tramitan a los pobres en los hospitales. Venga la otra semana, venga en quince días, venga el próximo mes. Al final, cuando terminó el tratamiento y debía regresar al sur, le ofrecimos quedarse. Nadie le exigió que hiciera nada, pero él, por propia iniciativa, se encargó de cuidar el jardín y alimentar a los animales de la casa. Perros, gatos, conejos y gallinas. Fernando, mi finado esposo, se llevaba bien con Buenaventura. Veían juntos los partidos de fútbol en la tele y a veces se escapaban a mirar las carreras de caballos en

la oficina de apuestas que está cerca de la plaza.

—¿Por qué no siguió viviendo con ustedes?

—Ocurrieron muchas cosas tristes, señor Heredia. Murió mi esposo y luego Buenaventura tuvo una recaída en su enfermedad y necesitó atención especial. Irene se hizo cargo de él. Se lo llevó a la casa de reposo en la que ella entró a trabajar después de estudiar enfermería. Una profesora del instituto donde se formó le ayudó a conseguir una pensión de gracia para Buenaventura. Con el dinero que recibe paga su estadía en la casa de reposo. Irene es una gran muchacha. Comenzó a estudiar mientras trabajaba de empleada doméstica en esta casa y se ha preocupado de Dantés como si fuera su hija.

—¿Eso quiere decir que Dantés está vivo?

—Por supuesto, ¿o usted esperaba otra cosa? Vive y está muy bien cuidado por Irene. Nada le faltará hasta que Dios lo llame a su lado. Yo no lo veo desde que se fue de esta casa. El hogar donde él reside queda cerca de la Plaza Chacabuco, al otro lado de la ciudad. Para ir a verlo tendría que atravesar medio Santiago, y a mi edad eso significaría un esfuerzo que no estoy en condiciones de afrontar.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo noticias de él?

—Irene viene a verme una vez al mes y me informa de la salud de Buenaventura —dijo la señora Catalina, y luego de enjugarse una lágrima con el pañuelo que sacó de su vestido, agregó—: Pobre hombre, ha pasado su vida peleando contra la soledad y la mala suerte. Usted puede darle alguna alegría al final de sus días. Estoy segura que nunca imaginó que podía tener un hijo.

—Me he preguntado muchas veces cuál puede ser su reacción al verme aparecer como de la nada.

—Para él ni para usted será fácil. Tengo tres hijos que nunca han dejado de estar a mi lado y sé muy bien que no todos tienen la misma fortuna.

—Desde que el mundo gira la fortuna se reparte en tajadas desiguales.

—Cuando era muchacha me preocupaba de esas cosas. Los años me han enseñado que la vida es lo único que Dios nos da. Lo demás queda sujeto a la suerte de cada cual.

—Me ha costado media vida aprender lo que usted dice.

—La tristeza de Buenaventura me conmovió desde el primer día —agregó la mujer—. Pocas veces lo vi sonreír. Una vez dijo que había sido pugilista y cuando mi marido quiso indagar más sobre ese aspecto de su vida, guardó silencio y nunca volvió a mencionar el tema. Solía contar las cosas a medias, como que deseaba sincerarse y a mitad de algún recuerdo se arrepentía de hablar.

—¿En qué ocupaba su tiempo?

—Despertaba temprano, regaba las plantas del jardín, conversaba con Fernando, escuchaba música en una pequeña radio que le regalamos la primera Navidad que pasó en esta casa. Sacaba a pasear a los perros y por las noches, apenas terminaban las noticias de la televisión, se iba a dormir. Comía como pajarito y nunca, ni siquiera

para las fiestas, probó una copa de vino o licor. No sé que más podría decirle.

—Falta que me dé la dirección del hogar donde se encuentra.

—Y que llame a Irene para contarle que usted irá a verlo. Me gustaría presenciar el encuentro entre usted y Buenaventura, pero ya le dije que no tengo energías para salir de la casa.

—Volveré otro día a contarle lo que suceda en ese encuentro.

—Entonces también podrá contarme algo de su vida, señor Dantés.

—Heredia, señora. Ese es mi nombre.

* * *

Otra dirección más, pensé mientras viajaba de regreso a Santiago. Otra senda hacia el reencuentro con un pasado del que no podía tener nostalgia, porque nunca había existido más que en mis sueños de muchacho. Deseaba terminar la búsqueda de Dantés, y al mismo tiempo pensaba en llegar a mi departamento y refugiarme entre los recuerdos que atesoraba entre sus paredes. Recuerdo en los que no tenía espacio el nombre de Buenaventura, salvo que recurriera a las fotos heredadas de mi madre o a la imagen que me había formado de él mientras seguía sus huellas.

Tenía la intención de pasar a la oficina y luego ir al lugar indicado por la señora Urrutia. Pero mis intenciones no fueron más que un poco de humo entregado a los caprichos del viento, porque apenas entré a la oficina me encontré con Anselmo sentado en mi sillón, con las piernas apoyadas sobre el escritorio y un programa hípico en las manos.

—*Gato Farrero* en la novena carrera del Valparaíso Sporting Club —dijo a modo de saludo—. Viene de ganar y aunque sube de categoría, tiene chance. ¿Se anima a jugarle unos pesitos?

—¿Desde cuándo ofreces el servicio de datero a domicilio?

—Tan solo mataba el tiempo mientras lo esperaba, don. Terminé de hacer las llamadas telefónicas a los nidos de los buitres y tengo para usted a dos tipos que responden al nombre Guillermo Ocampo. El primero trabaja en la funeraria San Marcos y el otro en la funeraria San Esteban.

—Dos por el precio de uno. Gracias, Anselmo. Te debo una gauchada de las buenas.

—Me limité a desempeñar el papel de correo. Todo el mérito corresponde a mi amada Lucrecia. Ella consiguió ambos datos.

—Los invitaré a cenar apenas salgamos de este entuerto. Mantel largo, vino generoso y una comida que nos haga sentir próximos al Olimpo.

—Siendo así, más vale que nos apuremos en encontrar a los tipos de las funerarias —dijo Anselmo avanzando hacia la puerta de la oficina—. Voy con usted a donde disponga.

—Despacio por las piedras, Anselmo. Antes quiero hacer una llamada —dije

mientras comenzaba a marcar el número telefónico de la señora Josefina.

La cabrona me escuchó con atención. Ocupé algunos minutos en recordar nuestro encuentro y después de mencionar al librero Reyes, le pregunté por Dolly Tuve suerte. La muchacha estaba desocupada y no tardó en llegar hasta el teléfono. Me bastó nombrar a Guillermo Ocampo para que recordara nuestra conversación sobre las fiestas organizadas por Aurelio Ledezma y su sobrino.

—A Ocampo no lo volví a ver después de esa fiesta —dijo Dolly.

—Necesito que me describas su aspecto —retruqué.

—Es bajo, rechoncho, usa cabellos cortos y bigote grueso. Debe andar cerca de los cincuenta años y la noche que lo vi llevaba una corbata humita.

—¿Algo más que te llamara la atención?

—Olía a perfume caro y tenía un diente tapado con oro. También, por si llega a verlo desnudo, recuerdo que tenía una cicatriz al costado derecho del ombligo.

* * *

La funeraria San Marcos estaba a dos cuadras de un hospital y su oficina de atención parecía predestinada a profundizar la tristeza de los clientes que llegaban a contratar los servicios de sepultación. Oscura, pequeña, adornada con estampas de santos sufrientes y con un pesado olor a sebo derretido que impregnaba el reducido espacio ocupado por dos escritorios metálicos y cuatro sillas. Miré a Anselmo y con un disimulado guiño le cedí la iniciativa para abordar al anciano desgarrado y somnoliento que estaba sentado detrás de uno de los escritorios.

—Antes que todo distinguido señor, perdone que interrumpa sus meditaciones y le quite su valioso tiempo —comenzó a decir Anselmo en lo que temí fuera el inicio de un discurso interminable—. El caballero que me acompaña y quien le habla, su ponderado y fiel secretario, deseamos ubicar al señor Guillermo Ocampo, empleado de esta ilustre empresa de servicios fúnebres.

—Yo soy Guillermo Ocampo —dijo el vejete con voz cavernosa—. ¿En qué puedo ser útil a los señores?

—¿Usted? —preguntó Anselmo y me miró de reojo, esperando alguna ayuda de mi parte. No había que ser Sam Spade ni Nero Wolf para deducir que el aspecto del empleado estaba a años luz de la descripción entregada por Dolly.

—Guillermo Ocampo Fredes —insistió el vejete, entreviendo la posibilidad de cerrar un negocio conveniente.

—Nos informaron que su funeraria podía proveernos de una urna para un finado levemente excedido de peso —dije, dispuesto a sacar a mi amigo del embrollo—. Para ser exactos y precisos, ciento cincuenta kilos era lo que pesaba nuestro querido y hoy finado *Gordi* Gonzaga, hombre respetado en todas las picadas, comederos y fritangas existentes de San Diego al sur.

—No somos fabricantes de ataúdes —respondió el vejete, imperturbable en su

seriedad—. Trabajamos con modelos estándares que nos entregan los proveedores. Para conseguir lo que usted necesita debe recurrir a los servicios de un fabricante. Si gusta, le puedo dar algunas direcciones.

—Gracias, pero dudo que el gordo tenga paciencia para esperar que le hagan un traje a la medida. Murió hace dos días y su grasa apesta.

El vejete movió sus hombros para expresar su desencanto, y Anselmo inició otro discurso, esta vez para agradecer la información y despedirse.

—Cualquiera diría que el carcamal te resultó simpático —dije a Anselmo una vez que estuvimos de nuevo en la calle.

—Modales, don. Lo que falta a los santiaguinos son buenos modales.

—Modales y toneladas de pastillas contra la depresión y la neurosis. Andar por las calles del centro es una actividad peligrosa. Si no te atropella un vehículo, te revientan a codazos los peatones.

—Vamos bien encaminados, don. Fracasado el primer intento y dado que contamos con dos direcciones de funerarias, tenemos el ciento por ciento de posibilidad de obtener un buen resultado en nuestra siguiente visita.

—Tu uso de las cifras es de temer. Pareces el vocero de un partido político.

—La mayoría de las funerarias están ubicadas cerca de los hospitales —comentó Anselmo mientras estacionábamos frente a un negocio de repuestos y lubricantes para automóviles. Habíamos cruzado de sur a norte el río Mapocho para llegar a la funeraria San Esteban, y después de luchar con semáforos, embotellamientos y conductores neuróticos, mi entusiasmo era similar al del novio que ha corrido el maratón un día antes de su boda.

—No has descubierto la pólvora, Anselmo. Donde hay carroña revolotean los jotes.

—A propósito de aves rapaces, don. ¿Le conté que antes de instalar el quiosco trabajé tres meses como buitre?

—¿Te disfrazabas para promover alimentos de mascotas?

—Me extraña que no sepa lo que es un buitre —dijo Anselmo y respiró profundo, como si en la explicación que se disponía a dar estuviera en juego su vida—. Me instalaba en las morgues de los hospitales, abordaba a la parentela de los difuntos y le hablaba de las bondades de los ataúdes ofrecidos por mi funeraria. Ganaba diez luquitas por cada cajón que vendía. Todo iba bien hasta que tuve la mala idea de decirle a un deudo que mis cajones incluían una pequeña pantalla de televisión con baterías inagotables. El tipo, grande y gordo como el ropero de mi abuela, no tenía ni una pizca de humor. Me pegó dos cometas en el mentón y casi termino durmiendo en uno de mis ataúdes en oferta.

—Yo te habría pegado cuatro —le dije en el momento que me detenía junto a la entrada de la funeraria San Esteban.

El aspecto del lugar era totalmente opuesto al de la primera funeraria que habíamos visitado. Tenía una recepción amplia, iluminada con focos que emitían una luz celestial, y tras unos escritorios con cubierta de vidrio había una atractiva y sonriente secretaria.

—Moriría en brazos de ese angelito —dijo Anselmo mientras observaba embobado las piernas de la secretaria.

—Déjame hablar a mí —ordené al quiosquero mientras me acercaba al escritorio ocupado por una rubia de nariz respingada.

—¿Desea contratar nuestra atención? —preguntó cuando estuve frente a ella—. El servicio considera urnas metálicas, de madera sencilla y de roble americano con forro de seda. El transporte puede ser en carroza común o en limusina con bar abierto para los deudos.

—Parra y Rojas, oficiales de policía —dije, indicando a Anselmo que se había quedado unos pasos más atrás—. Buscamos al señor Guillermo Ocampo, empleado de esta empresa.

La secretaria se movió en el asiento y sus labios se extendieron en un gesto de fastidio.

—¿Qué hizo esta vez? ¿No pagó la pensión de alimentos? ¿Volvió a golpear a su ex esposa?

—Queremos hacerle algunas preguntas.

—Ese sujeto está ordenando nuestros productos en el salón de exhibición — agregó la rubia y luego de levantarse de su asiento, agregó—: ¡Sígueme!

El trasero de la secretaria era un espectáculo digno de contemplar a lo largo de varios kilómetros, pero duró menos que sueldo de empleado público. Cruzamos una puerta de dos hojas y quedamos en una sala en penumbras donde había una veintena de ataúdes dispuestos sobre caballetes metálicos. Al fondo de la sala, un hombre vestido de overol, al que no conseguí ver bien su rostro, atornillaba la tapa de un ataúd. Nos miró de reojo sin alzar la cabeza, ordenó el mechón que le caía sobre la frente y le dijo a la secretaria que estaba a punto de terminar el trabajo.

—Te buscan estos señores de la policía —le dijo la secretaria, remarcando sus palabras con evidente antipatía.

La mención de la policía tuvo en Ocampo el efecto de un golpe de corriente. Dejó de hacer su trabajo, botó el destornillador al suelo y se largó a correr hacia la puerta que comunicaba con el patio interior de la funeraria. Anselmo intentó correr tras él, pero avanzó tres pasos y tropezó con uno de los ataúdes en exhibición. Le ayudé a levantarse y enseguida corrí hacia la puerta. Salí a un patio repleto de basura, trozos de madera y restos de coronas fúnebres. El patio estaba rodeado de muros, altos y difíciles de escalar. Deduje que Ocampo no debía andar muy lejos. Un gato negro saltó desde la cima de una cajas apiladas y se detuvo frente a dos ataúdes maltrechos que estaban en un rincón del patio. Levanté un madero desde el suelo y esgrimiéndolo a modo de garrote, avancé lentamente hasta quedar junto a los féretros.

—Se acabó la jugarreta, Ocampo —grité y al no obtener respuesta, azoté con el madero el ataúd más próximo. El cajón crujió penosamente y su tapa fue a dar al suelo dejando a la vista el interior forrado con una sucia tela gris. Oí un leve jadeo proveniente del segundo ataúd y tuve la certeza que la huida de Ocampo llegaba a su fin.

—Sal de tu escondite o prometo dejarte en él para siempre —dije en voz alta.

La tapa del ataúd se abrió lentamente y vi asomarse una cabeza. Recordé la descripción de Guillermo Ocampo realizada por Dolly y tuve que reconocer que en nada se asemejaba al hombre que tenía a mi lado. Arrojé el madero al suelo y esperé a que el empleado de la funeraria abandonara el escondite.

—La próxima semana voy a depositar la pensión de alimentos —dijo Ocampo mientras lo conducía de vuelta al salón.

* * *

—¡Carajo! —exclamó Anselmo mientras regresábamos a mi oficina—. Tanto ir y venir para nada. Palos de ciego, tiro al aire, pedos de mariposa. ¿Cómo podemos

llamar a esta enorme pérdida de tiempo?

—Mala suerte.

—No quiero ver otra funeraria más en mi vida.

—Agradece que la rubia no cobró el ataúd que dejaste en calidad de astillas.

—Solo le aflojé la tapa y rayé parte del barniz —dijo Anselmo, y luego de un rato en que se mantuvo en silencio, preguntó—: ¿Qué piensa hacer para ubicar al Guillermo Ocampo que nos interesa?

—Ledezma.

—¿Qué pasa con él?

—Debe saber dónde encontrar a Ocampo.

* * *

—Ledezma está bajo fianza y dudo que quiera contestar nuestras preguntas — escuché decir a Doris Fabra desde el otro extremo del teléfono—. Tendríamos que recurrir al juez que lo procesa y eso puede llevar algunos días.

—No queda más que bajar la cortina y cerrar el negocio.

—¿No pensarás quedarte de brazos cruzados?

—¿Tienes alguna idea mejor?

—Te puedo indicar dónde vive Ledezma.

—¿Y?

—Puedes encontrar el modo de conversar con él.

—Si estuvieras a mi lado, te daría un beso.

—No me tientes. Si me lo propongo, puedo estropear tu romance con Griseta — dijo Doris en tono festivo.

* * *

Al día siguiente vigilé a Ledezma desde temprano. Por la mañana lo seguí hasta una notaría ubicada en la calle Pedro de Valdivia, luego a la oficina de un corredor de propiedades y más tarde de regreso a su casa. Mientras vigilaba aproveché de indagar sobre él con algunos de los vecinos del barrio. Averigüé que vivía con una mujer encargada del cuidado de la casa y que no tenía perros dentro de su propiedad. Nadie sabía muy bien a qué se dedicaba y se presumía que era rentista o tenía un negocio de electrodomésticos en la calle San Diego. No me extrañó la ignorancia de los vecinos, porque en la ciudad cada persona es una isla y se puede pasar a diario al lado de alguien sin llegar a conocer nunca su nombre. Alguien que puede ser torturador o asesino, genio incomprendido o charlatán de café. Aunque también existen los que entran en las vidas ajenas con especial desparpajo. Los intrusos, las viejas alcahuetas, el almacenero de la esquina que conoce los vicios y virtudes de sus clientes, y los

detectives privados que no se cansan de atisbar por las ventanas entreabiertas de sus vecinos.

Al término de mis preguntas, me sentía cansado, con ganas de volver al departamento y tenderme en la cama, acompañado por una buena novela de capa y espada, al estilo de Sabatini o Salgari. No es un problema de la edad, me dije a modo de consuelo. Nunca había tenido mucho interés en andar correteando detrás de los sospechosos o saltar muros como un gato de callejón. Prefería observar las cosas que pasaban a mi lado. Inspector de almas o metiche por encargo eran los títulos que debía poner en mi tarjeta de visitas.

Ledezma volvió a salir de su casa poco después del mediodía. Se dirigió a un restaurante en la avenida Suecia donde lo esperaban dos hombres con aspecto de empresarios. Me senté junto a una mesa desde la que podía vigilar a los comensales y pedí un Campari. El almuerzo de Ledezma y sus amigos transcurrió sin sobresaltos y cuando comenzaba a pensar que debía esperar otro momento para acercarme a él, lo vi ponerse de pie y dirigirse al baño. Decidí probar mi fortuna y lo seguí como un perdiguero que ha olfateado la sangre de su presa. El baño era amplio y luminoso. Frente a un espejo de pared había cuatro lavamanos y tres casetas con sus correspondientes inodoros. Ledezma se detuvo un segundo a observarse en el espejo y me miró de reojo cuando me coloqué a su lado. No sé si llegó a sospechar de mis intenciones, porque apenas el vejete dio un paso hacia una de las casetas, cubrí su boca con una de mis manos y le hice sentir el filo de mi cortaplumas en la garganta.

—No vengo a robar ni le haré pagar en este instante por el maltrato que les da a los ancianos en sus mugrosos asilos —le dije, empujándolo hacia el interior de la caseta—. Simplemente me propongo saber algunas cosas que la policía no le supo sonsacar acerca de sus negociados.

—Mis hogares de ancianos funcionan legalmente. La justicia me dejó en libertad bajo fianza, y usted, sea quien sea, no tiene derecho a importunarme —replicó Ledezma, procurando mantener la calma.

—Su libertad no durará por mucho tiempo. Mientras usted come con sus amigos, la policía trabaja para encontrar pruebas en su contra. Es cosa de tener paciencia y esperar unos días. La señorona ciega de la justicia hará su trabajo y usted irá a dar al calabozo.

—¿Qué busca? —preguntó Ledezma—. ¿Quiere chantajearme?

—Quiero que responda dos o tres consultas sencillas.

—¿Y si me niego?

—Su rostro empeorará de aspecto y tendrá que pagar los servicios de un cirujano plástico.

Ledezma movió la cabeza para dar a entender que aceptaba mi propuesta y aflojé la presión de mi mano sobre su boca.

—Deseo saber qué pasó con Gabriel Servilo, uno de los residentes del hogar de ancianos que le acaban de clausurar.

—No sé quién es él. No conozco los nombres de todos los ancianos que viven en mis hogares.

—¿Ni siquiera cuando están enfermos o se mueren?

—Cada hogar tiene un administrador. Ellos atienden las necesidades médicas y asistenciales de los asilados. Mi trabajo se concentra en los temas financieros.

—No me sorprende que para usted los viejos sean simples cifras en una hoja contable —dije, presionando levemente la cortapluma sobre la piel arrugada de Ledezma—. Sé que a Servilo lo sacaron en mal estado del hogar clausurado. La administradora del lugar lo negó, pero tarde o temprano la policía le refrescará la memoria.

—No sé nada respecto al anciano que menciona.

—Lamentablemente tenemos poco tiempo para compartir en este cuchitril mierdoso. Por eso voy a creer en sus palabras por ahora. Solo por ahora, y siempre y cuando me diga dónde puedo encontrar a Guillermo Ocampo.

—Ignoro de quién me habla —respondió Ledezma.

—Miente. Tienen negocios comunes y estuvieron en una fiestecita organizada en el edificio Alcayaga.

—Veo que se ha dedicado a recoger información.

—Más de la que usted se imagina, Ledezma. ¿Dónde ubico a Ocampo?

—No sé dónde vive. Pero puede encontrarlo en la funeraria San Roque.

—Ya investigué a los empleados de apellido Ocampo que trabajan en las funerarias.

—No me relaciono con empleados. Ocampo es el propietario.

—¿Dónde queda esa funeraria?

—En la calle Recoleta, cerca del Cerro Blanco.

Volví a presionar el cortaplumas y Ledezma profirió un gemido de perro escaldado.

—Si me ha mentado, volveremos a conversar —dije a Ledezma, al tiempo que pensaba que sus amigos estarían inquietos por su tardanza y de un momento a otro podrían asomar sus narices por el baño.

—¿No me va a decir quién es usted? —agregó Ledezma.

—Mi nombre carece de importancia en esta conversación.

—No permitiré que salga del restaurante. Gritaré y los mozos lo detendrán. Me conocen, soy cliente antiguo.

—Sus amenazas no me preocupan —dije, y sin ganas de continuar con la conversación, estrellé mi puño derecho en su mentón. Sostuve el cuerpo de Ledezma entre mis brazos y con algo de esfuerzo, conseguí dejarlo recostado sobre el suelo. Calculé que pasarían varios minutos antes que recuperara el sentido. Salí del baño y pedí la cuenta. Los amigos de Ledezma seguían conversando, sin preocuparse de su ausencia.

* * *

Conduje el auto hasta el primer teléfono público que encontré en el camino. No habían pasado más de cinco minutos desde que había dejado a Ledezma dormitando en el restaurante y necesitaba aprovechar cada uno de los minutos siguientes. Marqué el número telefónico de Doris Fabra y alcancé a contar hasta veinte antes que ella contestara.

—Anda a la funeraria San Roque, en la calle Recoleta y detén a Guillermo Ocampo, su propietario.

—¿Desde cuándo me das órdenes?

—No tengo pruebas en su contra, pero conversar con él nos puede servir para aclarar los negociados de Aurelio Ledezma.

—¿De qué estás hablando?

—Hacer desaparecer a las personas no es privilegio exclusivo de mañosos y militares.

—¿Por qué motivo lo puedo detener?

Le hablé a Doris de mi conversación con Ledezma y ella ya no tuvo ninguna duda de seguir mis instrucciones. Quedamos de encontrarnos en la funeraria y nos despedimos. Volví al auto, pisé a fondo el acelerador y conduje con el entusiasmo de un adolescente rumbo a su primera cita amorosa. Pasé de largo un par de semáforos rojos y me gané los insultos de varios conductores a los que adelanté sin respetar las indicaciones de tránsito. Lo único que me importaba era estar cara a cara con Guillermo Ocampo, aunque solo fuera para demostrar a Julio Servilo que no era un atorrante incapaz de atar los cordones de mis zapatos.

Mi entusiasmo no tardó en tropezar contra la realidad, porque apenas llegué a la funeraria tuve la certeza de que resolver el acertijo no sería tan fácil como esperaba. Doris Fabra estaba junto a la entrada y su rostro tenía la pesadumbre de un deudo esperando la carroza.

—Llegamos tarde y Ocampo escapó —dijo cuando estuve a su lado—. Uno de los empleados dice que recibió una llamada telefónica y salió como alma que lleva el diablo. Nos dio la dirección de la casa de Ocampo y envié a dos de mis hombres a detenerlo.

—Seguramente lo llamó Ledezma. Hice mal al pensar que ese cabrón demoraría un buen rato en reaccionar.

—Dudo que lo encontremos en su casa. Puse en alerta a mis colegas que trabajan en los pasos fronterizos y di instrucciones de averiguar otros posibles paraderos de Ocampo. No se me ocurre otra cosa que podamos hacer para dar con él.

* * *

—Recogí nuevos testimonios de los ancianos que encontramos en el asilo clandestino —dijo Doris junto a la barra del bar al que habíamos entrados a beber una cerveza.

El recuerdo de los ancianos ensombreció su rostro y la hizo beber deprisa el primer sorbo de cerveza. Conocía a Doris desde hacía cuatro años y a veces me costaba entender qué hacía en la calle cuando podía tener un trabajo tranquilo, a cargo de alguna oficina o en labores menos riesgosas. La respuesta era simple. Llevaba el crimen en la sangre y sentía que en cada caso se jugaba el sentido de aquella vida que había escogido cuando lucía trenzas o correteaba por los patios de su colegio. Mirarla era como observarme a mí mismo, siempre en la antesala de la boca del lobo, empeñado una y otra vez en resolver los acertijos que la realidad arrojaba a mis pies.

—Cuesta aceptar tanta miseria y abandono —agregó Doris—. Los viejos están solos o han sido olvidados por sus familiares. El trato que recibían en el hogar era lamentable. Mala comida, poco abrigo, casi ninguna atención médica. La mayoría de los ancianos con los que hablé me dijeron que no tenían ganas de seguir viviendo. También hablé con algunos de los familiares. Otro cuadro lamentable. Gente buscando justificarse frente al abandono al que sometieron a sus padres o abuelos. Seguro que tratan mejor a sus muebles o al auto que compraron a seis años plazo y se esmeran en lavar los fines de semana.

—La rabia te brota por los poros —dije al tiempo que una vez más en la última hora intentaba recordar mi conversación con Dolly, la prostituta que conocía a Ledezma.

—Tratan a los viejos como desechos —agregó Doris.

—Peralta —dije de pronto, en voz alta.

—¿Quién es Peralta?

—Alguien que fue mencionado por una de las chicas del cabaré Amapola.

—¿Me puedes decir en qué estás pensando?

—Hace tiempo leí un reportaje en la revista de Campbell. Trataba del negocio que hace alguna gente cobrando pensiones de ancianos fallecidos.

—Eso ya lo sé. ¿Qué tiene que ver con el tal Peralta?

—Ledezma tiene una cadena de asilos irregulares, Ocampo es dueño de una funeraria y Peralta, si no me falla el recuerdo, trabaja en el Cementerio Católico. Una cadena perfecta.

—No entiendo nada. ¿Adónde quieres llegar?

—¿Puedes conseguir las nóminas de los funcionarios y contratistas del cementerio?

—Tendría que pedir autorización a mi jefe.

—Habla con él y llama al administrador del cementerio.

—Dudo que quiera darnos esos antecedentes.

—Grita, amenaza, mándalo al carajo, pero consigue la información.

- Mi jefe me va a mandar a freír monos al África.
- No me puedo quedar con la tincada en el aire. ¿Qué dices?
- Explícame mejor en qué consiste tu tincada.
- Vamos a perder un tiempo valioso. Piénsalo mejor y hazme caso.
- No me vas a convencer, Heredia.

—No pegué pestaña en toda la noche —dijo Doris mientras buscaba un lugar donde estacionar frente a la fachada del Cementerio Católico—. Mi jefe accedió a mi petición, pero a cambio me hizo poner la cabeza en la guillotina. Si falla tu tincada mi cabeza rodará por el suelo. Es la oportunidad que él espera para reducirme a un escritorio del archivo o a la oficina de relaciones públicas. Le gustaría verme de falda, sirviendo canapés y sonriendo a los periodistas. No soporta que una mujer pesquise crímenes y tenga hombres a su cargo.

—Tal vez quiera verte sentada en sus rodillas.

—Ganas no le faltan, pero se cuida las espaldas. Quiere ser jefe de la Brigada de Homicidios. Hasta ingresó a un partido de la Concertación por la Democracia para codearse con políticos del Gobierno.

—Al fin de cuentas no fue tan difícil dar con Peralta —dije, sin querer profundizar en las pellejerías laborales de Doris y los suyos.

—Pero no era funcionario del cementerio, sino que un contratista autorizado para construir sepulturas e instalar lápidas, cruces, jardineras y cuanta parafernalia de cemento o mármol coloca la gente en las tumbas de sus muertos.

—Si las cosas son como imagino, da lo mismo que sea contratista o payaso de circo.

—Tu idea tiene lógica, pero es algo siniestra.

—¿Cuántos años llevas en la policía? No deberías asombrarte de nada.

—Tienes razón. Cada día descubro una perversidad distinta. Venta de drogas en los colegios, tipos que asesinan a sus madres o abusan de sus hijas, asaltantes de viejitas y un largo etcétera que tú y yo conocemos de sobra. Algo está funcionando mal en la cabeza de las personas.

—Si a los peores criminales los declaran locos y dejan libres, cualquiera se siente con derecho a usar la fuerza en su beneficio.

Ingresamos al cementerio y nos internamos por un corredor techado y oscuro, a cuyos costados se veían lápidas con nombres de personas que habían fallecido un siglo atrás. Los nichos y mausoleos parecían a punto de caer al suelo. En el aire revoloteaba un penetrante olor a flores descompuestas. Reconocí nombres que solían aparecer en los libros de historia y me imaginé reducido a una lápida con mi apellido y un epitafio: *Murió por meterse donde no debía.*

—No quiero terminar con mis huesos en un cementerio —dije—. Quiero que me cremen y arrojen mis cenizas al mar. No es original, pero uno se libra de la voracidad de los gusanos y de los mercachifles que venden flores de las que los muertos jamás se percatan.

—¿Es necesario que pienses en tu muerte? Mejor sería que vieras si vamos por el camino correcto.

—El empleado de la administración dijo que Peralta está construyendo un

mausoleo al final del corredor.

El corredor nos condujo a un patio en el que se veían sepulturas y mausoleos de distintos tamaños. El lugar parecía desierto, pero luego de un rato vimos a una de las tantas cuidadoras que trabajan en el cementerio a cambio de las propinas que los deudos les dan por regar las plantas y mantener limpios los catafalcos. El martilleo que alguien provocaba en los alrededores me hizo pensar que estábamos cerca de nuestro objetivo. Me dejé guiar por el ruido y a poco andar divisamos a dos obreros que trabajan en la construcción de un mausoleo. Cerca de los obreros, a la sombra de un árbol, estaba el hombre que según la descripción del administrador del cementerio debía ser Mario Peralta.

—Déjame hablar a mí —dijo Doris Fabra.

Me quedé unos metros atrás, mientras Doris se acercaba al hombre y le preguntaba si era Mario Peralta. Después de que el hombre asintiera con un leve movimiento de cabeza, ella le dijo que pertenecía a la Policía de Investigaciones y que necesitaba conversar con él acerca de los ilícitos de Aurelio Ledezma. La mención de Ledezma transformó la expresión indiferente que mostraba el rostro de Peralta. Miró a su alrededor, dio unos pasos en dirección a Doris y cuando estuvo a su lado le propinó un empujón que la hizo trastabillar y caer sobre una sepultura abandonada. Enseguida se largó a correr, alejándose de los obreros que habían dejado de trabajar y seguían la escena sin comprender lo que estaba sucediendo frente a sus narices.

Salí tras él y lo perseguí por un sendero que conducía hasta un bloque de nichos. A poco andar dejó de correr, tomó aliento y enseguida comenzó a caminar lentamente. Lo vi entrar a una galería. Corrí y le di alcance. Al oír mis pasos se detuvo y me quedó mirando. El primer golpe impactó en su mejilla izquierda y lo tomó de sorpresa; el segundo sacudió su vientre y le dolió; el tercero aportilló sus labios y ya le dio lo mismo. Recién cuando cayó al suelo me di cuenta de que la pelea había sido desigual. Peralta no me llegaba más arriba del mentón y debía pesar tanto como una bailarina de ballet. Pero no me importó en lo más mínimo. Lo cogí de los brazos y lo empujé hasta un tambor repleto de agua que estaba junto a una de las entradas de la galería.

—¿Quieres apagar la sed o prefieres responder mis preguntas? —le pregunté, poniendo su nariz a dos centímetros del agua.

Peralta guardó silencio y en pocas palabras lo puse al tanto de mi investigación. Mencioné la fiesta de Ledezma y le dije que su anfitrión había hablado de los negocios que realizaban entre los tres. Esto último era mentira, pero el constructor no se dio tiempo para pensar en ello.

—No voy a decir nada hasta que me lleve a un recinto policial y pueda llamar a un abogado —dijo, en voz baja.

—Parece que últimamente estás viendo mucho cine. Además, ¿quién te dijo que soy policía?

—La mujer que me abordó hace un rato.

—A tu edad deberías saber que no se puede creer en todo lo que dicen las mujeres —dije, y enseguida, indicando el tambor con agua, agregué—: Fría y turbia. Ideal para una zambullida.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Peralta, de mala gana.

—Los ancianos morían en los asilos de Ledezma y Ocampo los sacaba en los vehículos de su funeraria. ¿Qué pasaba después con los viejos?

—Nada que yo sepa.

—Detesto hacer esto, pero si quieres seguir en el camino del dolor es asunto tuyo —le dije mientras sumergía su rostro en el agua por unos segundos—. Tarde o temprano vas a decir lo que me interesa.

—¿Qué gano con hablar? —preguntó una vez que lo saqué del agua y le di tiempo para recuperarse.

—En lo que a mí respecta, nada, salvo evitarte otra zambullida más prolongada. No soy de la policía y lo que ella haga contigo me tiene sin cuidado.

—Ocampo me entregaba los cadáveres para que les diera sepultura. Conozco cada rincón del cementerio y los guardias me dejan entrar y salir sin ningún control. Metía los cadáveres en sepulturas de reciente uso o en las que están abandonadas.

—¿Cuántos ancianos has sepultado de esa manera?

—Hace tiempo perdí la cuenta. En su mayoría eran viejos abandonados cuyos restos irían a dar a la fosa común.

—¿Cuál es el negocio que hay detrás de los entierros?

—Ledezma continúa cobrando las pensiones de los viejos. Un notario amigo lo abastece de poderes falsos. Ledezma los presenta en la institución que paga las jubilaciones y como el control es deficiente, el dinero sigue llegando a sus bolsillos. Al comienzo trabajaba con un médico que extendía certificados falsos y los viejos eran sepultados con otros nombres. Pero, decidieron ahorrarse el trámite y dejaron a los finados en mis manos.

—¿De quién fue la idea?

—Ocampo. Él convenció a Ledezma de lucrar con los finados.

—¿Cuántos viejos has sepultado en los dos últimos meses?

—Seis o siete.

—¿Recuerdas dónde están sepultados?

—Desde luego, debo preocuparme de que nadie descubra las sepulturas.

—Servilo. ¿Te dice algo ese apellido?

—¿Es uno de los viejos sepultados? —preguntó Peralta y al ver que yo asentía, agregó con displicencia—: Nunca me he preocupado de los nombres.

—¿Alguien te ayuda a realizar las sepultaciones?

—Hago el trabajo solo. Todo cómplice puede terminar convertido en testigo.

—¿Cómo entras los cadáveres al cementerio?

—Tengo una camioneta para acarrear los materiales que utilizo en mi trabajo. Un

saco más o menos no llama la atención de los guardias del cementerio.

—Vas a tener que indicar dónde enterraste a los últimos viejos —dije—. Y contestar otras preguntas en el cuartel de la policía.

—Usted me dijo que no era de la policía.

—A tu edad deberías saber que no se puede creer en todo lo que dicen los hombres —agregué, al tiempo que lo tomaba de un brazo, obligándolo a ponerse de pie.

—¿Qué me va a pasar?

—Mi bola de cristal dice que irás a la capacha por un tiempo largo.

—¿Qué te hizo pensar en el contratista? —preguntó Doris Fabra.

Habían pasado algunas horas desde la detención de Peralta y ella estaba frente a mi escritorio, bebiendo una de las cervezas que había traído para comentar los incidentes del cementerio.

—Me puse en el pellejo de Ledezma y sus secuaces, y me pregunté por el destino de los ancianos muertos. Tirarlos a la calle o enterrarlos en cualquier parte era correr el riesgo de que fueran descubiertos y la policía se pusiera a investigar. También cabía la posibilidad de que fueran descuartizados y sus restos esparcidos en baldíos o basurales. Las opciones eran esas y otras tantas, pero en algún momento recordé lo dicho por la prostituta que conocí mientras andaba tras los pasos de Ledezma. En ese momento tuve la tincada y decidí pedirte que averiguaras si existía algún Peralta entre los funcionarios o contratistas del cementerio. Tenía que ser alguien que pudiera entrar los cadáveres sin despertar las sospechas de los guardias. Tuvimos suerte. Solo aparecieron dos nombres en el listado que te enviaron. Uno era un funcionario dedicado al aseo de las oficinas y el otro, un contratista. Tú fuiste la primera en pensar que lo más lógico era conversar con Mario Peralta.

—Mi jefe se vio en la obligación de felicitarme. Te debo un favor, Heredia.

—Olvídalo. Somos parte del mismo engranaje. Además, necesito tu ayuda para saber si Servilo se encuentra entre los ancianos sepultados ilegalmente.

—Peralta indicó los lugares en los que dejó los cadáveres. Se hicieron las exhumaciones y los restos están en el Servicio Médico Legal. Pronto sabremos a qué personas pertenecen y tal vez tengas algo que decir a tu cliente.

—Julio Servilo prescindió de mis servicios.

—¿Investigaste el asunto por puras bolitas de dulce? —preguntó Doris—. Nunca vas a cambiar, Heredia.

—¿Qué pasó con Ledezma?

—Volvió a la cárcel y esta vez le será más difícil salir.

—¿Ocampo?

—Sigue prófugo, pero confío en que pronto lo atraparemos.

—Dar tiempo al tiempo. ¿No es eso lo que se suele decir?

—A veces me cansa investigar tanta porquería.

—A mí también, pero no puedo cerrar los ojos y pasar de largo.

- Serías un buen policía, Heredia.
- ¿Es un insulto o una oferta laboral?
- Ni lo uno ni lo otro. Me gustó trabajar contigo una vez más.
- Te falta decir que me deseas.
- ¡Ni te lo sueñes! Es hora de regresar a mi casa.
- ¿Por qué? ¿Has visto alguna mala cara?
- Estoy cansada y la cerveza me está adormeciendo.

Mercedes y Buenaventura. Dos nombres que no me permitían evocar nada, salvo la tristeza de lo no vivido o de lo que pudo ser. Unas fotos. Tiempo detenido para un después incierto, al alcance de quizás qué miradas. Ideas, recuerdos, sentimientos convertidos en hilachas. La duda instalada una vez más en mi ánimo, mientras observaba las fotos de mis padres y oía el disco de Rachmaninov que Griseta me había dejado en su última visita, junto a sus besos y la insistencia para que de una vez por todas hiciera algo por cumplir el segundo deseo de mi madre.

Habían pasado dos días desde la detención de Peralta y estaba en el departamento, con el teléfono desconectado y sin otra ocupación que oír música y abrir los libros de mi biblioteca intentando recuperar la emoción de viejas lecturas. Inútil ejercicio de nostalgia. De todos los bienes perdidos, los que más añoraba eran mis libros. Significaban algo más que simples objetos. Eran los libros y su entorno. El lugar en que los leí, el olor de la librería en que los compré, el paisaje que me rodeaba durante el viaje por sus páginas.

Tomé de la estantería un ejemplar del poemario *Tránsito Breve* de Rolando Cárdenas, que recordaba haber leído en un viaje de regreso desde Punta Arenas, luego de investigar los asesinatos de una muchacha llamada Doris Mollet.

—Los libros ocultan retazos de nuestras vidas —dije a Simenon que se paseaba por la oficina buscando los rayos del sol.

Dejé el poemario en su sitio y cuando me disponía a sacar otro libro de las estanterías, oí que golpeaban a la puerta. Julio Servilo entró a la oficina. Simenon pasó frente a él y enseguida, indiferente, buscó un rincón donde recostarse.

—Vengo a disculparme —dijo en voz baja, temeroso tal vez de mi reacción—. Fui grosero con usted el otro día.

—Me han dicho cosas peores —dije, indicándole la silla ubicada frente al escritorio.

—Hoy en la mañana recibí la llamada de la detective Doris Fabra. Uno de los cadáveres encontrados en el cementerio es el de mi padre. El informe del Servicio Médico Legal no deja lugar a dudas.

—Lo siento. No es el resultado que esperaba.

—Debí darle más tiempo para desarrollar su trabajo. La detective Fabra me dijo que gracias a usted pudieron dar con los restos de mi padre.

—Eso ya no tiene importancia.

—Cremaré los restos de mi padre y las cenizas se irán conmigo, de vuelta a Berlín. No me gusta cómo está nuestro país ni tengo nada que me ate a él —dijo Servilo, y al tiempo que dejaba unos dólares sobre el escritorio, agregó—: Quiero retribuirle el tiempo que ocupó en buscar a mi padre.

—Ya le dije la otra vez que su adelanto cubrió mis gastos.

—No sea rencoroso.

—No soy rencoroso, simplemente pongo cada cosa en su lugar. Usted no era mi cliente cuando descubrí lo que sucedía en el cementerio.

—De todos modos quisiera pagar sus servicios.

—Tome sus dólares y déselos al primer necesitado que encuentre. No le será difícil. El barrio está lleno de despojos humanos. Es cosa de mirar con atención.

Servilo se puso de pie, guardó los billetes en su pantalón y se acercó a la puerta de la oficina.

—¿Usted cree que realmente castiguen a Ledezma y sus cómplices?

—En el hipódromo al que suelo ir corre una yegua llamada *justicia*. Nunca he apostado un mísero peso a sus patas. Sus dueños la hacen correr ñata y cuando intenta ganar, llega placé.

—Hay cosas que nunca mejorarán en nuestro país —dijo Servilo mientras abría la puerta—. Lamento no haber tenido confianza en usted.

Vi salir a Julio Servilo y pensé que la muerte de su padre sería una sombra que arrastraría consigo hasta el fin de sus días. Me acerqué a la ventana y miré hacia la calle hasta que Servilo hizo detener un taxi y lo abordó.

—Dejaste ir unos buenos bifés —dijo Simenon.

—¿Desde cuándo te vendes por un trozo de carne?

—Desde que esta mañana di una mirada al refrigerador. Nos queda una hamburguesa de pollo, dos huevos, una hoja de acelga y tres cervezas de las que trajo Doris. La posibilidad de organizar un banquete es tan remota como encontrar vida en Plutón.

—Hemos estado en peores situaciones —alegué sin mucha convicción. Luego, dejé a Simenon con sus preocupaciones culinarias y cogí el teléfono para llamar a Doris Fabra.

* * *

—¿Qué pasa contigo? —le oí preguntar—. Te llamo y no respondes.

—Acabo de descubrir que el teléfono estaba descolgado —mentí y sin aguardar los comentarios de Doris, agregué—: Supe que identificaron los restos de Servilo Meza. Su hijo vino a verme.

—El Servicio Médico Legal ha identificado seis de los restos encontrados en el cementerio. Todos corresponden a veteranos que pasaron por los asilos de Ledezma.

—¿Qué pasó con él y sus socios?

—Después del careo con Peralta, Ledezma decidió develar el trasfondo de sus negociados. A Guillermo Ocampo lo detuvimos en Osorno, en el fundo de un primo. Deseaba ocultarse una temporada y luego pasar a la Argentina. Lo estamos interrogando. Se resiste a reconocer sus culpas y alega que actuó engañado. Ha construido un castillo de mentiras pero pronto se lo derrumbaremos.

—Tal vez requiere un tratamiento similar al que le di a Peralta. Un golpe en la

pera y dos en la buzarda sueltan la lengua de cualquiera.

—Mejor no menciones ese tema. Me costó convencer a mi jefe de que fue una coincidencia que estuvieras en el cementerio.

—El caso concluyó. Dimos con el paradero de Servilo Meza y los responsables de su muerte están identificados —dije, y luego de una pausa, añadí—: Lo que más me duele es el descuido, la indiferencia, el abandono.

—En los diarios de hoy aparecen varias crónicas relacionadas con los viejos. Tal vez eso ayude a que la ley aplique su rigor contra Ledezma y sus secuaces.

—Desearía compartir tu optimismo, pero no puedo —dije, y enseguida agregué—: Lo que dices sobre la prensa me recuerda que tengo una conversación pendiente con Marcos Campbell. Perdió la primicia del caso, pero podrá cocinar una buena salsa con los detalles de la investigación.

—No me agrada el periodismo que practica tu amigo.

—Habitualmente pone el acento en el lugar correcto.

—Procura que no mencione mi nombre.

No tenía sentido seguir encerrado en el departamento, contando el paso de las horas o inventando excusas para no hacer lo que la razón y los sentimientos aconsejaban. La razón y el sentimiento. Dos palabras utilizadas por Doris y Griseta, como si ambas se hubiesen puesto de acuerdo para impulsarme a emprender la última etapa del viaje a mis orígenes. Doris, durante la conversación telefónica que puso fin a la búsqueda de Gabriel Servilo; y Griseta, en una visita que nos había servido para comprobar una vez más el vacío que sentíamos cuando estábamos separados.

Me di una ducha, planché la mejor camisa que guardaba en el ropero y anudé mi única corbata. Bajé hasta el quiosco de Anselmo y le pasé dinero para que apostara a los caballos que estimara con alguna opción de ganar.

—Se trata de una inversión —le dije para dejar en claro que deseaba el retorno de mis billetes, en lo posible multiplicados por siete.

—Descuide, don. Usaré la cabeza y el corazón en cada apuesta.

—Y no olvides los datos confiables, las distancias de cada carrera, el peso físico de los caballos, la experiencia de sus jinetes y la ubicación de partida asignada a cada animal.

—Con todas esas consideraciones ganar una carrera es más difícil que contar los pelos de un simio.

—Entonces, déjate llevar por las tincadas —dije, y luego de una pausa para ajustar el nudo de la corbata, agregué—: Necesito cigarrillos y un sorbo del pisco que guardas junto al pistolón que usas para defenderte de los patos malos.

Anselmo buscó la botella y me sirvió una razonable dosis de pisco en un vaso de plástico.

—Ni para la sed ni por vicio —dije—. Para darme ánimo.

—Lo noto nervioso. ¿Va a pedir un préstamo bancario?

—Voy al encuentro de una persona a la que debí conocer cuarenta y nueve años y ciento veinte días atrás.

—Parece trabalenguas, don.

—Es mi edad. No te burles.

* * *

Conduje lentamente hasta la moderna construcción que acogía a la clínica de reposo *Serena Esperanza*. La edificación se veía rodeada de árboles cuyas ramas estaban convertidas en muñones que miraban hacia el pálido sol de la tarde. El responsable de las mutilaciones era el jardinero que en esos momentos recortaba las ramas de unas ligustrinas plantadas a los costados de la puerta principal. El hombre parecía concentrado en su labor y recién se percató de mi presencia cuando me

detuve a su lado y le pregunté por Irene Huinao.

—Siga el pasillo que está a mano izquierda —dijo enjugándose el sudor de su frente con un pañuelo—. Al final del pasillo hay una puerta con un letrero que dice: Servicios Auxiliares.

Obedecí al jardinero y entré al hogar. El silencio podía rebanarse con un cuchillo y mis pasos provocaron un eco fantasmagórico. Por un segundo temí estar ocupando un espacio prohibido del que no tardarían en expulsarme. Llegué a la puerta indicada por el jardinero y toqué el timbre que estaba a la vista, junto al letrero que identificaba a la oficina.

—Busco a la señora Irene Huinao —dije a la mujer rubia que salió a atenderme. Vestía delantal blanco y en sus manos portaba un riñón metálico con dos jeringas en su interior.

—Irene, la buscan —dijo a la mujer baja y robusta que se encontraba dentro de la oficina, ordenando un alto de sábanas.

—Me llamo Heredia —le dije observando sus ojos negros y brillantes—. La señora Urrutia debió hablarle de mí. Vengo a visitar a Buenaventura Dantés.

—Han pasado varios días desde que llamó la señora Catalina. Pensé que se había arrepentido de venir.

—Tuve que terminar un trabajo pendiente.

—Él nunca me dijo que tuviera un hijo —comentó Irene.

—Ninguno de los dos conocía la existencia del otro. Supe de él hace muy poco y comencé a buscarlo a partir de unas fotos. Alguien me dijo que había vivido un tiempo en Curepto. Allí conocí a su tío Liborio, quien me dio la dirección de la señora Urrutia. Y ahora estoy aquí. Como ve, la vida tiene muchas vueltas.

—No será fácil para usted —dijo la mujer, mientras colocaba las sábanas en una repisa—. Buenaventura me inspiró pena desde que lo conocí en Curepto. Tan solitario y callado. Siempre buscando en su interior recuerdos de quizás qué cosas. Nos encariñamos, y cuando viajé a Santiago, conseguí que lo recibieran en la casa de la señora Urrutia. Después pude internarlo en este hogar donde nada le falta.

—¿De qué está enfermo?

—¿No se lo dijo la señora Catalina? —preguntó la mujer con voz entrecortada.

—¿Qué es lo que debo saber?

—Buenaventura padece de Alzheimer, enfermedad que destruye las células cerebrales, afectando el pensamiento, las emociones y la memoria. Buenaventura es un niño al que se le debe cuidar las veinticuatro horas del día. Depende de la ayuda de terceras personas para todas sus necesidades básicas.

—¿Perdió la memoria?

—No recuerda nada ni a nadie, aunque hay momentos, cada vez más espaciados, en los que emerge del pozo en que se encuentra y consigue decir algunas palabras. A veces se desespera y quiere salir del asilo. Se viste, se pone su sombrero y llega hasta la puerta. Ahí se da cuenta de que no sabe a dónde ir y luego de un rato regresa a su

cuarto. Toma un pañuelo y se pasa horas enteras doblándolo y desdoblándolo. Temo que le quede poco tiempo. Si usted hubiera venido hace un año, habría podido conversar con él.

—¿No entenderá nada de lo que le diga?

—¿Ha tratado antes a enfermos de Alzheimer?

—Nunca.

—Tiene a su favor que será la primera vez que lo vea. Buenaventura no es ni la sombra del hombre que conocí en Curepto. Por eso decidí traerlo a este lugar donde trabaja gente especializada en la atención de ancianos con demencia senil o Alzheimer. Empezó a perder la memoria de a poco. Al principio deseaba decir algo y no recordaba de qué se trataba. Luego cayó en vacíos prolongados que lo mantienen en un estado de perplejidad. Vive en el presente sin recordar nada de su pasado. A veces, solo a veces, tiene un rayo de lucidez.

* * *

Los ojos de Dantés estaban fijos en la ventana por la que entraba la brisa cálida de la tarde. Sus mejillas adelgazadas necesitaban una rasurada y sus cabellos blancos se confundían con la almohada que sostenía su cabeza. Era un hombre viejo, gastado, pero algo en la expresión de sus ojos o en la fuerza de la mandíbula dejaban adivinar la fortaleza de antaño. Sus manos, largas y huesudas, estaban entrelazadas sobre la sábana que lo cubría. Por un momento me vi tomado de una de ellas, rumbo al parque de juegos o hacia la orilla del mar donde nos entretendríamos observando barcos o lanzando piedras contra las olas.

—Tiene visita —le dijo Irene a Buenaventura, y él siguió con la mirada perdida más allá de la ventana.

Me acerqué a la cama y tomé las manos de Dantés entre las mías. Pensé que su enfermedad era el refugio que había escogido para huir de la tristeza.

—Su hijo, ha venido a verlo su hijo —le dijo Irene a Dantés—. Es alto y fuerte como usted.

Dantés siguió inmóvil. Solté sus manos y saqué de mi chaqueta la foto en que él aparecía con mi madre. La puse entre sus manos y él la apretó suavemente antes de acercarla a sus ojos cansados.

—Mercedes —balbuceó luego de un largo rato y en sus ojos se reflejó un brillo tan fugaz como intenso.

—Ella tuvo un hijo suyo —le dije, sin atreverme a presentar como tal.

—Mercedes —volvió a decir Dantés, con un quebrado hilo de voz.

La foto cayó de sus manos. La vio deslizarse hasta el suelo y sus labios volvieron a cerrarse por el resto de la visita.

—Tenía la esperanza de poder hablar con él —dije a Irene.

—Buenaventura escuchó sus palabras.

—Quisiera creer que fue así.

—Recordó el nombre de su madre.

—Todo regresa al punto inicial. Sigo sin existir para él.

—¿Vendrá a verlo en otra oportunidad?

—¿Cuánto más podrá vivir?

—El tiempo que Dios disponga. Buenaventura es un ser perdido que no logra encontrar su lugar en el mundo.

* * *

Comenzaba a oscurecer cuando abandoné la pieza de Buenaventura Dantés. Le di mi teléfono a Irene y prometí regresar en otra ocasión. Me sentía desconcertado y mientras caminaba tenía la impresión de llevar una pena inmensurable sobre mis hombros. Había imaginado los diálogos que podría mantener con Dantés y su silencio me parecía más pesado y definitivo que la lápida que contemplaba cada vez que visitaba la tumba de Mercedes. Mis orígenes estaban en la mente de un hombre sin memoria. Su historia moriría con él y mis únicas referencias sobre su vida quedarían reducidas a los fragmentos de diarios rescatados por Campbell y a las fotos que habían motivado su búsqueda. Aspiré el aire húmedo de la noche y maldije en silencio. Después conduje sin rumbo fijo y la medianoche me sorprendió en el bar *Juan Brasilia*, de avenida Matta y Portugal, junto a una botella de vino que acentuó mi tristeza y me hizo recordar a Dantés en su cama, privado de la posibilidad de recordar.

Más tarde, me convertí en una sombra confundida en el color de la noche, y olvidándome del vehículo que había dejado estacionado cerca del bar, caminé hasta que la mañana me sorprendió en los alrededores del Mercado Central, apenas consciente de mi cansancio y de la tristeza adherida a mi desencanto. Estaba solo. Aplasté contra el suelo mi último cigarrillo y apuré mis pasos en busca de un teléfono. Necesitaba decirle a Griseta que la amaba.

Marqué su número y antes de escuchar su voz, sentí que unas lágrimas rodaban por mis mejillas.

Volví a ver a Dantés en otras ocasiones, hasta que una tarde Irene me llamó por teléfono para contarme que el viejo púgil había fallecido en medio de un sueño plácido y sin retorno. Fui a verlo por última vez, acaricié sus manos entrenadas para golpear y dispuse que lo sepultaran en la tumba de Mercedes. A su despedida en el cementerio me acompañaron Irene, Griseta y Anselmo. Doris Fabra, avisada por el quiosquero, me llamó desde Temuco. La habían trasladado recientemente y no podía viajar a Santiago. La designación suponía un ascenso en su carrera policial y aunque le apenaba dejar Santiago, estaba entusiasmada con el cambio de aires y de responsabilidades. Quedamos en vernos algún día y recordamos nuestra última conversación, la noche anterior a que abordara el expreso al sur, en la que habíamos bebido unas cervezas y comentado los avances del proceso judicial en contra de todos los involucrados en los negocios de Ledezma.

Fui a visitar al Padre Brown dos días después del sepelio. Al igual que la primera vez, lo encontré en su taller, batallando con el empaste de una colección de revistas *Estadio* que pretendía enviar a la biblioteca del orfanato donde había trabajado gran parte de su vida.

—¿Renunció a resucitar la radio? —le pregunté, recordando que en la visita anterior estaba empeñado en reparar un artefacto anterior a la existencia de los transistores.

—Renunciar no es una palabra que esté en mi catecismo —dijo el cura, al tiempo que se acercaba a un mesón y hacía funcionar la radio que, limpia y barnizada, parecía haber recuperado los bríos de sus primeros años.

—No bajas la guardia. Cabeza erguida, mano izquierda adelante, derecha alerta. Usted no se rinde nunca, Padre Brown —agregué, repitiendo su consejo de antaño.

—¿Qué te trae por estos lados? —preguntó el cura.

—Vine a cumplir con lo prometido —dije, sacando la botella de whisky que traía en una bolsa plástica.

—*Ballantine's* de doce años. ¿Te ganaste el *Kino*?

—Obtuve algunos pesos con la ayuda de *Gato Farrero*, un amigo de cuatro patas que a veces corre deprisa. Ganó por una cabeza y de atropellada.

—Desde niño te interesaron los caballos y más de una vez tuve que ir a buscarte al hipódromo —dijo el Padre Brown, y mientras examinaba la etiqueta de la botella, agregó—: El justo equilibrio entre el bien y el mal. Dinero del diablo y un elixir divino. Te agradezco el gesto, hijo.

El cura abrió la repisa donde guardaba sus herramientas, sacó dos vasos y sirvió en ellos unas generosas raciones de licor.

—Ahora puedes decir lo que me has venido a contar —agregó el cura después de probar el whisky.

—¿Desde cuándo oficia de adivino?

—Te vi crecer y tengo más años que tú. ¿De qué se trata?

—Encontré a Buenaventura Dantés —dije y enseguida le conté los últimos detalles de mi pesquisa tras las huellas de mi padre.

—Puedes estar tranquilo —comentó una vez que terminé mi historia—. El final no fue feliz, pero hiciste lo que correspondía.

—Me hubiera gustado escuchar su versión de los hechos. ¿Por qué nunca regresó a Santiago? ¿Por qué dejó de comunicarse con mi madre? ¿Tenía noticias de su embarazo? Mis suposiciones apuntan a que nunca lo supo, y que si no regresó a Santiago fue porque en el sur rompió el compromiso de no volver a pelear arriba de un ring. Dantés olvidó la promesa realizada a mi madre y además mató a uno de sus rivales. El resto fue una historia de miedos y culpas.

—No se puede tener todo en la vida, hijo. Has cerrado la herida que tenías abierta desde la infancia y no tienes que andar inventando un padre, como hacías en el orfanato.

—Hasta ahora no había pensado en eso, Padre Brown.

—Espero que no me olvides. Les hablé de ti a los muchachos en mi última visita al orfanato. Quedaron entusiasmados con tu oficio de detective privado. Hazte un tiempo y anda a conversar con ellos. Van a estar felices de oír tus historias y no va a faltar el muchacho que imagine que tú eres su padre.

—Iré cualquier día de estos. Se lo prometo.

—Te enseñé a cumplir la palabra empeñada, no lo olvides.

—Cabeza erguida, mano izquierda adelante, derecha alerta.

* * *

—Estoy en deuda contigo —dijo Campbell—. No fui de mucha ayuda con el asunto de las funerarias, pero al final calzaron todas las cuentas.

—Preferiría que no mencionaras la palabra cuenta. Invité a Anselmo y su nueva polola a cenar. La cuenta me salió más cara que alimentar gatos con bombones. Lucrecia, la mina de Anselmo, come con el entusiasmo de una marabunta bulímica.

—¿Estás limpiando el rancho? —preguntó Campbell mientras observaba el desorden existente sobre mi escritorio.

—Papeles, cartas, recortes de diario. Pensé que era hora de botar algo del pasado a la basura. Pronto se van a cumplir treinta años desde que instalé esta oficina y tengo la impresión de que todo está igual como el día que recibí mi primer cliente, un contador que deseaba ubicar al tipo que le adeudaba parte de la compra de una casa. Fue un trabajo fácil. Tres o cuatro preguntas y a cobrar. Gané dinero y aprendí que en la trastienda de los delitos hay muchos detalles obvios. Motivos claros, huellas frescas, evidencias a flor de piel que permiten descubrir a los culpables. El tira al que conocí en el hotel donde trabajé al salir de la universidad me enseñó los primeros trucos del oficio. Lo demás ha sido tan simple como cerrar los ojos y meterse bajo las

patas de los caballos.

—Me estás contando un cuento de hadas, Heredia. No olvides que he estado a tu lado en varios casos y te he visto con el agua hasta el cogote. Un día de estos nos vamos a poner de acuerdo y te haré una entrevista. La primera entrevista de tu vida.

—Llegaste tarde, Campbell. Mi primera y última entrevista se la di a la revista *La Calabaza del Diablo*. Sus editores me pillaron volando bajo y me puse a responder pavadas. Puedes copiar la entrevista y publicarla en tu pasquín. Al fin de cuentas, los periodistas siempre preguntan más o menos las mismas pavadas.

—Dejaré pasar tu impertinencia por esta vez —dijo Campbell, y al tiempo que ponía una bolsa plástica sobre el escritorio, agregó—: Te traje unos regalos. La última edición de mi revista y una foto enmarcada.

Miré la portada de la revista y vi que venía anunciado un artículo sobre el caso de Ledezma y sus hogares de ancianos. Cogí la foto y vi la imagen de Buenaventura Dantés vestido con un albornoz de boxeador.

—La encontré en una revista que compré en un bolichito de la calle San Diego. Le di un retoque en el escáner y quedó como nueva.

—Gracias, Campbell —dije, sin despegar mi mirada de la foto—. Buenaventura Dantés. Extraño nombre. Mezcla de luchador anarquista y personaje de Dumas.

—Debió ser duro verlo postrado en su cama.

Me puse de pie, descolgué la reproducción de Botticelli que años atrás había colocado en la pared, al lado izquierdo del escritorio, y en su reemplazo colgué la foto.

—Tenía buena facha —dije—. Me habría gustado conocerlo en la época de esa foto.

* * *

Campbell se fue y algunas horas más tarde entró la noche en la oficina. Desde mi escritorio observé sus paredes descoloridas, los estantes con libros en desorden y la foto de Dantés. Simenon brincó sobre mis piernas y lo acogí con una suave caricia. Encendí un cigarrillo y contemplé el cielo súbitamente cargado de nubes que se adivinaba en el horizonte.

—¿No te parece una escena conocida? —le pregunté—. Los dos a solas y la vida girando a su antojo por las calles del barrio.

—El resultado no es malo. Ahora conoces algo más de tu origen.

—Cabeza erguida, mano izquierda adelante. Harto me ha servido el consejo del Padre Brown —dije, y después de dar una calada a mi cigarrillo, agregué—: Pronto se cumplirán once años desde que mi amigo Dagoberto Solís murió en el Mercado Central. A veces extraño su compañía. En una ocasión como ésta, lo habría llamado por teléfono y al poco rato habría aparecido en la oficina con una botella entre sus manos.

—¿Por qué no llamas a Anselmo?

—Déjalo en paz. El hombre anda enamorado.

—¿Recuerdas al vecino ciego que tuvimos hace unos años?

—Stevens. Nunca más volví a saber de él.

—¿Y la escritora?

—Carmen Trigo. Un día de éstos debo comprar su último libro. De tanto en tanto aparecen noticias de ella en los diarios. Sigue usando minifaldas y luciendo sus bellas piernas.

—¿Y Griseta?

—Hoy no me ha llamado. Debe tener mucho trabajo en su oficina.

—Estamos jodidos, Heredia. Te autorizo a beber una copa.

—¿Desde cuándo necesito tu permiso para beber?

—Desde que soy tu conciencia. No lo olvides.

Abrí el cajón del escritorio donde guardaba la botella de emergencia, pero no llegué a tocarla porque en ese mismo instante me distrajo el suave ruido de la lluvia que había comenzado a caer sobre Santiago.

—¿Te he hablado de mi juego con Griseta y la lluvia? —le pregunté a Simenon.

—Olvidas que sé todo sobre ti, Heredia.

—¿Crees que resulte esta vez?

—Nada pierdes con probar.

* * *

El juego tenía su origen en el azar que marcaba mis encuentros más importantes con Griseta y en la letra de un tango que a veces escuchábamos para reavivar la magia. Dejé a Simenon sobre el escritorio y salí de la oficina con destino al *City*.

—¿Por qué demoraste tanto? —preguntó Griseta al verme llegar junto a su mesa en el bar.

Estaba sentada en un rincón del salón y sobre la mesa tenía dos vasos de whisky sin tocar.

—El hielo aún no se derrite —agregó con una sonrisa en sus labios.

—Te hacía trabajando en la oficina.

—Salí hace media hora de mi trabajo. Te iba a llamar, pero justo comenzó a llover. Me pregunté si recordarías nuestro juego y me vine al bar.

—«*Siempre que llueve voy corriendo hasta el café, y solo cuento con la compañía de un gato que al cordón de mi zapato lo destroza con placer*».

—Tu memoria no falla. *Café La Humedad* se llama el tango —dijo Griseta, acercándose a mi lado hasta rozar mis labios con los suyos.

—No importa por dónde vayamos, siempre habrá una esquina o un rincón que nos reúna.

—He pensado en la propuesta de irme a vivir a tu departamento —dijo Griseta, y

luego de probar su whisky, agregó—: No tiene sentido. Es un espacio que no quiero invadir ni cambiar.

—¿Y eso qué significa?

—Trato de decir que te amo y no te voy a dejar que sigas solo por la vida. Tú y yo, juntos, pero en casa separada. Y no me digas que la idea te desagrada. No estás en edad de rechazar a una mina como yo.

—Lluvia, un bar, dos que se quieren. Parece el final de una película en blanco y negro.

—¿De qué te asombras, Heredia? Siempre vamos a ser personajes de una película de bajo presupuesto y poca publicidad.

San Miguel, 15 de julio de 2005



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.